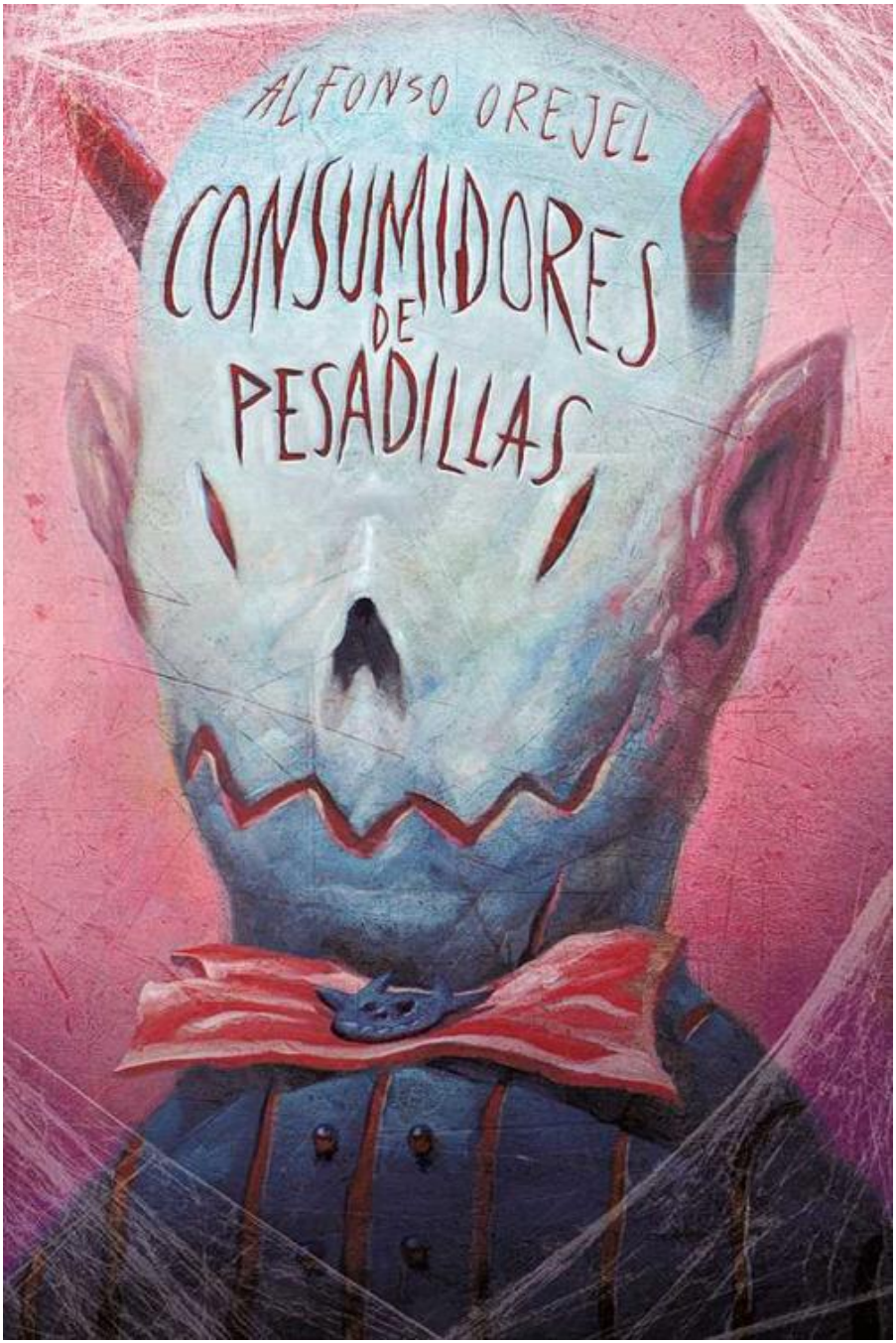
ALFONSO OREJEL
CONSUMIDORES
DE
PESADILLAS


ALFONSO OREJEL
CONSUMIDORES
DE
PESADILLAS

Consumidores de pesadillas

Alfonso Orejel

montena

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

Al abrir los ojos, cada mañana,
entraremos en la verdadera pesadilla.

Felicia

A Felicia la tenía harta la felicidad. Al menos aquella de la que sus padres se jactaban. La dichosa palabra no se les caía de los labios a lo largo de la jornada y los acompañaba con frecuencia en sus actos, colocándola como la cereza que corona un pastel. Por cualquier medio se esmeraban en parecer un matrimonio singular, distinto al común —donde las asperezas, los jaloneos y los gritos eran el pan de cada día—. Un matrimonio ejemplar para estos duros tiempos de desorden y violencia dentro y fuera de casa. Como aquella imagen que proyectaba la linda foto que colgaba descaradamente de la pared en la sala y que era lo primero que visualizaría quien se detuviera en el umbral de la entrada, para que no le quedara duda alguna de que en esa casa la felicidad era una costumbre. Y lo que a Felicia le fastidiaba era la indiscreción que mostraban para exhibirla, la ostentación descarada, impune, para evidenciar su ausencia en los otros.

Además, su mamá había aprendido a sacarle jugo porque tuvo la afortunada ocurrencia de vender cursos para alcanzar la felicidad en veinte lecciones que podían ser cubiertas en cómodas mensualidades. Atrás quedó su pequeña mesa para poner uñas acrílicas, su errancia tocando puertas para vender Mary Kay, sus clases de aerobics en la cochera de su casa, la organización de tandas o la venta de fabulosos planes funerarios con facilidades de pago.

La miró entretenida en revisar su agenda, mientras terminaba de colgarse los aretes dorados y metía el pie derecho en la zapatilla quizá demasiado alta para su edad y peso. Era común que hiciera tres cosas a la vez. Argumentaba que no tenía tiempo para sentarse y hacerlo con pausa y detenimiento, que la vida corría con prisa y ella no se quedaría rezagada. Le pareció que se iba a ir de bruces en pleno umbral cuando escuchó sus indicaciones:

—¡Felicia! ¡Apagas la secadora y me cuelgas la ropa con cuidado, a la sombra! Y le dices a Modesta que le dejé en el pizarrón la comida

que va a preparar.

No respondió.

—¿Me oíste?

Enfadada, le dio respuesta:

—Está bien.

Un portazo la hizo desaparecer.

Respiró aliviada.

Sin ella y sin su papá, la casa era un buen lugar para vivir. Contempló la sala, los sillones Luis XV, los espejos de grecos, las lámparas repletas de focos pequeños y alargados que simulaban flamas, las estatuas de dioses griegos, los cuadros de paisajes y flores que pendían de las paredes, los cuadros diminutos que enmarcaban frases de éxito y superación —y que ella conocía bastante bien pues solían repetirlas a la menor provocación—. El escenario que la abrumaba hasta el tedio.

Tomó el cereal de la alacena, un litro de leche fría, el plato y la cuchara. También mermelada de zarzamora. Se sentó y empezó a leer los diversos textos que estaban estampados sobre la cubierta. Estaba acostumbrada a desayunar o cenar sola. Ni falta le hacía nadie, de eso se encontraba convencida. Más vale sola que mal acompañada. La ausencia de sus padres la libraba de sus largas peroratas mercantiles y sus jactancias. Miró el pizarrón donde ella le anotaba las indicaciones del día y leyó: “Modesta. Ensalada griega. Calabazas con brócoli al vapor. Filetes de pechuga de pollo”. Y más abajo: “Felicia: renovar la membresía en Delicious Spa”.

—Sí, cómo no —musitó como si su madre estuviera ahí. Leyó de nuevo su nombre: “Felicia”, escrito con letra manuscrita que hacía caracoleo y se regodeaba en las curvas, en un afán vanidoso. Felicia, ¿a qué mamá se le puede ocurrir un nombre semejante? Era como un tatuaje en el rostro. Claro, no era tan bochornoso como llamarse Britany, Deyanira o Yajaira —que retumbaban en las paredes del aula en cada pase de lista, pero tenía lo suyo—. Su madre estaba empeñada en mostrarle al mundo que ella se encontraba en la cúspide de la vida y que no tenía por qué fingir humildad alguna.

Por eso chocaba constantemente con ella, quien le quería dictar el orden de su vestimenta, de su peinado, de su sonrisa y de su vida en general. Prefería los pantalones de mezclilla y las playeras holgadas. Y el menor contacto con el mundo y esa red infinita de personas afiliadas al Club de la felicidad que ella había erigido con su verborrea y ese alud de sonrisas. Hacía tres años que ella era otra. Una mamá común y corriente, como se debe. Fue la tía Hortensia quien la condujo por ese camino intransitable hacia el éxito. No supo cómo

pudo convencerla de que renunciara a su portafolio de Moreh e invirtiera la liquidación de su esposo de Harinera del Fuerte en un curso que prometía mucho pero que no garantizaba nada en absoluto.

Una mañana ambos se marcharon al aeropuerto con una maleta en cada mano, dispuestos a coger del pescuezo al futuro, convencidos de que la felicidad estaba a su alcance, y volaron a la capital del país. Tomaron un extraño curso durante dos semanas en busca de la armonía y de la paz interior. A lo largo de los siguientes meses se aventaron los doce módulos y, cumplida la tarea, decidieron impartir los mentados cursos en aras de la dicha de la humanidad. Ahora se dedicaban a contagiar su felicidad a otros, o al que se dejara. Al regresar de la Ciudad de México eran otros. Ya no reñían, habían aprendido a sonreír de oreja a oreja y a sostener aquella sonrisa impostada durante el mayor tiempo posible, a incorporar palabras amables y adquirir ciertos modales correctos. Estaban irreconocibles. Felizólogos profesionales, se dedicaban a contagiar su virus a quien les diera cinco minutos de atención. Definitivamente se fueron sus padres y regresaron un par de maniquíes.

Hugo

Miró de nuevo la marquesina del edificio de tres pisos y sintió que un estremecimiento lo envolvía. Si no lo alcanzaba, se precipitaría al menos unos doce metros hacia el pavimento, que lo esperaba paciente. Tomó una larga bocanada de aire e inició su carrera. Debía adquirir fuerza suficiente para impulsarse y desplazarse en el aire durante algunos segundos, hasta caer sobre el techo del edificio vecino. Lo separaban cinco metros. Lo aguardaba el precipicio. Despegó un pie del suelo y empezó a empujar la patineta, cada vez con mayor fuerza, la velocidad arreció, las ruedas giraban con frenesí, el pie se despegó del suelo y emprendió el momentáneo vuelo. Fueron fracciones de segundo las que duró en el aire, pero las saboreó como si fuera una estancia más prolongada. Ése era su espacio: el aire. ¿Por qué no fue un pájaro? Eso le permitiría emprender el vuelo y, de algún modo, alejarse de todo aquello que repudiaba. Entregarse al aire y deslizarse sobre éste con garbo, devorando una altura cada vez mayor. El aire le venía bien. Era su territorio por excelencia.

La búsqueda de emociones cada vez más intensas era una práctica cotidiana. No se quejaba de la mala vida que padecía, de unos padres despegados o abusivos, de una escuela autoritaria o de un barrio poblado de canallas. No. Era el tedio el que lo estaba matando poco a poco. A veces se colocaba ganchos para colgar la ropa en la nariz y las orejas con el propósito de sentir un poco de dolor, otras se pasaba alfileres por las yemas de los dedos o se cortaba con una navaja algunas áreas del cuerpo que no fueran visibles a los ojos de su madre. La idea era salir un poco de la rutina que se afanaba en aplastarlo de aburrimiento.

Quizás ese impulso es lo que le hacía tener una conducta temeraria que desafiaba constantemente las reglas impuestas por los adultos. Y explicaba sus escupitajos al techo del aula donde tomaba clases sin prestarles verdaderamente atención, su micción fuera del urinario, sus

maldiciones sobre la superficie de las paredes escolares, su fervor por poner su firma en los altos anuncios comerciales que se alzaban sobre la ciudad, su afición por quebrar cristales de casas abandonadas o solas, su rayado de carrocerías de autos, su gusto por fumar una cajetilla de cigarros a sus dieciséis años.

Por ello se llevaba tan bien con Iris, quien igualmente sentía que no cabía en este mundo. Durante el recreo se tiraban en el punto más lejano del plantel y platicaban sin temor a que algún soplón los escuchara y fuera a poner algún reporte en la prefectura.

De repente, dos muchachos pasaron a su lado corriendo y levantaron el polvo acumulado en el suelo, se formó una nube encima de ellos.

—¡No te la vas a acabar si te agarro, güey! —gritó uno de ellos.

Iris y Hugo se miraron.

—Esto me tiene harto de esta escuela. ¡Parece que estos idiotas no se han dado cuenta de que ya les salieron pelos en las axilas!

—Sí, son tan infantiles.

—Es el precio que debemos pagar por nuestra estancia en este lugar tan *lindo*.

Ella, jugando con una varita en la boca, preguntó, con cierta indolencia:

—¿Sabes qué es peor? ¿Lo que me revienta de aquí?

—¿Qué?

—Todo este ajetreo para mejorar los resultados que se propone la escuela y esta serie de reglas que se les ocurren para tenernos controlados. Parece que lo único importante es que la escuela suba de nivel para volverla más interesante.

—No entiendo bien.

—Ellos únicamente piensan en números, en resultados. Es lo que les da dinero.

—¡Uta madre! Y lo peor de todo es que tarde o temprano acabaremos pensando como ellos.

—No te pases. Primero muerta que llegar a eso.

—Aunque no lo creas. Mi hermana Alicia se la pasaba echándole a todo, al gobierno, a la familia, a los hombres, a la policía, a las elecciones, y acabó siendo un ama de casa con dos mocosos que atender. La gente cambia.

—Tu hermana porque siempre fue medio mensa.

—Ni tanto. Se la pasaba comentando en Face. Traía a carrilla a medio mundo.

—Cualquiera es rebelde en Facebook. Es muy fácil opinar y echar lumbre por la boca desde la comodidad de tu escritorio o de tu

celular. Lo habladora no le quita lo mensa.

—¡Cómo eres canija!

—Me muero porque se acabe ya el ciclo.

—Apúrate a exentar y dejas más rápido la escuela. Así te libras de verle la cara torcida a la Tícher. O al pesado de Emilio: el Señor de la Sonrisa. ¡Puaj! Creo que voy a vomitar.

—Ya somos dos.

—Ja, ja, ja.

Se fueron caminando por el viejo parque, que mostraba cada vez más las huellas del abandono y el deterioro. Las hojas secas caían lánguidas y parecía que se esmeraban en demorarse antes de cubrir el suelo de hojarasca crujiente. Miró una zarza espinosa y se acercó a ella. Arrancó una espina y, atravesándola sobre la palma de su mano izquierda, le dijo a Iris:

—A que no te atreves a hacer esto.

—No soy masoquista.

—No le tengas miedo al dolor.

—Ni que fuera faquir. Por lo visto, deberías trabajar en una feria del horror.

—No es para tanto. Aunque una lana no me caería mal.

—Pues esos gustos tan extraños que tienes, tarde o temprano te van a llevar por rumbos medio maniacos. Como el muchacho que se mete picahielos en la nariz y luego pide dinero en los camiones.

—No soy tan chafa, no te pases. Aunque sí me animo a calarle.

Le mostró la mano con la espina atravesando la piel.

—Casi no duele.

—Pero duele.

—Nada que no puedas soportar. No seas cobarde.

—Te digo que no.

—¡Ándale!

—Ya, Hugo, ponte en paz.

—No seas chillona. Tú no eres así.

—Ni me conoces. ¡Ya, tira esa espina!

—Poquito, poquito.

—Que no. Ya, basta, basta. Ya estuvo bueno. Me lastimas, menso.

—Está bien… ya la tiré.

—¡Te pasas, de veras!

—Ya. Cálmate.

—No me hables.

—Mmmhhhh.

Caminaron hasta dejar la arboleda.

Leyó un mensaje en el teléfono. “Entra a tu correo. Te dejé un mensaje importante. Aldo.”

Sospechó que era alguna treta recién descubierta para vencer el último videojuego que jugaban en línea.

—¿Quién es? —preguntó Iris.

—Aldo.

—¿Aldo?

—Un amigo. Aguanta.

—No me voy a poner celosa. Descuida.

Hugo se alejó un poco de ella y revisó el mensaje.

“Necesito verte. Descubrí algo muy cañón. ¡Agárrate! Cambiará el destino de la humanidad.”

Eso sonaba jactancioso. ¿De qué descubrimiento podría tratarse? Nadie se juega el destino de la llamada Humanidad en un videojuego. Sabía que Aldo era una fiera manejando la intrincada estructura subterránea de las computadoras y que alguna vez había tenido problemas por andar metiendo las narices en cuentas bancarias de uno o dos ricachones de la capital. Sin embargo, no pasó a mayores. Se compró unos tenis Nike y una playera del Bayer Leverkusen —cuando el Chicharito todavía era el goleador del equipo— nada más para calarle. Lo presumió frente a sus amigos y fue Felicia quien le advirtió que la Policía Federal andaba detrás de los hackers como sabuesos de caza.

—Cuídate, porque éstos te atraparán tarde o temprano.

—Lo dudo.

—Pues hace tres meses, más o menos, se descolgaron desde la Ciudad de México hasta acá para detener a un señor que vendía pornografía infantil.

—Pero hay una diferencia grande: yo no hago eso, sólo les pido prestado de sus tarjetas de crédito.

—No deja de ser un delito.

—Es como arrancarle un pelo a un gato.

—Pues a veces el gato te sale muy bravo.

—Borré los rastros. Ese CPU ya ni lo uso, seguro ha de estar enterrado en algún deshuesadero, allá donde tiran toda la basura de la ciudad.

—Chócala, Aldo. Eres el amo y señor del *deep web*. ¡Estás pesado!

—No nací para tener trabajo, esconderme en una casa y esperar a que la muerte me agarre con un buen plan funerario. Morir en una

cama no es lo mío. Preferiría hacerlo cayendo de un alambre que atravesara las cataratas del Niágara o surfeando sobre las olas donde aguarden tiburones hambrientos. Algo digno de un Macho Alfa.

—Un circo te vendría bien, ya te lo dije. Ahí podrías morir atravesando la cuerda a veinte metros de altura.

—O ponerme en lugar de la chica que recibe los puñales alrededor de su silueta, ¿no?

—Exacto.

—¡Paso! No me veo bien en bikini.

—Ja, ja, ja.

—Hugo, ¿quieres que le eche el plátano entero al chocomilk o sólo la mitad? —preguntó su mamá—. No llegues tarde a la escuela, por favor.

—No quiero chocomilk, mamá. Tomaré café y como cualquier cosa allá.

Ella lo seguía tratando como a un niño y eso le molestaba. Tal vez no se daba cuenta de que su voz se volvía grave y de que hacía rato había dejado atrás la niñez. Pero era conveniente recordárselo de vez en cuando.

Se acercó al comedor y observó la escena: su madre, atareada en los quehaceres domésticos; su padre ajustándose la corbata y su hermana haciéndose un chongo.

—Ya córtate esa greña, niño —sugirió su padre, a la vez que le pasaba las manos encima. Él se hizo hacia atrás para evitar que le tocara el cabello.

—A nadie le afecta mi cabello.

—¿Eres híster? —preguntó con la boca llena del burrito de carne machaca que estaba desayunando.

—¿Quéééé?

—Que si eres híster.

—Hípster, querrás decir.

—Pues como se diga, pero jipi de esta época. Da lo mismo.

—¡No, no quiero ser hípster, quiero ser una nena!

—No le contestes así a tu papá, más respeto.

—Déjalo que me conteste como quiera. Le voy a voltear la cara de un chingadazo y vas a ver que va a aprender a contestar correctamente. Creo que es lo que me falta hacer. Tendré que recurrir a los viejos métodos de educación, que son más eficaces que los de ahora.

—No te enojes, mi vida. Y tú, cálmate, Hugo Enrique, no le hables

así a tu papá.

—Por eso la educación está como está. Pero lo que no es capaz de orientarte la escuela, yo mismo me encargaré de enderezarte. ¡Válgame Dios! O dejo de llamarme Everardo.

Un gesto de enfado se apropió de su cara y resistió la andanada de reprimendas. Se levantó de la mesa, tomó la mochila y se dirigió a la salida.

—Así se comporta siempre, me deja con la palabra en la boca — terminó diciendo su padre, al tiempo que se comía el resto del burrito.

Brandon

No había moros en la costa. Se llevó la mano hacia atrás y desenvainó la lata de pintura en spray que compró por la mañana, para estampar su placa sobre el muro de aquella escuela. Con habilidad deslizó la tinta en un desplazamiento sinuoso y barroco que le permitía distinguirse del resto de las firmas que otros jóvenes hacían sobre los muros de la ciudad. Su obsesión por hacerla lo mejor ajustada a su idea de la perfección hizo que se quedara algunos segundos más de lo planeado. Suficientes para que se acercaran hacia él cuatro o cinco sujetos enormes —con músculos light formados en los gimnasios y por complementos en polvo— con gesto hostil, dispuestos a arreglar cuentas. Los comandaba Brian, el gorila de la Vocacional 8, quien era famoso por sus abusos y desplantes. Lo conocía muy bien porque Hugo —su amigo— estudiaba en ese plantel y era hermano de Felicia. Metió el spray en su bolso trasero y se dispuso a escapar.

—¿Por qué no le rayas la cara a tu madre? —planteó Brian.

Todos caminaron hacia él en posición de ataque, listos para atraparlo. Hizo una finta y corrió hacia el espacio que dejaban dos autos estacionados, pero no logró huir. Lo jalaron de la playera hacia atrás y a continuación lo sujetaron de los brazos para recargarlo contra el muro recién grafiteado.

—Vas a limpiar esta pared con la lengua —le espetó desde el lugar donde se hallaba parado, a unos siete metros de distancia.

Se movió tratando de librarse de las manos que lo aprisionaban, pero éstas aumentaron la fuerza para impedirlo.

Brian se acercó a paso lento, desafiante, mientras masticaba un chicle abriendo y cerrando la boca sin pudor. Puso su cara a centímetros de la suya y Brandon sintió repugnancia. Le llegaba el olor a Clorets con masilla que emanaba de aquel agujero rosado.

—Hace falta que te den una buena lección para que aprendas de una vez —agregó y le lanzó una bofetada.

Brandon la recibió sin quejarse.

—¿No te dolió?

—Parece que no le dolió —dijo alguien más.

Le lanzó otra bofetada, tomando mayor impulso, y la mano abierta se estalló en su mejilla izquierda haciendo que los dientes le hirieran el interior. Un chisguete de sangre se asomó por su boca.

—¿Ésta sí dolió?

No contestó.

—Bueno, eso es como una caricia, porque a ustedes los emos les gusta el dolor, ¿verdad? Tienen la cabeza volteada. Háganme el rechingado favor.

—No es emo, es darketo —corrigió otro.

—¿Darketo? Sí, has de ser darketo natural, porque estás muy feo.

—Si lo fuera, ¿qué te importa, descerebrado? —se atrevió a responder.

—¡A mí no me vas a decir descerebrado, pendejo!

Brandon se soltó y le lanzó un puñetazo, pero el otro alcanzó a esquivarlo. Los demás se apresuraron a maniatarlo.

—Te salió lo fiera. ¿No que los mugrosos darketos son puro amor y paz?

—¡Cómo jodes!

—Cállate. No me gusta que me interrumpan cuando estoy hablando. ¿O qué, no sabes respetar?

—¡Rómpele el hocico, Brian! —exigió una voz, gritando.

—Ganas tengo de romperle pero la cabeza, pero luego me lo van a querer cobrar como nuevo. Y éste no es el mejor lugar para hacerlo. Pero ya llegará el momento y entonces sí te vas a comer la lengua por hocicón.

—No te tengo miedo.

—Pues ya es hora de que empieces a tenerlo, porque si sigues acercándote a la escuela o a la casa, te va a tragar la tierra un día de éstos.

Le jalaron del cabello hacia atrás y expulsó un “oh” adolorido.

—Además, quiero que te quede bien grabado lo que voy a decirte: no te le acerques a mi hermana ni a un kilómetro de distancia, por ninguna razón. Estás advertido.

—¿Es tu cuñado, Brian? ¡No mames!

Todos se rieron.

—¡Cállense, pendejos! Este tarado qué va a ser mi cuñado. Tiene roña.

—Es cierto, es amigo de Felicia.

—Que te calles, ¿o estás sordo?

—Relájate. Suéltame. La bronca no es contigo.

—Las broncas ya las tienes por no bañarte. ¿Alguien puede estar más mugroso que tú? Pero lo que necesitas no es un jabón. Creo que sólo con un poco de fuego se te quitaría el cochambre que llevas encima. ¡Eres un bote de basura con patas!

—Sí apesta —agregó alguien.

—Hueles a rata muerta.

—Es el perfume de los darketos.

—¿Ya no coleccionas cucarachas?

—No. Se las come. ¿Qué tal si hacemos que se trague una cucaracha?

—Lástima que la única cucaracha por aquí eres tú, hediondo.

Brandon se esforzó por librarse de quienes lo sujetaban pero no pudo hacerlo.

—Te voy a decir algo. Y pon mucha atención.

Los demás muchachos impedían que lograra marcharse. Acataban las órdenes de Brian con sumisión.

—No te acerques a Felicia. Si quieres beber sangre humana, búscate otra tarada. A mi hermana déjala en paz.

—Ni que fuera de tu propiedad.

Le dio una bofetada y añadió:

—Te estoy hablando en serio.

Lo aventó contra la pared y lo cogió de los cabellos, a la vez que le dijo, escupiendo motas de saliva sobre su cara: —Si te veo cerca de ella, te rapo y hago que te tragues tus asquerosos pelos. Métete esto bien en el coco, engendro de Satanás.

—Ja, ja, ja.

En ese instante alcanzaron a escuchar la voz de uno de los prefectos que se acercaba.

—Ahí viene el Pitoloco, mejor déjalo.

Esperó a que se aproximara lo suficiente y, empujándolo hacia adelante, exclamó triunfal: —Le tenemos un regalo.

El hombre, alto y flaco como un ejote, con dientes demasiado grandes para caber en aquella boca, lo tomó del brazo con sus manos que parecían tenazas y se lo llevó al interior de la escuela.

—Al fin te agarramos.

—Ya era hora.

—Ahora sí te vas a divertir pintando paredes pero con brocha gorda.

—Dedos le van a faltar para pintar tanta pared — comentó, divertido, Brian, a la vez que chocaba las palmas con sus incondicionales.

Brandon se dejó llevar sin oponer resistencia. Era mejor que soportar a aquella bola de tarados.

Aldo

De pronto, tras un parpadeo, se hallaba en una especie de hospital en ruinas o en un asilo de ancianos. Las condiciones del edificio eran paupérrimas. Las paredes amenazaban con desplomarse en cualquier momento, las ventanas se encontraban tapiadas, las puertas apenas se sostenían sobre sus bisagras dobladas como gomas de mascar. Un tenso silencio lo inundaba todo. Con claridad le pareció escuchar el latido de aquel silencio que se le metía en los oídos como un gusano.

Apareció un hombre anciano al que le faltaba el brazo derecho, el peso de los años le había encorvado la espalda y sus ojillos apenas lograban asomarse bajo las tupidas cejas desaliñadas.

—Bienvenido a casa. Te estábamos esperando.

Solamente él aguardaba en la entrada. No entendió con claridad a qué se refería cuando afirmaba que lo estaban esperando. No le atraía la idea de que aquellas ruinas funcionaran como “su casa”, pero no quiso sonar irrespetuoso.

—Gracias.

Caminaron entre los escombros. Los cuartos estaban deshabitados. Pedazos de ladrillo, tierra, astillas de madera, plumas, botellas de medicamento, cartones, escusados rotos, fierros, sillas de ruedas desvencijadas o nidos solitarios se esparcían a lo largo y ancho del suelo. Se detuvo frente a una puerta de la que colgaba un letrero: “Prohibido el paso”. Eso excitó su curiosidad y empujó la puerta. La penumbra ocultaba la escena. Caminó hacia el centro, y en ese instante, una luz se encendió, iluminando el área. Descubrió que aquel sitio era una especie de morgue, porque sobre las mesas de metal, los burós, las camas, se dispersaban pedazos de cuerpos humanos: brazos, piernas, cabezas, torsos, manos, dedos. La sangre se acumulaba en varios charcos. Se asustó al notar que un brazo avanzó hacia él, empujándose en los dedos que actuaban como medios de locomoción, e iba dejando tras de sí un rastro de sangre. Y después una pierna, una

mano, los dedos individualmente. Una mano subió por el empeine y tiró una patada para quitársela de encima. Salió apresuradamente del cuarto, perseguido por otras partes que parecían no estar enteradas de que estaban muertas. Afuera lo esperaba el viejo.

—Espero que se te haya quitado la curiosidad.

—Yo me largo de aquí.

—No, no te puedes ir. Tú exigías estar aquí.

Tenía razón, se encontraba ahí por su propia voluntad. En el momento en que atravesó el umbral hacia este mundo, se enfrentaría a una realidad desconocida. Además, estaba sediento de experimentar emociones fuertes que impulsaran su sangre vertiginosamente.

La mirada del hombre se clavó en sus ojos y una fuerza misteriosa lo obligó a seguirlo.

"Estas cosas extrañas suceden en los sueños y son inexplicables", pensó.

Pasaron frente a otra habitación, de donde escapaban ayes de dolor. A unos pasos de ella, creyó advertir que eran quejas de niño acompañadas de sollozos. Al asomarse, miró a un niño arrancándose las yemas de los dedos con sus dientes. Continuó tras los pasos del viejo. Un grito desgarrador se adueñó del aire. Apuró el paso.

Descendieron por una escalera de caracol hacia una especie de sótano.

Había barrotes en aquellas ventanillas por donde se filtraban temerosamente algunos rayos de luz blanca.

La luna dejaba una luz espectral que se refugiaba en los orificios que las uñas de los huéspedes de aquel lúgubre sitio dejaban grabados en la pared.

Bajar por la escalera se le dificultaba porque la pierna izquierda, afectada por la poliomielitis, la movía con lentitud. Era curioso saber que su problema en la pierna persistía en este nebuloso territorio. Descendió. Miró a su alrededor. Muebles desvencijados lo esperaban: un sillón mullido del que brotaban dos o tres resortes buscando la libertad se sostenía sobre ladrillos, una silla de tres patas reclinada sobre la pared, un televisor sin pantalla, una mesa que amenazaba desplomarse de un momento a otro, paredes devoradas por las termitas, vigas podridas sosteniendo un techo esclerótico.

—Ponte cómodo.

La invitación cayó como un martillazo sobre su conciencia.

—¿Que me ponga cómodo?

—Claro, es tu habitación. ¿O no es así, Clemencia?

Una mujer gorda los contemplaba sentada en un sillón destartalado, con el codo derecho apoyado en una mesilla cubierta de

frascos.

—Te presento a Clemencia. Ella se encargará de darte la papilla, a partir de mañana. Y te aseará cada mes para que estés presentable.

¿Papilla? ¿Aseará? No comprendía qué trataba de decirle aquel torvo sujeto.

—Ni esa mujer me va a dar nada ni este lugar es el mío.

—Tal vez has tratado de olvidarlo, pero tienes esta habitación aquí desde hace años.

—Eso no es verdad, yo vivo en…

De repente se detuvo, tratando de recordar el sitio donde se localizaba su casa.

—Tu alma siempre ha estado cautiva en este sitio.

¿Qué trataba de decirle aquel viejo que sonreía con sus encías desnudas?

—¿Mi alma qué?

—No te quiebres la cabeza, muchacho. Éste siempre ha sido tu hogar. Eres uno de los nuestros.

Le echó de nuevo un vistazo a la inmunda habitación, que se asemejaba más a un tiradero de desperdicios, y pudo ver tres o cuatro cucarachas agazapadas en la oscuridad, una rata que hacía equilibrio sobre una resbalosa cañería, de la que caían gotas de agua apestosa; caracoles enormes diseminados por las otras paredes y un ciempiés descomunal sobre la almohada de la que sería posiblemente su cama.

—Esto es asqueroso. Este lugar no puede ser mi habitación. ¡Usted está loco! ¿Es una broma?

—Cuando estás en tus cinco sentidos no te quejas.

Se acercó hacia la cama y levantó al ciempiés de las patas traseras, para llevárselo a la boca y tragarlo. El largo insecto se rehusaba a perderse en la oscuridad de aquella garganta decrépita, pero finalmente sucumbió y desapareció.

—Siguen teniendo un buen sabor —expresó sonriente, mientras un hilo de líquido gris corría por la orilla de su boca.

Enseguida levantó la almohada y tres cucarachas negras huyeron espantadas, pero alcanzó a dar un manotazo y atrapó una de ellas.

—¡Te agarré, preciosa! —exclamó triunfante y se la llevó a Aldo, que miraba horrorizado y asqueado. Dio unos pasos hacia atrás para alejarse—. No te pongas renuente.

—¡Quite esa cosa de mi vista, si no quiere que lo golpee! —espetó.

—Bueno, yo te ofrecí —respondió y mordió la cucaracha, que movía las antenas, resistiéndose a ser masticada por aquellas encías despreciables.

Un gato al que le faltaba la pata izquierda trasera brotó de la

negrura y maulló a sus pies. Después apareció un perro que sólo tenía las patas delanteras y se arrastraba para moverse. Un ruido metálico rechinó y le puso la piel de gallina. Apoyado en dos muletas, un niño sin piernas le brindó una sonrisa de complicidad. Podía mantenerse en pie con justo equilibrio, a pesar de carecer de extremidades inferiores. Parpadeó y una multitud de niños mutilados, sin brazos o piernas, de niños ciegos, desorejados, deslenguados, mancos, tullidos, lo rodeó. Una niña enana se arrancó un dedo con los dientes y empezó a beber la sangre que manaba de éste. Otro, carente de ojos, se paró cara a cara y le soltó algunas palabras graves: —Primero te arrancaremos las piernas. Te vas a sentir en familia. Luego, los brazos. Y al final, los dientes, uno por uno. Por la alimentación no te preocupes. Está todo resuelto: Clemencia te dará la papilla.

Miró a la enorme mujer lanzando una sonrisa estúpida.

—Gracias. Paso.

—No te aferres a tu cuerpo. Es pasajero.

—No me importa. Y ahora quítense, ni se les ocurra tocarme.

—Serás como nosotros y tendrás todos los privilegios y castigos que disfrutamos.

Aldo pudo distinguir que el anciano se aproximaba hacia él con un pequeño serrucho de acero. Quiso salir y empujó al niño ciego y a otros que se hallaban a su lado. Buscó la escalera, pero decenas de dedos aprisionaron sus pies y tobillos, impidiéndole escapar. Gritó. Vio muecas deformes escupiendo sonrisas, sintió carcajadas que lo abofeteaban, miradas que horadaban su piel.

—Pónganlo ahí —señaló con el índice, apuntando a la sucia cama, manchada de sangre, grasa y otras sustancias de naturaleza desconocida.

La niña que lamía la sangre que escurría del dedo cercenado le susurró: —Te diré un secreto, pero quiero que quede entre nosotros.

Parpadeando, la vio acercarse hasta su oído.

—Te pondrán a prueba. Primero te van a cortar la pierna que te estropeó la poliomielitis, y por ninguna razón debes gritar.

—¿La pierna? —se sorprendió al pensar.

—Sí, nunca te ha servido para nada. Es mejor deshacerse de ella. Si lo haces, te quedarás en este hermoso sótano para el resto de tu vida, que es muy larga, por cierto. Pero si no gritas, podrás regresar por el camino donde viniste.

La miró, incapaz de saber si acataría la sugerencia.

—¡Buena suerte! —afirmó y se hizo a un lado.

Una muchedumbre de manos lo sostuvo, mientras el anciano se dirigió hacia la pierna.

Una idea vino a su cabeza. ¡Estaba dentro de una pesadilla y aquello era parte de ese territorio donde los acontecimientos no están enraizados en la realidad!

El ciego se acercó y dijo:

—Escuché tus pensamientos. Aunque esto sea un sueño, la prueba es real. Te recomiendo que mantengas la boca cerrada. Trágate los gritos.

Los dientes del serrucho se enterraron en su piel, y soportando aquel dolor indescriptible, se mordió los labios hasta sangrar, mientras una baba de la boca decrépita del viejo cayó sobre su cara. Tendría que soportar ese dolor si no quería residir en aquel hoyo infecto para siempre. Apenas si pudo resistir aquel despiadado tormento. Perdió la conciencia, y al abrir los ojos, se encontraba solo. Miró hacia abajo y descubrió que la pierna enferma había desaparecido.

Tuvo que arrastrarse desde ese punto hasta la puerta que daba acceso a ese sitio, para poder escapar. Un rastro de sangre quedó como cruento testimonio de su regreso. Al atravesar el espejo, se encontró de nuevo sano y salvo, con la pierna restaurada.

Iris

—Yo te veía y, te lo voy a decir con sinceridad, me dabas mala espina. Pensaba: esta chava jipi se cree rockstar y está sedienta de que medio mundo la admire —confesó Felicia.

—¿Yooooooo, rockstar? No mames. Te pasas.

—Pues con la facha que te cargabas, no dabas mucha oportunidad de pensar otra cosa.

—Como tú siempre has sido fresa, cualquier facha te asusta —replicó Iris.

—La verdad, llegué a pensar que hasta eras lesbiana y me tirarías la onda en una oportunidad que tuvieras. Pero afortunadamente me equivoqué.

—Quién sabe, todavía no me conoces bien y nunca hemos estado solas en un cuarto, sin que nadie nos moleste.

—Pues haré todo lo posible porque ese momento no llegue.

—Ja, ja, ja.

—¿Sabes desde cuándo me caíste bien?

—Ni idea, güey.

—Desde que escribiste aquella frase en la pared del baño. *Quien no muere joven, merece morir.*

—¡Ah!, ¿por eso? No es nada. Cualquiera lo hubiera hecho. Es de un filósofo.

—No, no cualquiera, porque todas tienen pánico de ser expulsadas. Y a la mayoría le vale la filosofía. ¿Quién escribió eso?

—Se llama Cioran, pero da igual de quién sea.

—Creo que ni el director le entendió. Se le han de haber quemado las neuronas desentrañando el sentido de esas palabras. No hay duda: en esta época de súper tecnología, estamos rodeados de asnos.

—¡Eso no es nada nuevo! Dímelo a mí que tengo que soportar un asno en mi propia casa.

—Yo tengo otro. Mi hermanito no se queda atrás.

—Y tan fuertote que se puso. ¿Qué come? ¿Licuado de esteroides con betacaroteno?

—Ja, ja, ja. Cómo eres tonta. No, dice que sus músculos los construyó en el gym. ¿Le creeremos?

—Yo en general le creo a los hombres poco, casi nada.

—¿Y eso, pues?

—Tengo mis motivos.

La mirada de Felicia hurgó la tierra marrón.

—Bueno, entonces dime, ¿te gusta Brian?

—No, para nada. Nadie. Nadie me gusta ni me interesa. Esa pregunta ni viene al caso —respondió Iris.

Felicia se llevó una hierba a los labios y agregó: —Nadie mejor en este mundo para saberlo que yo. Mi hermano es odioso. Delante de mi mamá es el chico mejor portado, pero en cuanto ella da la espalda, se vuelve un monstruo. O lo que es. Un ser abominable que nadie puede soportar. Él sí te da una buena puñalada por la espalda si te descuidas.

—Un estuche de monerías.

—Supe que el otro día le pegó a Brandon.

—No lo he visto. No me ha dicho nada.

—Sí. Creo que lo detuvieron entre él y sus amigos, pintarrajeando la pared de atrás de la escuela, y se lo entregaron al señor Espiricueta.

—¿Al Pitoloco?

—Buena ésa. No me la sabía. Pues ahí lo tuvieron pintando desde la una hasta las siete las paredes que se les antojó. Cuidándolo de que no escapara del plantel. ¡Pobre, ha de haber acabado bien cansado!

—Con razón están tan mal pintadas esas paredes.

—Ja, ja, ja. Se va a morir de hambre, como pintor de brocha gorda.

—Es muy intrépido. Le encanta correr riesgos, buscar emociones. Imagínate: rayar la barda de esta prepa que tiene más vigilantes que una cárcel de alta seguridad.

—Cómo lo envidio. Me encantaría ser así. Que todo me valiera un cuerno.

—Me valiera madres, se dice. No seas fresa.

—Yaaaa. Cálmate, chica mala, adoradora del diablo.

—Es que hablas como princesa.

—¡Qué princesa ni qué ocho cuartos! A la jodida.

—¿Ves? Ya estás mejorando. Si te juntaras más conmigo, hasta se te podrían pegar algunas malas palabras más pesadas y te darías a respetar. Dejarías atrás tu sucio pasado de princesa y al fin tendrías el respeto de todos.

—Si me junto más contigo van a decir que soy tu novia. Y eso no

me late.

—Descuida. No me gustas tú ni nadie.

—¿A poco nunca has tenido novio? —indagó Felicia.

Iris escupió y trató de alcanzar una cajetilla de cigarros tirada abajo de la banqueta.

—No.

—¿Neta? Si ya estás envejeciendo y pronto se te va a pasar el tren.

—No.

—Pero ya besaste a alguien.

—¡Qué te importa!

—Ja, ja, ja. ¿De veras nunca has besado a alguien?

—¡Cómo jodes!

—Ahora va la mía, chiquita. Eso quiere decir que eres virgen hasta de los labios. Mmmmmmhhhhhhh.

—Ya, güey, no te pases. Cambia de tema, porque si no ahorita mismo me largo.

—No te pongas así. Sólo estoy bromeando.

— …

—Tan brava que eres para otras cosas y tan delicada para el amor.

—¿Sabes qué?, ¡mejor ahí la dejamos!

—No, no, Iris, disculpa, disculpa. Ya me voy a callar. Asunto terminado. Vuelta de página. Siéntate, siéntate. Ándale.

Se quedaron mirando los autos que pasaban a gran velocidad frente a ellas, bajo el puente.

—Te prometo que este tema queda cancelado.

Felicia sonrió, esperando que Iris le devolviera una sonrisa de aceptación.

Chocaron las palmas.

—Hace rato me dijiste que te gustaría ser más arriesgada.

—Sí. Que no me importara nada. Y no creas, le hago la lucha.

—Yo conozco algo que te puede dar emociones inesperadas que te suban la adrenalina hasta el cielo.

—¡Ay, Iris, no manches! ¡No me digas que te estás metiendo algo!

—Qué me voy a estar metiendo. ¿Estás tonta o qué?

—Pues a qué te refieres, explícate.

—No sé, es algo secreto y, como tú sabes, un secreto no se le revela a toda la gente.

—Pues resulta que yo no soy toda la gente, soy tu amiga, o al menos eso creo.

—Sí, eres mi amiga, pero no sé si se te afloja la lengua y luego medio mundo se entera de esto.

—Mira, si no me quieres contar, no me cuentes, pero no me andes

alborotando con eso de que tienes un secreto. Mejor guárdatelo y ya.

—No te sulfures. Está bien, te voy a contar, pero esto va a quedar entre nosotras.

Felicia ató su mirada a la de Iris.

—Pertenezco a un club secreto, un club subterráneo del que casi nadie conoce su existencia y además cuenta con muy pocos miembros. Hasta ahora sólo somos cuatro, que tenemos una cosa en común: somos adictos al peligro, nos fascinan las emociones fuertes. Te lo voy a decir más claro: nos encantan las pesadillas.

—¿Las pesadillas?

—Sí, las pesadillas. ¿Tienes pesadillas o sólo sueñas cosas lindas?

Felicia hizo un mohín de disgusto.

—No te pongas así. Lo que te quiero decir es que nosotros sí tenemos verdaderas pesadillas. No de las que te libras abriendo los ojos, en un parpadeo. No, éstas te penetran el pellejo hasta los huesos. Las sientes en carne propia, con un terror que jamás has experimentado.

—Suena padre, eso. Hugo me comentó algo al respecto.

—¿Hugo?

—Sí, pero pensé que sólo se quería lucir. Ya ves cómo son ellos.

—Entras en la pesadilla y haz de cuenta que todo lo percibes tal como ahorita percibimos el viento que nos mueve el cabello, esta hierba que nos pica las manos, este hollín que ensucia los dedos, esa mierda de perro que está allá y que si la acercamos a la nariz huele a mierda de perro. No hay truco: estarás dentro de una pesadilla que hará que la adrenalina se te salga por todos los orificios que tengas.

—¡Ay, güey, eso suena chilo!

—Es chingón. Una experiencia inolvidable que te dejará marcada.

—¿Y dónde está ese club?

—Ni te imaginas.

—¿Yo puedo entrar?

—No lo sé. Tal vez.

—Pues me encantaría entrar. Es lo que necesito: una sacudida que me haga regresar al mundo. Estoy harta de tanta "felicidad" que me rodea.

—Es cierto. Por lo que me has contado, cualquier día amaneces ahogada. Pues te digo, primero necesito saber si realmente te animas a entrar. Y después, checar si eres capaz de soportar esas pesadillas.

—No entiendo bien de qué se trata, ¿me voy a poner un casco para tener pesadillas, o qué? Explícame.

—Ya lo sabrás, cuando estés a punto de entrar. Lo que no sé bien es el grado de terror que serás capaz de soportar. Eso sí es un misterio.

—Me fascinan las películas de terror. Me las he aventado todas, desde las que han hecho de Clive Barker hasta las de Stephen King. Por eso no te preocupes. Estoy acostumbrada a lo peor. Tengo el cuero duro, aunque no lo creas.

—Estas pesadillas son mucho peor que cualquier película de terror. Porque nacen de tus miedos más profundos, de los miedos que no te atreves a nombrar.

—Eso suena muy muy muy interesante. Me muero por estar ahí.

—No comas ansias. Primero debo pedir autorización para llevarte.

—¿Quiénes son los demás?

—No seas desesperada, a ver si el sábado te presento a alguno y pierdes tu virginidad.

—¡Tarada!

—Te hace falta conocer otros mundos.

—Yo conozco otros mundos, al menos he ido dos veces a Europa y a Canadá o a Estados Unidos.

—Ésos los conoce cualquiera. O mejor dicho, cualquiera que tenga dinero para espantarse el aburrimiento. Casi todos son brutos con pasaporte.

—Mensa, yo no soy ninguna bruta.

—Pero la mayoría de los turistas sí. Y no quiero discutir eso aquí. Lo que te quiero decir es que no conoces los mundos que se encuentran debajo de éste.

—Pues te nombro mi guía a partir de este momento, para que me lleves hasta allí y me traigas de regreso sana y salva.

—Ojala eso dependiera de mí. Va a depender exclusivamente de ti, querida.

Aldo

Pocas personas transitaban por el parque: un muchacho sudoroso con facha de boxeador, que corría aprisa, metido en una sudadera húmeda; una señora de carnes abundantes que caminaba con la lenta prisa que le permitían sus excedidos kilogramos, y cuyo traje de licra era imposible conjeturar cómo logró entrar en él; un indigente buscando restos de comida entre los botes de basura. Hugo, que se acercaba rengueando, acompañado de una vieja bicicleta, miró a su amigo.

—¿Y eso? Ahora hasta el paso me copias.

—¡Qué te voy a copiar el paso, me caí en la cancha y de pura suerte no quedé hecho pedazos!

—Pero te encanta andar desafiando la gravedad.

—Lo mío es el aire, ya lo sabes.

—Y el suelo. Ja, ja, ja.

—No puedo vivir en el aire, algún día tengo que bajar.

—Pues trata de no aterrizar con la cara, porque te vas a partir el hocico.

—Lo dices porque eres collón y nunca despegas los pies de la tierra. ¡No te vayas a marear!

—Lo mío es tener el trasero aplastado en una silla y quedarme más miope por estar horas y horas tecleando en la compu —respondió Aldo levantándose los lentes para acomodarlos sobre su nariz y sacándose la mochila para dejarla encima de la losa de granito.

—Eres una rata de internet. Te van a salir hongos de tanto estar sentado. O almorranas.

Se sentaron en una banca que se encontraba frente a la laguna de los patos.

Aldo miró hacia ambos lados y, al tener la certeza de que nadie los observaba, se acercó y le comentó en voz baja: —Necesito contarte algo, pero quiero que me jures que no se lo vas a decir a nadie.

—Yaaaaa, te estás poniendo muy misterioso. No le eches tanta crema a los tacos.

—Estoy hablando en serio. Esto no es un juego, güey.

—Pero la haces muy cardiaca.

Miró sus ojos miopes. Sonrió y dijo:

—¿Descubriste el truco para llegar a la novena etapa de *Asesino en serie sideral*?

—No, esas bobadas ya quedaron en el pasado.

—¡No te hagas!

—Si no te interesa, ahí muere, y mejor nos vemos en la escuela.

Aldo trató de levantarse.

—¡Noooo, cálmate, gordo, sólo estoy bromeando, no aguantas nada!

—Es que te estoy hablando bien, es algo serio. No tengo tiempo para andar en payasadas.

—Está bien. Mira: serio. Ya no te voy a interrumpir. Escúpelo.

Volvió a echar un vistazo a su alrededor e hizo la confesión: —Descubrí una puerta a otro mundo.

—¡¿Descubriste qué?!

—Una puerta hacia otro mundo, un portal que nos conduce a otra realidad.

—No mames, estás leyendo demasiados libros de ciencia ficción. Te están comiendo el cerebro.

—Si no me quieres creer, no me creas. Ya no te cuento nada.

—No, no, cuéntame. Está chingón lo que me dices. ¡Ándale! ¿Cómo la descubriste, dónde está?

—Tienes que prometerme que no se lo vas a contar a nadie.

—Te lo juro por ésta. Es más: que se muera mi jefa si lo cuento.

—¡Cómo estimas a tu mamá!

—Bueno, que se muera Iris si digo algo.

—Todavía por Iris te creo más. Cada que la ves nada más te falta babear por ella.

—Pues por ella lo juro, para que veas.

—Si quieres, mañana sábado te llevo al lugar.

—¿Dónde está?

—No te imaginas dónde. Nadie daría un peso por ese barrio.

—¿Un barrio? ¿Y qué hay adentro, detrás de esa puerta?

—Ya lo descubrirás.

—¿Neta? Adelántame algo.

—Lo único que te puedo decir es que es una experiencia por encima de la realidad; entrar en ella cambiará tu manera de verlo todo.

—La haces mucho de emoción… pero suena bien.

—Sí, sobre todo porque sé que a ti te gusta probar con emociones fuertes y no te rajas a la primera.

—Claro que no. El peligro es mi hábitat. Ya lo sabes.

—Lo vas a disfrutar mucho más que la peor pesadilla que hayas tenido.

—No me tientes, diablo, que me animo.

—Te lo digo en serio. Ninguna pesadilla que hayas vivido te dará la dosis de emoción y pánico que te ofrece este viaje.

—Parece que ya lo experimentaste en carne propia.

—Sí, y te juro por Philip K. Dick que es el viaje más espeluznante que he hecho, el que casi me revienta todos los sentidos.

—De eso pido mi limosna.

—Por eso te invito. Entonces, ¿puedes ir mañana?

—Creo que sí. Aunque es el día en que mi jefa se va al tianguis y quiere que la acompañe en la vendimia. Pero le invento algo y me escapo. Claro. No me lo voy a perder.

—Trato cerrado.

Se levantaron. Recogieron las mochilas.

—Bueno, nos vemos. Voy por un pedido de mi jefa.

—¿Para qué rumbo vas?

—Para allá.

—Yo voy para acá. Nos vemos.

Chocaron las manos.

—Gracias por invitarme.

—No te vas a arrepentir. Me cae de a madres.

—Sobres.

Hugo montó su bicicleta. Las hojas secas de los viejos eucaliptos y de las ceibas se desplomaban indolentes como el sol que se hundía en el horizonte, en una lenta agonía que dejaba brochazos de rojos y naranjas sobre la plana azul del cielo.

—¿Y ahora de dónde te robaste esa bici? —inquirió irónico Aldo.

—Ni que fuera Brandon. Es mía. Si un día se me ocurre robarme una, será nueva.

Hugo

A las cuatro en punto llegó al sitio acordado. No le gustaba mucho la idea de esperar en aquel parquecito que se ubicaba a un costado del mercado municipal, porque ahí solían jugar futbolito continuamente un grupo de muchachos duros (cabeza a rape, cicatrices en la cara, tatuajes torpes en los brazos y malas palabras como medio inmediato de comunicación) que hacían alarde de su rudeza y malos modos. Se hacían llamar Los pelones. Las pintas en las paredes que rodeaban el mercado los exhibían sin pudor.

Se acomodó cerca de la entrada al mercado, procurando ser menos visible para aquellos muchachos pendencieros. Apretó la patineta contra su cuerpo. Cada minuto se le hizo que duraba más de 300 segundos. Los conocía y se caracterizaban por su bravuconería, así que lo mejor era pasar desapercibido. Era fanático de las emociones fuertes, pero no de que le rompieran la cara a puñetazos. Revisaba su teléfono con un ojo, y con el otro los vigilaba, cuando de repente el balón sin algunos gajos rodó hacia sus pies. Enseguida escuchó un grito:

—¡Pásala!

En un primer instante se desconcertó, pero de inmediato se dio cuenta de qué se trataba el asunto. Sintió el peso aplastante de aquellas miradas donde destellaba el resentimiento. Tomó el balón y, sabiendo que era un pésimo futbolista, lo dejó botar para darle una patada y devolverlo a la cancha. Le pegó tan mal que la esfera dio en el tablero de basquetbol y se fue en sentido contrario. Quiso que se lo tragara la tierra.

—¡Cómo eres pendejo! —alcanzó a escuchar.

No hizo el intento de ir por el balón. Se esfumó metiéndose en el mercado.

Alcanzó a oír que le recordaban a su madre de manera unánime. Se paseó por los pasillos, donde pollos amarillos colgaban de mecates,

ofreciendo sus cadáveres para el caldo del día; pescados que miraban la nada yacían sobre camas de hielo picado, tomates gordos esperaban al mejor postor, cebollas con cabelleras verdes o lenguas silenciosas de vacas eran exhibidas sin pudor en las vitrinas. Anduvo diez o quince minutos de acá para allá, mientras algunos locatarios empezaban a cerrar sus puestos, cuando sintió que el teléfono vibraba. Leyó el mensaje: “Wey dónde estás? Te estoy esperando”.

Salió al punto que había abandonado y allí lo esperaba Aldo.

—¿Estabas adentro? Te dije que me esperaras en la entrada.

—Ya sé. Vámonos.

—Tenía como diez minutos ahí.

—Llegaste cuando me metí.

—Pues para qué fregados te metes si quedamos de vernos afuera.

Los ojos de los jugadores lo identificaron, y a pesar de que caminó aprisa, alcanzó a sentir que le echaban un balde de agua fría al escuchar una frase:

—¡Adiós, par de jotitos!

Aldo volteó a mirarlo y exclamó:

—¿Y eso, qué pedo, güey?

—No es nada. ¡Que se vayan a la chingada, bola de tarados!

—¿Les dijiste algo?

—No, pero ya sabes cómo son.

—¡Púdranse, idiotas! —sentenció Aldo, al tiempo que levantó la mano derecha con el dedo medio erecto, pero Hugo se la bajó sugiriendo:

—Órale, apúrale. Si nos persiguen nos van a matar.

—¡No’mbre! Están idiotizados por el fut. No lo dejan por nada.

Cruzaron aquellas calles donde se reunían en los baches materias líquidas de la más dudosa e inextricable composición química. Quizás aceite de auto, grasa de cerdo, alcohol, orina, vómito de borrachos, sangre, leche descompuesta, jugos gástricos o gargajos. Un lujoso coctel de porquería. Un perro flaco y enfermo aguardaba que alguna tripa cayera del bote del que desbordaban desperdicios. Dejaron a sus espaldas las sucias callejuelas y tomaron un autobús que los condujera hasta la colonia indicada. Se bajaron media hora más tarde.

—Aquí es.

Caminaron por el viejo barrio de Jardines del Edén. Aldo, a pesar de su cojera crónica, se desplazaba a paso rápido. Los primeros edificios de aquella que fuera una populosa serie de departamentos multifamiliares se hallaban todavía habitados por familias empobrecidas que, a falta de tendederos seguros, colgaban calzones, camisas, pantalones en las ventanas y los balcones para someterlos a

los designios del viento y el sol.

Los edificios de la parte posterior no formaban parte del mismo diseño arquitectónico y estaban en otro conjunto diferente, construido muchos años antes. Hacia allá se dirigieron los pasos de Aldo, que conocía el terreno y caminaba con seguridad. Lo que en otro tiempo fue una zona verde, ahora se hallaba convertida en un basurero donde se elevaban heroicamente tazas de escusado, botellas de Pepsi, cajones de madera apolillada, abanicos sin aspas, percheros rotos, sombreros, zapatos, javas de plástico, trapeadores calvos y otros objetos de dudosa naturaleza.

Las construcciones que se encontraban al frente eran más altas y se notaba que eran más antiguas que las otras. Allí estaban el complejo 1 y el 2. Los últimos, el 3 y el 4 se localizaban atrás, cerca de la barda perimetral junto a una hilera de casas de una sola planta (fabricadas por otra constructora). Aldo recorrió varias casas y se detuvo frente a una que tenía las puertas y ventanas selladas con cruces de madera para impedir el paso a los intrusos. Contra la puerta se encontraba recargada una maraña de abrojos con espinas. Con habilidad las puso a un costado. Luego, haciendo un movimiento, destrabó una tabla y eso permitió ver una abertura por la que pudieron deslizarse al interior.

—Vamos.

Hugo no salía de su asombro. Se agachó para ingresar. Cubrieron la ventana de nuevo.

Adentro dominaba un olor rancio, a madera podrida y a caca de roedor. Las paredes estaban descarapeladas en algunas áreas, y mostraban su esqueleto de ladrillos; sobre el piso habían caído pedazos de madera y hojuelas de pintura que acompañaban utensilios abandonados. La luz que lograba entrar de contrabando permitía observar aquellos objetos.

—No te fijes en la decoración. Es mejor que esté así, para que no se le ocurra a nadie entrar.

—Ya veo.

Pasaron a otra habitación gobernada por la penumbra. Era amplia y algunos muebles que agotaron su función aguardaban inútilmente a un usuario. Del techo colgaba una lámpara con numerosos focos que imitaban la forma de la flama, en la pared un espejo con una esquina rota devolvía una imagen borrosa, onírica, una estatua de flamenco decapitado vigilaba desde un rincón.

Hugo no entendía qué hacían en ese lugar.

—¿De qué se trata esto, güey?

Aldo acomodó su mochila sobre una silla que tenía un poco de

polvo. Se acercó a él. Le quitó la mochila y la puso encima de la suya. Levantó los brazos y a modo de salutación externó:

—Bienvenido a la Zona Cero.

—¿La Zona Cero?

—La Zona Cero, dilo así, con estilo. La Zo-na… Ce-ro.

—¿Así bautizaste este cuchitril?

—Está bien. Ya la respetarás. ¿Recuerdas que te dije que ibas a tener la experiencia más extraordinaria de tu vida?

A Hugo le inquietó el tono que poseía su voz. Ahora sonaba cavernosa y madura.

—Sí.

Se puso nervioso. Aquella cercanía lo incomodaba. Y aquel tono le parecía ajeno al de su amigo. Aldo colocó su mano derecha y su antebrazo sobre el hombro de Hugo, y con gesto didáctico, habló:

—Fíjate lo que te voy a decir.

—Me tienes en ascuas, neta. Te pasas.

—No me interrumpas, por favor. Sigo. En este cuarto hay un portal que permite viajar a otros mundos. Es una puerta que comunica con otras realidades que se encuentran debajo de ésta donde estamos situados ahorita.

Hugo no podía disimular la sorpresa que lo embargaba.

—Di con ella por casualidad. Y un día, venciendo mi temor, me atreví a cruzar el umbral. No tenía idea de qué encontraría adentro exactamente. Lo hice, no lo niego, con el cuerpo temblando, pero con las ganas de experimentar algo nuevo. Metí la mano derecha pero poniendo el dedo medio por delante. Luego el pie derecho y enseguida toda la pierna y mi brazo derecho, el torso, la cabeza y después el resto del cuerpo. Entré a un cuarto igualito a éste, pero detrás del portal. Tenía una puerta repleta de rostros de monstruos.

—¿Qué tipo de monstruos?

—De todo tipo: brujas, cíclopes, medusas, minotauros y muchos más. Con mucho temor le di vuelta a la manija. Al abrirla dejaba ver un pasillo muy largo que al parecer no tiene fin. El miedo estaba encima de mí, pero no me acobardé. Con paso lento recorrí aquel pasillo. Por los dos lados había puertas y puertas, cada una con una ventana que contenía diferentes imágenes, como cuadros o fotografías. En unas estaba un arco iris, un carrusel, una ola, un árbol, un trineo, un payaso, un murciélago, una red, un túnel, un cuchillo, un lobo, un ombligo, una ruleta, una pistola, una cabeza disecada. Tantas cosas.

—¿Y qué hiciste?

—Decidí abrir la puerta del arco iris. Me latió más. Giré la manija y entré. Un destello me hizo cerrar los ojos. Era una luz que venía del

fondo. Parpadeé, y al hacerlo, ya estaba en otro lugar. Una ráfaga azul pasó frente a mí, era un papagayo hermoso de plumas fosforescentes. Parloteaba como si estuviera soltando carcajadas. Alcé la cabeza y miré muchos pájaros más: pericos verdes, guacamayas, cardenales, quetzales, mirlos, cisnes, canarios. Pero lo mejor fue que al llamarlos se posaron en mi brazo o en mi mano como si no tuvieran miedo. Caminé y me di cuenta de que el lugar era fabuloso, de veras, la tierra era suave; las fuentes al aventar agua casi cantaban; los árboles movían sus hojas, interpretando una música hermosa, como nunca la había escuchado; de repente un árbol caminó hacia mí, alargó una rama y me apretó la mano. Las fuentes empezaron a jugar con los chorros de agua en una danza; ardillas, iguanas, mapaches, tejones y zorrillos se dejaban acariciar como el gato de la casa. Seguí caminando y los animales se acercaban sin miedo, como si me conocieran de mucho tiempo. Un riachuelo corría a mi costado. Al fondo se veía un cielo azul, azul, como nunca vi un cielo tan chingón. Parecía una pintura de las de las cúpulas de El Vaticano. Y el sol era un rostro redondo que me sonreía desde el fondo, sobre el horizonte. Las extrañas flores que llenaban el jardín de repente se convertían en mariposas que revoloteaban a mi alrededor. ¡Fue loquísimo!

—Neta que sí. ¡Qué viaje! Hasta parece película de Disney.

—Cada cosa se comportaba como una persona. Un gusano subió por mi dedo índice y acarició mi brazo. Sentía con gusto las cosquillas que me hacía. Abejas dejaban gotas de miel sobre el dorso de mis manos. Las nubes descendieron a unos cuantos metros por encima de mi cabeza. Hice un gesto tratando de tocarlas, y bajaron como una oveja mansa que quiere ser acariciada. Al pasar bajo un manzano, éste dejó caer una de sus frutas justo sobre la palma derecha. La mordí y te juro que nunca había probado una manzana más jugosa. Llovió. La sensación que me produjo esa lluvia fue de alivio y de paz. Algo que me ocurre poco.

—Te acuerdas de todo. ¡Qué memoria!

—Lo mejor vino después. Podía tocar el azul del cielo, palpar el sol, levantar la corriente del riachuelo con los dedos, escuchar la música que emitían las mariposas, sentir las gotas de la lluvia como joyas diminutas sobre mis palmas. Era como estar en contacto íntimo con las cosas de la naturaleza. Y nunca me sentí mejor, te lo juro.

—¿Y?

—De repente aquel cielo empezó a despintarse, las nubes cayeron como piedras y se hicieron pedazos; las guacamayas estallaron y de su interior brotaron cuervos que devoraban a los periquitos y a los canarios; los quetzales se comían a sus crías y su plumaje se oscurecía;

los árboles aplastaban a los conejos a manotazos; las fuentes vomitaban una sustancia verdosa y maloliente; los gatos se rasgaban con sus uñas los ojos, hasta convertirlos en hilazas; de las manzanas brotaban legiones de gusanos; mariposas con colmillos de murciélagos buscaban mi cuello y yo, aterrado, me las quitaba de encima a golpes; el paisaje entero se derretía y mostraba un escenario lúgubre; la lluvia arrojaba ahora sangre que me salpicó la cara; una mano brotó del suelo y me agarró del tobillo; como pude, me desprendí de ella y corrí hacia la salida. Un canario se estrelló contra la puerta y sólo quedaron unas cuantas plumas amarillas flotando en el aire. Alcancé a salir. El corazón era un globo a punto de reventarse. Nunca había sentido tanto miedo. Nunca.

El asombro abrió los ojos de Hugo desmesuradamente. Su boca abierta no daba crédito a lo que había escuchado.

—Eso, eso, está perrísimo, güey. No mames. ¿Y después qué pasó?

—Nada. Solamente salí y volví por el mismo camino. Al regresar hacia atrás y cerrar aquella puerta, todo volvió a la normalidad. Regresé a mi mundo, a nuestro mundo, y sanseacabó.

—¿No habrás fumado algo raro, gordo?

—¡Cállate, ni siquiera fumo!

—Pues qué viajezote te aventaste.

—De eso se trata: de que tú también te atrevas a entrar. Eres súper adicto al peligro y te encanta arriesgar la jeta.

—¿Yooooooooo?

—¿O qué, le sacas?

—¡No'mbre, estás perdido, amigo! Si de eso vivo. Explorar otros mundos. Aunque este que me comentas al principio está medio ñoño, pero tiene buen fin.

—Pues tú eliges. En cada puerta verás la imagen que te indica cómo será tu experiencia.

—Me estás tentando, diablo.

—Eres mi compa, ¿no? No te voy a invitar a hacer algo que yo no haya disfrutado. ¿O por quién me tomas?

—¿Dónde está ese mentado portal? ¿En la pared? De seguro hay que mover un ladrillo y aparece esa puerta como en las películas de superhéroes y esas mamadas.

Hugo se levantó. El borroso espejo devolvía su imagen deforme y mutilada.

—Estás parado frente a él.

—¿Este espejo sarriado?

—Sí, ese espejo en ruinas es el túnel de los sueños. Y con toda seguridad también es el de las pesadillas.

Se hizo un silencio que permitió escuchar un grillo.

—Se me antoja más una pesadilla. Y más si es en vivo y a todo color.

—Entonces adelante.

—¿Puedo entrar a través del espejo? Se me hace que me estás cabuleando. ¡Capaz que hago el intento y en vez de llegar a una pesadilla, acabo en una cama del Hospital General, con la frente hecha pedacitos!

—Si quieres probar, vas a tener que arriesgarte.

Hugo trató de tocar la superficie del espejo con el dedo índice y el cristal se lo devoró. Sonrió. Metió la mano, el brazo, la pierna derecha y el resto del cuerpo hasta desaparecer.

Felicia

El conjunto de edificios en ruinas no prometía confort ni seguridad alguna. La basura se iba apropiando de las áreas verdes y se apilaba cerca de las casas todavía habitadas, donde los inquilinos la depositaban sin pudor. Felicia seguía a la sombra de Hugo, quien la invitó a la Zona Cero. Le atemorizaba el lugar. Era inhóspito y cundía un silencio inquietante. Observó bolsas blancas esparcidas como nubes de polietileno sobre lo que tal vez hace años fuera una zona verde, árboles decrépitos, gritos de aerosol en los muros ensalitrados.

—No tengas miedo —le dijo él.

—No te preocupes por eso. No tengo.

—Es que esta zona es peligrosa. No falta algún listo que se quiera pasar de vivo con los extraños. Y peor si son mujeres. Más fáciles de asaltar o de atacar.

La sola idea de que alguien pudiera atacarla la ponía nerviosa. Se sentía vulnerable en aquel sitio, a pesar de que él la acompañaba.

—Pero no te asustes. Hace más de un año que no matan a nadie por este rumbo.

—Menos mal. Al fin respiraré tranquila —contestó irónica.

Un perro flaco y con huellas de sarna que husmeaba entre los restos de desperdicios levantó la cabeza, les lanzó su mirada triste y volvió a hundir el hocico entre aquellas bolsas de polietileno rotas con los dientes.

—Es por acá.

Entraron al último complejo de edificios. Parecía el refugio ideal de adictos, de locos o de criminales que huían de la Ley. A Felicia le gustó aquel sitio. Era demasiado sucio, demasiado humano. Era visible que aquí sí habían vivido personas de carne y hueso, no las figuras de pastel que habitaban su casa. Aquellas sobras, pedazos de cartón, mochilas rotas, zapatos viejos, balones despanzurrados, eran objetos animados que sirvieron a personas anónimas, a gente que hizo sus

vidas en esos horribles edificios multifamiliares.

Hugo la llevó hasta la ventana tapiada falsamente. Quitó la madera y la invitó a pasar. Ya adentro, colocó la madera en su lugar para que pareciera cerrada y evitar la presencia de algún intruso. Llegaron hasta la habitación indicada.

—Acomódate donde quieras.

No había una silla decente donde sentarse. La única que se encontraba dispuesta la llevaría al suelo rápidamente, porque tenía sólo tres patas. Felicia se puso en flor de loto sobre un cojín descocido al que sacudió para quitarle algo de polvo, esperando indicaciones.

—¡Qué lugar más cool para un portal! Engañaría a cualquiera. ¿Puedo tomar una foto?

—¡Estás loca, Aldo me mata y me entierra aquí mismo! Te dije que no ibas a tomar ninguna foto aquí. ¡Imagínate que entres a una pesadilla y luego te quieras tomar una selfie con un demonio! ¿Dónde tienes la cabeza?

—Está bien. Mira, voy a dejar mi celular aquí, junto a mi bolsita.

—Más te vale.

Hugo se asomó por las delgadas aberturas que permitían la madera al exterior, porque le pareció que alguien caminaba por ahí. No vio a nadie.

—¿Entonces qué, estás dispuesta a entrar?

—Claro. No vine de oquis —respondió, firme.

—No te voy a engañar. Existe un riesgo y debes saber en qué consiste.

—Ya me advertiste.

—Sólo te daré dos instrucciones. La primera: tienes que fijarte bien dónde te metes, para que encuentres el camino de regreso. No vayas a abrir una puerta equivocada, porque no sabemos exactamente a dónde te pueda llevar. Y la segunda: todo lo que te suceda ahí es falso, aunque lo sientas en carne propia. Por ejemplo, una cachetada, una fractura, incluso una puñalada.

—¿Una puñalada?

Felicia no entendía claramente de qué se trataba aquello.

—Sí. Lo sentirás como una puñalada, pero no te dañará. ¿O qué, prefieres no entrar?

—No, no, si sólo estaba preguntando.

—Espero que no te arrepientas.

—Lo sé todo. Ahora me toca comprobarlo. ¿Ése es el portal? —inquirió mientras dirigía el dedo índice hacia una ventanilla de aire acondicionado cubierta por unas rejas.

—No. Está en el espejo.

No dio crédito en un primer momento a la confesión.

—¿En el espejo?

—Claro.

Dudó. Sin embargo, conocía la impaciencia de Hugo y decidió callar y esperar instrucciones. Él la miró y notó que aguardaba la orden.

—Mete primero la mano derecha, luego el pie derecho y enseguida podrás entrar de cuerpo entero.

—¿Para salir es igual?

—Ja, ja. Ya estás preocupada por la salida.

—Necesito saberlo.

—Igual. Del mismo modo saldrás.

—Voy.

Se paró enfrente. Respiró hondo. El espejo era un lago vertical en cuya agua rígida Felicia se hundió.

Vio a Hugo mirando hacia el interior. A pesar de estar a unos pasos, mediaba una distancia lejana quizá por alguna refracción del cristal.

Abrió la puerta principal, cubierta de rostros malignos, descompuestos. El pasillo iluminado por una luz mortecina y azul la esperaba. Temía que alguna extraña presencia saliera detrás de aquellas puertas. Miró las imágenes estampadas sobre sus superficies. Supo que tendría que decidirse por una. Le gustó una imagen de un planeta en llamas. Pensó que eso era lo que le faltaba a su mundo: arder un poco. Atravesó el umbral y cerró la puerta tras de sí.

Desembocó en una casa donde el orden imponía su jerarquía y cada mueble ocupaba su lugar preciso. El comedor de cedro, las sillas elegantes, los jarrones de porcelana chinos, los retratos serios en las paredes de manufactura española, las lámparas con decenas de focos pequeños, la alfombra persa, las largas cortinas que atenuaban la fuerza de la luz solar, el espejo de motivos barrocos y la mesilla donde reposaba un teléfono antiguo. Reconoció de inmediato el escenario. Aquélla era su casa, o mejor dicho, la casa que sus padres se esmeraron en decorar con ahínco y entusiasmo a través de viajes al extranjero. Era su mejor manera de presumir su vaga cultura.

No entendió de qué modo podía ser eso una pesadilla. Pensó que Hugo la había engañado. Eso era tan despreciablemente aburrido como su propia vida cotidiana. Caminó hacia la cocina y no encontró a nadie. Se asomó al exterior y en el jardín las flores y las figuras de cerámica —una rana gigantesca, unos flamencos y tres enanos jocosos — recibían al sol con aplomo. Subió por la escalera, apoyándose en el pasamanos que lucía limpio, libre de polvo, a las habitaciones y su

sorpresa se hizo más grande al percatarse de que no había nadie.

—¿Mamá? —masculló, presa por una creciente inquietud que le despertó el miedo.

Solamente el eco le dio respuesta.

Se dirigió inicialmente hacia el aposento de sus padres. Sintió que algo la seguía, pero al voltear hacia atrás no divisó a nadie. La alfombra devoraba el sonido de sus pasos. Fue entonces que le pareció escuchar algo. Se detuvo. Era un ladrido agudo, chillón. Sonrió al identificarlo: por aquí andaba Miguelito, la rata que tenía su madre por mascota y que no se bajaba de sus brazos. Tocó la madera y preguntó de nuevo:

—¿Mamá… estás ahí?

El silencio que se originó fue rasgado por el ladrido, que se notaba más cercano. Felicia giró la cabeza y vio al perro chihuahueño a seis o siete metros de distancia.

—¡Ven!

El perro dio la media vuelta y se enfiló hacia la dirección opuesta. Se detuvo tres metros adelante y giró la cabeza para ver si ella lo seguía. Como Felicia no se movió, ladró otra vez esperando que ella fuera tras él. Entonces atravesó el largo pasillo que desembocaba en su recámara. Gruñidos, ronroneos, graznidos se dejaban oír desde el interior. Miguelito arreció sus ladridos, que repiqueteaban en sus oídos. Estuvo a punto de dar media vuelta y alejarse de ahí pero una fuerza misteriosa la obligó a girar la manija.

Entró.

Los goznes cedieron con suavidad. Adentro todo se encontraba en perfecto orden. Sonaba una canción pop dulce y pegajosa, desde el aparato reproductor de CD's —interpretada por Ashley Go Go. La cama tendida sin arrugas en la colcha, la alfombra afelpada de color rosa, el tocador repleto de utensilios y polvos de belleza, un enorme oso de peluche blanco descansando sobre los almohadones de plumas de ganso, el móvil de estrellas, una jaula donde un hámster enfebrecido corría sobre un barrilete, la lámpara de princesa con holanes, las alas que detestaba sobre la cabecera de su cama, el cojín de vaca para reposar, el periquillo azul turquesa cautivo en la jaulita que pendía cerca de la ventana, cisnes de cuellos soberbios pintados en la pared que daba hacia el cuarto de baño, el televisor de LED pendiendo de una pared, el escritorio con la computadora, una flor fresca en un florero justo sobre el buró donde descansaba el reloj despertador, el librero repleto de títulos de superación personal, los letreros en los muros recordándole que SER FELIZ era la tarea más importante del día. Todo era de una perfección repugnante.

Se sentó en el filo de la cama y miró a su alrededor. Si aquélla era una pesadilla, tal vez el colchón desaparecería y ella caería en un foso de cocodrilos o en un calabozo de tortura medieval. Le gustó la idea. Miguelito comenzó a gruñir.

—¡Ya cállate! —le exigió.

Leyó la frase estampada en un corazón de helio que se erguía justo a un lado de la lámpara: "Entregar el corazón tiene su recompensa". Y otra más en el portarretratos: "Éste es el mejor día de tu vida. Disfrútalo".

—¡Qué gran talento para escribir idioteces! —se dijo para sí. Seguro la patrocinadora de aquellos consejos que poblaban las paredes y los objetos tenía nombre y apellido. Era su santa madre. La canción pop se encontraba en la recta final y la voz de la cantante de moda empezaba a apagarse.

El chihuahueño se acercó hacia la pared y no cesó de ladrar. Felicia se recostó sobre el colchón y estiró los brazos para reconfortar los músculos.

—¡Que te calles, rata! —reclamó, jaló una de las almohadas, se levantó de la cama y luego la lanzó contra el animal, de cuyo hocico en ese momento resbalaban quejidos de dolor.

Fue sacudida por un estremecimiento al contemplar cómo los cisnes picoteaban el cuerpo desollado de la minúscula mascota, le despojaban alguna víscera y luego alzaban el pico para tragarla. Se puso en pie. No era ése el precio que quería pagar para callar a Miguelito. La flor se oscureció y se transformó en una tarántula.

—Fe-li-cia —la llamó alguien.

El osito de peluche se abría el vientre y mostraba sus asquerosos intestinos sangrantes, sin que una linda sonrisa cayera de su cara peluda. Después se llevaba el trozo de intestino al hocico y lo masticaba con gusto.

De las almohadas rotas a mordiscos emergieron decenas de insectos carroñeros y lombrices. Aquel espagueti despreciable casi la hace vaciar el estómago.

El hámster empezó a crecer súbitamente a cada minuto que pasaba, y pronto la jaula le quedó chica. Su cuerpo hinchado fue venciendo la resistencia de los barrotes de alambre hasta doblarlos y emerger libre su cabeza, donde sus dientes sobresalían.

Con claridad escuchó que, del reproductor, la voz de Ashley Go-Go ordenaba:

—¡Mátenla, mátenla!

El oso avanzó hacia ella, lo mismo que los cisnes asesinos y la tarántula con los colmillos listos para enterrarlos en su carne blanda.

De un salto se incorporó.

El periquito azul volaba en el interior de su celda y se estrellaba contra las rejas. Sus plumas empezaron a deshojarse. Se golpeó una y otra vez hasta romperse el pico y caer desfallecido sobre el piso de latón.

Aquello parecía un montaje teatral. Una puesta en escena confeccionada por alguna mente enferma que gozaba con la sangre, el sufrimiento y la muerte. Debió abandonar su recámara o aquello que fingía ser su recámara, al sentir la pata del artrópodo tocándole el dedo pequeño de su pie izquierdo, o cuando el gigantesco hámster se le fue encima con los dientes dispuestos a arrancarle la cabeza como a un cerillo. Corrió y no supo ni cómo, pero alcanzó la puerta y pudo cerrarla, salvándose milagrosamente.

Corrió por el jardín, procurando la salida. Los flamencos se le echaron encima y uno de los enanos trató de alcanzarla, pero sus cortas piernas se lo impidieron. No respiró tranquila sino hasta que pudo alcanzar la salida al pasillo principal de aquellos sueños torcidos.

Hugo

Alcanzó a ver a su amigo, que le hacía señas de alerta a través del espejo borroso. Parecía que Aldo lo buscaba con la mirada pero no podía encontrarlo. Se internó por el pasillo principal y quedó frente a la puerta. La empujó y ésta cedió suavemente al impulso. Con sigilo caminó por el largo pasillo, cuyo final no pudo distinguir. Tal como se lo indicó el otro, de la superficie de aquellas puertas colgaban imágenes diversas. Varias excitaron su curiosidad. Si estaba ahí, lo ideal era conocer una pesadilla de respeto, algo que lo turbara hasta la médula. Era capaz de aguantarlo todo. O al menos eso presumía delante de sus amigos. No tenía idea clara de cómo se pondría en contacto con estas pesadillas. Abrió la que tenía un revólver. Un rechinido le dio la bienvenida.

El follaje verde lo recibió. Avanzó entre ramas y arbustos y salió a un claro donde una fogata elevaba bocanadas de humo hacia el cielo nocturno. Un grupo de cuatro muchachos rodeaba la fogata, y al acercarse hacia allá, éstos no parecieron tomarlo en cuenta. Se encontraban jugando cartas. Vio que uno flaco y pelón sostenía entre sus manos cinco barajas manchadas de sangre. Las arrojó al suelo y exclamó victorioso: —¡Par de dos!

—Nos fregaste otra vez —respondió el que estaba a su mano derecha, que no tenía orejas; portaba un alambre de púas alrededor del cuello y una pulsera de espinas enterrada en la muñeca, luego se inclinó y sacó una carta que indicaba un castigo. Se la mostró al ganador.

Éste sonrió. Avanzó hacia la hoguera y puso la mano derecha en el fuego.

Hugo se sorprendió al verlo y dio unos pasos hacia atrás. Las llamas atacaron su palma y empezaron a quemarla. Pronto el ambiente olió a carne asada, y segundos más tarde a carne carbonizada. Cuando la mano se puso negra por la acción de aquellos

lengüetazos de lumbre anaranjada, azul y roja, la quitó.

—Listo —sentenció, sonriendo—. La otra ronda, viene.

Repartieron cartas. La única mujer que jugaba era de cabello violeta y cinco o seis piercings colgaban de sus orejas, nariz, labios y párpados. La miró y se dio cuenta de que detrás de aquel desplante de fiereza se escondían unos ojos azules hermosos.

El gordo con cara de cerdo, que llevaba unos aretes de plomo pendiendo de sus alargadas orejas, lo invitó a sumarse a la partida: —Siéntate, para repartirte.

Trató de negarse.

—No, gracias, desde aquí los veo.

—No, Hugo, no viniste a ser espectador. Toma tu lugar. Hace años te estábamos esperando.

"¿Años?", pensó. Eso no podía ser posible. Además, le extrañó bastante que supiera su nombre.

Las cartas cayeron frente a él. Las tuvo que levantar bajo la mirada imperativa de los demás, que no lo trataban con cordialidad. Tenía un par de sotas.

—Descúbranlas —ordenó una voz atiplada.

Cayó ese par de sotas, un par de reyes, un trío de sietes y un par de nueves. El par de nueves era el de menor rango. Lo había arrojado el enano de orejas puntiagudas, al que le faltaban los dedos de la mano izquierda.

—¿Castigo?

—Arrancarse una oreja.

Sin titubeos, se llevó la mano hacia la oreja que tenía más cerca y de un rabioso tirón la arrancó, para arrojarla enseguida al centro, donde se amontonaban otras partes humanas: una lengua, cabellos, monedas, una nariz, algunos dedos, joyas, dientes, piercings.

—Sigamos.

Le dieron ganas de levantarse y de inmediato alejarse de aquel juego brutal, pero al ver que el tuerto acarició un cuchillo con dientes, no se atrevió. La sola idea de perder alguna parte de su cuerpo lo aterraba. Maldijo la hora en que se le ocurrió participar.

Jugaron seis o siete rondas más y —para su suerte— nunca tuvo las cartas más bajas. Otros se despojaron de las uñas o hundieron la mano en su vientre y se arrancaron de cuajo el hígado o los riñones. La chica violeta perdió y se metió, imperturbable, los dedos en la cavidad donde residía su ojo izquierdo y lo arrancó como un tubérculo que se resiste a abandonar sus raíces. En la siguiente partida ella tuvo que sacrificar el ojo restante, bajo la mirada atónita de Hugo, que quiso decirle que no lo hiciera.

—El que saque el juego más alto se llevará todo —aseveró el cara de cerdo.

Tiró las cartas. Cada quien las llevó a la altura de su rostro y las revisaron. La chica ciega palpó las figuras con las yemas y se descubrió: —Tercia de reyes.

—Escalera —escupió el porcino.

—Dos pares —vaticinó el enano.

—Tercia de tres —dijo resignado el que parecía un cadáver.

Hugo movió con lentitud su última carta oculta.

Cada quien fue descubriéndose. Los ojos arrancados de cuajo de la muchacha estaban fijos en él.

—¿Qué tienes? —preguntaron.

Hugo pudo percatarse de que logró un póker de reinas. Las mostró.

—¡Suerte de principiante! —se quejó alguien.

—Muy bien. Es todo tuyo —admitió el cara de cerdo y empujó hacia él el montón de monedas, joyas y partes humanas que se hallaban mezcladas. La sangre humedecía los rostros de los héroes impresos en ellas.

El enano se acercó y musitó a su oído:

—A la próxima no tendrás tanta suerte, greñudo.

—Espero los disfrutes —sugirió el cadáver, que alargó el brazo para despedirse. Hugo, con gesto repulsivo, lo saludó, y al apretar su mano, ésta se desprendió del brazo del torvo sujeto, que soltó una carcajada mostrando su dentadura podrida y la lengua como una serpiente a la que le aplastaron la cabeza.

No esperaba disfrutar aquel montón de restos humanos. ¿De qué se trataba aquello? De ningún modo se llevaría una oreja a la boca.

Los ojos, ajenos a su dueña, se movían con vida propia.

La chica se aproximó hacia él y tomándole la mano le dijo: —Al comienzo es difícil, pero después de la primera mordida, todo se facilita.

—Lo dudo —balbuceó él.

Ella se estiró el labio inferior como si fuera un pedazo de goma de mascar y se lo metió en lo que quedaba de su boca, para masticarlo desvergonzadamente. Volteó la cara para quedar frente a frente y con la oquedad destripada que antes albergaban sus ojos, pareció mirarlo como la muerte mira, diciendo: —La lengua es deliciosa.

—Gracias —apenas musitó y salió corriendo con la mayor prisa que le fue posible, hasta alcanzar la puerta que desembocaba en el pasillo principal.

Brandon

Miró con desgano el plato con sopa de coditos y las tripas de pollo nadando en aquel caldo amarillo. Lo alejó, empujándolo hacia un lado.

—¿Qué? ¿No vas a comer?

Un gesto de enfado dio la respuesta.

—Está bien. Así al menos el Oso come más, porque siempre se queda con hambre.

—Y a mí que me trague la tierra, ¿no?

—Mira, mijito, si no traes dinero a la casa no exijas. Bastantes preocupaciones tengo con andar viendo cómo cubro el recibo del agua y el de la luz, para que me traigas más. Ya estás muy grandecito para buscarte un trabajo y no llegar con los bolsillos vacíos.

—Ya va a empezar otra vez, amá.

—Pues cómo quieres que no empiece, si siempre te estás quejando de lo mismo.

—Pues es que esta sopa ya la tengo hasta el copete. Las tripas del pollo ya las sueño de tanto verlas.

—Pues acostúmbrate, porque no alcanza para más. Si quieres exigir, aporta. ¡El señor quiere lo mejor sin hacer nada!

—¿Y lo que manda mi mamá, qué?

—Mira, chamaco cabrón: lo que mandaba tu mamá cada venida de Obispo apenas si alcanzaba para pagarte las cosas de la escuela, los zapatos, el cuartito que te finqué, tus gustitos. Y métete esto bien en la cabeza: hace más de seis meses no manda un centavo.

—¿Y eso?

—¡Yo qué voy a saber, ni que fuera adivina! Habla cuando se le pega la gana, y desde hace mucho tiempo, el teléfono está cortado. Y yo no tengo esos fregados aparatos que toda la gente trae ahora, que andan hablando por ellos y tomándose fotos.

—Es que usted está anticuada, amá. Son los teléfonos celulares.

Ahora hasta el más jodido tiene uno.

—Si ya vi que tú tienes varios allí en tu cuarto en un cartón. ¿Crees que no me doy cuenta? No, mijito, en lo que tú vas, yo ya vengo. Vieja vieja pero no pendeja. Aquí no me andes trayendo tus chingaderas robadas. ¡Para qué quiero más líos de los que tengo!

—No son robados. ¿Cómo cree? Los gané en los voladitos a los plebes de la Arboledas.

—Dinero deberías traer no esas cosas, ¿o qué? ¿Vas a comer teléfonos?

—A usted uno nunca le gana, amá.

—Pues ya sabes. Si te agarra la policía con algo robado, te vas a ir derechito a la cárcel y te vas a pasar una larga temporada por allá. De por sí buscan cualquier pretexto para fregar al pobre, y si se lo das, pues te van a fregar bonito. Porque yo apenas si puedo caminar, así que ni te hagas ilusiones de que te vaya a ver. ¡Si apenas puedo con mi alma! Cada día que pasa estas piernas me sirven menos, y pronto voy a tener que andar en la pura silla.

—Échese pomada. La pomada que le traje era buena, decía en el papelito que curaba las reumas.

—Ojalá tuviera reumas. Se me hace que tengo los huesos podridos y que en cualquier caidita me voy a desbaratar como un palillo de dientes.

Comenzó a llorar.

—Y entonces sí: vas a extrañar a tu abuela. Pero va a ser demasiado tarde.

Se levantó y le dio un débil abrazo, apenado de estrecharla.

—Ya, amá, no se ponga así. Cálmese. Yo voy a hacerle la lucha por comprarle sus medicinas.

—¡Ay, muchacho!, si no tienes ni en qué caerte muerto, qué vas a andar comprándome las medicinas! Mejor me encomiendo a Dios. Él nunca me deja sola.

—Va a ver.

—Podrán faltarme todos: mi Martín, tu mamá, tú que de un momento a otro te vas y ya no regresas a esta casa.

—No se ponga trágica, amá. No exagere. Tarde o temprano mi mamá se va a comunicar y volverá a mandar dinero. Ya verá. Quizá le ha ido mal en el trabajo. Ya ve que están haciendo recorte de personal o están cerrando muchas fábricas en la frontera, desde que ese viejo con cabello de yema de huevo frito se hizo presidente.

—Lo peor de todo es que ni siquiera sé en qué pasos anda. Si dejó de trabajar en las fábricas y le entró la desesperación.

—¿Qué quiere decir, amá?, explíquese.

—Ya estás grandecito para oír la verdad.

—Mmmhhhh.

—No sé qué le habrá pasado ni dónde estará. Me encontré por pura casualidad en el mercado a una de sus amigas que se regresó hace unas semanas para acá y me contó que le dieron una golpiza en una cantina.

—¿En una cantina?

—En uno de esos lugares a los que van los hombres a ver mujeres.

—Un bar. ¿Y?

—Que fue su novio.

—Mi mamá no tiene novio.

—¡Ay, mijito, no seas inocente! Tu mamá no te va a pedir permiso para hacer lo que se le dé la gana. No me lo pidió a mí, que soy su madre, mucho menos lo hará a una criatura como tú.

A Brandon casi le salía humo por las orejas. Las cejas se arquearon y el mal humor se adueñó de su rostro.

—Que estuvo en un Centro de Salud porque fue el único lugar donde la recibieron, y que al darse de alta tuvo que irse de Tijuana, porque el novio juró que la iba a matar si la volvía a ver por esos rumbos.

—¡Hijo de su…!

—Mejor vete calmando. Agarra aire y respira despacito, despacito, porque tú no puedes hacer nada. Sólo eres un chamaco, así que mejor te aguantas.

—¡Cómo me gustaría romperle la cara a ese maldito!

—Pues crece más rápido y ahorra para el pasaje, porque por lo pronto no podrás hacer nada más que renegar. Aparte, tu mamá también tiene la culpa. ¿Quién le manda andarse metiendo en esos bretes? Ella dijo que se iba a la frontera a trabajar, pero a trabajar bien, honradamente, como yo siempre trabajé.

Unas lágrimas descendieron por sus mejillas. Tomó el trapo que llevaba entre las manos y las secó.

La rabia hizo que Brandon empuñara las manos. Tiró una patada, y un balde que recogía el agua que goteaba del techo salió disparado hacia la calle.

—¡Épale, chamaco, qué es eso! Me vas a romper el único balde que tengo bueno por andar haciendo corajes.

Se limpió las lágrimas y continuó:

—Y la otra es que pudo haber agarrado rumbo para El Otro Lado. Pero si se animó a hacer eso, seguro fue por su cuenta, cruzando los cerros y el desierto que mata a muchos de los que se animan a desafiarlo. Yo me encomiendo a mi Dios para que la proteja y no le

pase nada, porque esos lugares están ahora llenos de gente mala que no se tienta el corazón para hacerle daño a los demás. Y más si ven que son mujeres solas.

—Pues ya dijo usted que tuvo el valor de irse sola a la frontera, y si lo tuvo, ahora lo tendrá para defenderse. Quién le manda.

—Sí, pero tú no eres quién para juzgarla. Si se fue, lo hizo con la intención de conseguir dinero para mantenerte, y esa intención era buena. ¡Qué vas a saber de la vida tú, chamaco cabrón!

—Un día de éstos voy a buscar a mi jefe.

—Mmmh. ¡Mira nomás qué negocio vas a agarrar! Se lo tragó la tierra en cuanto supo que tu mamá estaba embarazada. Y ni la sombra le volvimos a ver. Es más, se me hace que no supo ni cuando naciste.

—Pues yo lo voy a buscar.

—Ojalá y lo encontraras para que te cuide y te dé lo que te corresponde, el méndigo. Tantos años sin saber de ti y pasándosela a todo dar, sin compromisos, como soltero, el señor. Ve tú a saber cuántos chamacos más habrá dejado regados por otros rumbos.

—Pues sus motivos habrá tenido para irse. Uno no se va nada más así porque sí.

—¡Ahora resulta! No hay duda: de tal palo, tal astilla. Saliste igual de respondón que tu padre. Si eso se hereda, ya lo trae uno en la sangre. ¿Quién se lo iba a imaginar?

—¿Usted lo conoció?

—Si no salía de la casa. Aquí mismo se sentaban en los escalones y les agarraba la platicada horas y horas, hasta que yo le decía a tu mamá: “Mija, ya es tarde. Ya voy a cerrar la puerta”.

—Ja, ja, ja.

—¿Y qué querías que hiciera? Si por mí no quedó para ponerle reglas y los puntos sobre las íes. Que ella se haya ido por el lado chueco es otra cosa. Pero te diría que no le quitaba el ojo de encima, y si salían a dar la vuelta, le enjaretaba a la Nancy o a la Armida. Pero parece que de nada me sirvió andar tomando tantas consideraciones porque a la hora de la hora tu mamá me salió con el domingo siete.

—¿Y yo era ese domingo siete?

—Pos sí.

—Pues con razón se asustó mi papá.

—En cuanto hizo el daño, puso pies en polvorosa. Mira, mijito, por mí, en cuanto te den ganas de irte a buscarlo, te hago una maleta para que agarres el primer camión de la terminal y cumplas con el antojo. Sirve que me dejas descansar un rato. Es mucha responsabilidad andar lidiando contigo. Cuando estabas chamaco, de a tiro era más fácil hacerlo, pero desde que creciste las cosas me las hiciste más difíciles.

No quieres salir de la calle. Te juntas con puros vagos sin oficio ni beneficio. Te saliste de la escuela nomás porque se te antojó, y ya ves, si los que estudian a veces no encuentran un trabajo decente y bien pagado, pos los que no estudian se las ven negras, muy negras. Pero yo ya estoy vieja para obligarte a obedecer. Una les da un consejo y les entra por un oído y les sale por el otro. De nada sirve que esté aquí hablando de oquis.

—Voy a investigar dónde vive. Sé que se llama Remigio Sandoval y que se juntaba con el Güilo y el Cabeza de Zanahoria. Con una caguama que les invite les saco la sopa.

—Ese par de vagos no te van a decir nada y nomás te van a sacar el dinero. Míralos, todo el santo día orondos debajo de los mezquites de la plazuela, sin quehacer, de oquis, viendo a las muchachas pasar y diciéndoles cosas. Ten cuidado.

—Al rato voy. Por cierto, ¿no vio mi patineta?

—Allá la puse, donde pongo todo el chiquero.

—No la deje ahí que la va a mear el Oso. Y si me la mea le voy a dar una patada.

—Ni se te ocurra darle ninguna patada a ese pobre animal, que es el único que me hace compañía.

—Esa patineta es fina, me costó cara.

—Pues recógela y ponla en tu cuarto, no la andes dejando tirada donde sea. En esta casa nunca se termina el trabajo. Así que fíjate bien dónde dejas ese chingado aparato, porque en cualquier rato me caigo y me truenan los huesos. Y entonces sí, chiquito, no va a ver quién vea por ti.

—Está bien, pues.

Acercó el plato hacia él y, en silencio, con la cuchara empezó a comer la sopa con entrañas de pollo.

—¿No hay tortillas, amá?

Iris

—Tú mejor que nadie vas a sacarle jugo a esta experiencia —declaró entusiasmado Aldo.

—Sí, es algo alucinante. No te puedes imaginar las cosas que vas a ver —repuso Hugo.

—Y lo que vas a sentir. ¡Uta, te vas a querer arrancar el pellejo del miedo! —continuó Aldo.

—Hablan mucho. Vamos a ver si es cierto.

Cruzaban las áreas que en otro tiempo fungieron como jardines donde los niños del complejo habitacional podían jugar. Iris caminaba al lado de Aldo. Hugo iba atrás de ellos, pero no le despegaba los ojos a su amiga, que a pesar de usar pantalones holgados y playeras amplias que parecían más masculinas, dejaba entrever su incipiente belleza. El viento que arreciaba por las tardes le acariciaba el cabello negro.

—Hugo ya conoce bien el camino.

—Hasta con los ojos vendados doy con él.

Por la parte superior —cubierta de botellas rotas— de los muros roídos, que mostraban su esqueleto de ladrillos, se paseaba un gato gris pardo.

Quitaron las tablas y entraron.

—Se ve chilo el lugar. Me gusta, me gusta —expresó Iris.

—Chilo lo que vas a encontrar adentro —asintió Aldo sonriendo.

Era el mismo escenario que las ocasiones anteriores.

—Esto necesita una buena limpieza.

—Ni se te ocurra. Esta basura es la que protege el portal. Si estuviera limpio, ya estaría lleno de drogadictos o de locos.

—Es verdad. Aquí no se le antojaría quedarse ni a Brandon, que está tan acostumbrado a la mugre y al cochambre.

—¡Cómo eres cabrón!

—Ja, ja, ja.

—Pobrecito. Es que su abuela le lava la ropa cada mes.

—Es por acá. Vengan.

—Esto se ve mejor que la cueva —admitió Iris.

—¿Todavía te juntas con los murciélagos? —preguntó Aldo.

—Son chicos darks —repuso Hugo.

—Bebedores de sangre. Mata gatos.

—Ja, ja, ja.

—¡Déjense de idioteces! Ustedes qué van a saber de ellos.

—Ya te aventaste todas las tribus urbanas que existen. ¡No mames! Fuiste patineta, rockera, metalera, emo, darketa, chola.

—¡Chola tu madre!

—Ja, ja, ja. Aguanta, aguanta.

—Cálmate, gordo, con la carrilla.

—Pues ni que fuera tu novia.

Hugo tragó saliva. Miró a Iris y bajó apenado la vista.

—Cálmense. No hay bronca. Yo aguanto vara.

—¿Ves?

—Además, venimos a lo que venimos, no a tomarnos un café con galletas.

—Tú sí sabes ir al grano, Iris, por eso me caes bien. Eres rara pero inteligente. Y eso se extraña entre las chavas de ahora.

—Has de haber conocido muchas, méndigo gordo.

—Más que tú, sí.

—No te quedas atrás, gordito. No abundan los nerds con cerebro. Casi siempre lo que tienen debajo del cráneo es un cacahuate —contraatacó ella.

—¡Tómala, barbón! —exclamó eufórico Hugo.

—Ja, ja, ja. Chócala, hija de la oscuridad, ésa estuvo buena.

En el cuarto designado, el espejo medio ciego los tuvo en su pupila.

—Éste es el lugar de los sueños.

—¿Qué no dijiste que era el nido de las pesadillas? Porque para tener sueños, me quedo mejor en mi cama.

—No seas tan obsesiva, dilo como quieras, el lugar de las pesadillas, el nido como bien lo dices tú —corrigió Aldo.

—Ese espejo es el portal —le indicó Hugo, acomedido.

—¿Ése? —y quiso tocarlo con el dedo.

—No lo toques todavía. Primero tienes que conocer las instrucciones de uso, porque si no luego no encontrarás el camino de regreso.

Se miraron entre los tres.

—Y si eso llegara a pasar, ¿qué podría hacer para volver? —

inquirió Hugo.

—La verdad, no lo sé. Tendría que buscarle en la *deep web* o todavía más abajo, al culo del infierno para sacar esa información. Lo que yo les recomiendo es que no se compliquen la vida: cuando quieran regresar, háganlo de la manera correcta y no les pasará nada. No habrá que llamar a un escuadrón de rescate onírico para que vuelvan sanos y salvos.

—Entiendo.

—¿Segura que no tienes miedo? Porque si es así, creo que lo conveniente es que suspendas tu entrada y la dejamos para otra ocasión —opinó Hugo, esforzándose por ser amable.

Ella lo miró fijamente y se pronunció:

—No tienes idea de lo que soy capaz de aguantar.

Aquellas palabras lo intimidaron.

—Dime cómo entro y manos a la obra.

Aldo le dio las indicaciones. Iris tomó aire profundamente y atravesó el espejo, acatando las instrucciones. Recorrió el pasillo con entereza. En el interior pudo ver las diversas opciones de pesadillas a las que podía entrar. Le atrajo la que tenía una soga. Con determinación la empujó y enseguida desapareció tras ella.

Escuchó el chirrido que produce el metal al arrastrarse. La oscuridad vomitó a un enano cuya pierna derecha estaba fabricada con algún tipo de metal. Nunca le gustaron los enanos. Aprendió a temerles en el circo al que su padre la llevaba cuando era una niña.

—Bienvenida —dijo con voz gutural y le alargó una copa con algún tipo de licor.

—¿Y esto?

—Es el coctel de bienvenida.

Le dio un sorbo pequeño que apenas le mojó los labios.

—Tiene un sabor extraño, ¿qué es?

—Veneno.

Lo escupió, salpicándole la cara al sujeto, que esbozaba una sonrisa estúpida y malévola. Enseguida, con el dorso se limpió los labios y volvió a escupir, esperando que no quedaran residuos en su boca. El enano la miró con ojos tiernos y opinó muy ufano: —No esperarías una malteada de fresa aquí, ¿verdad?

—¡Qué gracioso! —tiró la copa.

En una esquina, una araña de color marrón devoraba a la luna que languidecía agonizante. Cruzaron un patio rodeado de hermosas flores negras. El hombrecillo sacó trozos de carne de un bolso y los arrojó a los hocicos hambrientos y dentados de las flores.

Piscinas donde flotaban cráneos humanos adornaban el siniestro

lugar, y el agua que entraba y salía por la oquedad de los ojos les otorgaba una mirada líquida. Árboles frondosos impedían que la luz se filtrara libremente y sus raíces eran serpientes que se deslizaban en el suelo.

Un muchacho flaco, con la ropa cubierta de manchas oscuras, trató de acercarse a ella pero el enano se lo impidió.

—Ahora no, estamos ocupados.

El otro insistió.

—Señorita, señorita. Quiero mostrarle algo.

El hombrecillo lo empujó y éste cayó sobre dos plantas que trataron de morderlo. Se incorporó y llamó a Iris. Ella volteó y observó que el muchacho extraía un arma del bolsillo de su gabardina y se la llevaba a la cabeza.

—Mis problemas se solucionaron muy fácilmente.

Sonó un disparo. Unas gotas de sangre le salpicaron los tenis.

Iris no quiso ver y se alejó aprisa.

Pudo distinguir la sombra de varios individuos que se balanceaban debajo de los árboles. Al aproximarse hacia ellos notó que eran seis o siete ahorcados. Tenían los rostros azules por la asfixia. Uno, el más viejo, habló y las palabras apenas alcanzaban a salir con enorme esfuerzo de su garganta anudada: —Se siente bien morir poco a poco e ir sintiendo cómo cruje cada hueso de tu tráquea, el aire que no llega a los pulmones, la cara que está a punto de estallar. Una experiencia inolvidable. De veras que se siente bien morir.

Iris lo miraba, desconfiada.

Los demás ahorcados parecían burlarse, de algún modo, de su suerte.

Una chica sin brazos ni piernas la saludó por su nombre. Se hallaba montada sobre un carromato jalado por un mono araña de pelos alborotados. La reconoció al perderse entre la oscuridad: ¡era Berenice, la compañera de secundaria desaparecida!

Avanzaron.

—A ella la conocí. Siempre estaba sola.

—Aquí no está sola. Otros que tomaron su mismo camino han formado una comunidad muy fuerte. La verdad, no sé por qué no te animas también a sumarte al Gran Circo Grotesco.

Iris quedó intrigada.

—¿Qué clase de circo es ése? ¿El espectáculo de la desdicha?

—Llámalo como quieras. Sólo pueden entrar en él los que quieren ser libres. Tal vez no estás preparada para ello todavía. Tal vez sólo eres una nena a la que le da miedo la oscuridad.

—¿Miedo yo? ¡Por favor!

Una nube de interrogación cubrió la cabezota del enano.

—Pero si te asustaron las flores carnívoras, las serpientes venenosas, los ahorcados.

—No es lindo verlos, pero puedo estar frente a ellos.

—Ya veremos de qué materia estás hecha, muchacha. Entra.

Dejaron a sus espaldas el jardín macabro y pasaron a otro patio alumbrado por quinqués que sostenían con enorme esfuerzo las débiles flamas. En medio de aquel sitio había una niña inmóvil en un columpio.

—Siéntate, vas a conocer a alguien.

Tras externar esta frase, el sujeto empujó a la niña, que empezó a balancearse, y después hizo un giro y desapareció.

El columpio emitía un chirrido lastimero. Iris lo escuchó ocho o nueve veces, hasta que el columpio se detuvo. La niña mantenía la cara oculta bajo el cabello porque tenía la cabeza inclinada, mirando el piso. Sus pies no alcanzaban a tocar la tierra. Bajó de un salto y caminó hacia una escalera que ascendía al segundo piso. Llevaba una mochila escolar sobre su espalda. Creyó reconocerla. Arriba, una ventana con herrajes de hierro miraba al exterior, a dos metros de altura. Subió. De la mochila extrajo una cuerda y la amarró de los barrotes más altos. Luego la ajustó a su cuello. Se hallaba detenida en el escalón más alto. En la cubierta de su mochila se hallaba estampada una Mimí Mouse. Un recuerdo vino a su memoria: ¡era su mochila de tercer grado! Cuando la niña estuvo lista para efectuar la maniobra, se dejó caer al vacío.

—¡Noooooooo! —gritó en vano.

La cuerda dio un tirón al golpear el cuello y la mandíbula. La niña no hizo el menor intento de quitársela, se rindió con docilidad a la tortura y pronto el cuerpo —en movimientos estentóreos— fue consumido por la muerte. Iris no pudo contener el llanto. Quiso correr hacia ella pero no logró despegar los pies del piso. Las lágrimas salieron copiosamente. Pasados tres o cuatro minutos consiguió moverse. Corrió por la escalera y sujetó su cuerpo frágil. Le acarició la cara: era su propio rostro. Era ella misma: niña.

La bajó como pudo y la acunó entre sus brazos. Sus lágrimas caían, derrotadas, sobre las mejillas azuladas. Le pasó una y otra vez la mano por la frente. Observó su cuello estrechado por la soga, la tráquea rota, los ojos a punto de reventarse, la lengua alargada, la piel azulada por las garras de la asfixia. La escena era insoportable. Ya no podía hacer nada por ella. El suicidio era una de sus tentativas latentes, pero al verlo ahora con sus propios ojos, le quitaba su aire romántico y heroico.

De repente la niña, muerta, abrió los párpados.

A Iris se le heló la sangre. El terror le lamió la piel.

—Es un alivio. Te vas a sentir mucho mejor —sugirió, levantando la cuerda.

Ella soltó su cuerpo frágil y éste se desplomó sobre el piso.

Las carcajadas de aquella niña horadaron sus sentidos e Iris corrió buscando la salida, mientras el llanto llenaba de nuevo sus ojos pequeños.

Felicia

Los toquidos la sacaron del profundo sueño.

—¡Hija, hija! —alcanzó a escuchar la voz de su madre, que atravesaba la madera de cedro.

Se desperezó estirando los brazos y lanzó un bostezo como prueba de resistencia al llamado que le exigía abandonar la cama.

Los toquidos se repitieron.

—¡Ya voy!

Abrió y se encontró con la amplia sonrisa que caracterizaba a su madre, de oreja a oreja. Los ladridos de Miguelito, refugiado en sus brazos, la saludaron.

—Ya vamos a comer. Y aquí está tu tío Fulgencio.

Los ladridos continuaron.

El nombre cayó en su cerebro como una piedra sobre una copa de cristal. No le generaba el menor entusiasmo su visita. Lo detestaba. Siempre con su aire de triunfador, de campeón de los aplausos más prolongados, desenvainando consejos para alcanzar el éxito a diestra y siniestra. Francamente repugnante.

—¿Para eso me despiertas? —contestó irritada.

El chihuahueño mostraba su antipatía.

—¡Cállate, ratón! —le ordenó Felicia.

—No te pongas en ese plan. Además, te trae un regalo. Siempre se acuerda de ti. Y no le digas ratón a este niño precioso, porque no es ningún ratón. ¿Verdad, mi *pechocho*?

"De seguro una de sus frases motivacionales conservadas en un marco de madera dorado para que luzca", pensó.

—Mamá, tengo sueño.

—No puedes dormir más. Ya dormiste bastante. Actívate, niña, que el mundo no le pertenecerá nunca a los flojos ni a los que se queden con los brazos cruzados.

El perro dejó de ladrar. Bostezó de nuevo y unas gotitas de saliva

salieron expulsadas desde su garganta, salpicando la cara de su madre, que se limpió con el dorso y sostuvo:

—No puedes pasar tanto tiempo escondida en tus sueños.

La frase la hizo reaccionar. Algo tenía de razón su madre. Cada vez se pasaba más tiempo dormida, buscando refugio en ese mundo nebuloso.

—Está bien. Ahí voy. Deja ponerme los tenis.

Miró al oso de peluche rosa, que sonreía mostrando sus dientes, recostado sobre el almohadón. El móvil de corazones que se balanceaba con lentitud. Las frases bobas que colgaba su madre en los muros de su habitación, confiada en que su hija no abandonaba aún la niñez.

—Te espero abajo.

Le echó un vistazo al espejo y le gustó su cabello despeinado. No buscó el cepillo. Le gustaba esa facha desenfadada.

Caminó por el pasillo, deslizando su mano por el barrote de madera fina. Vio que en la sala su tío conversaba con su padre. Descendió por los escalones con la mayor lentitud que le fue posible. Los hombres, que hablaban de beisbol, voltearon a verla. Su padre habló:

—¿No vas a saludar, hija?

Con desgano estiró el brazo para estrechar la mano de su tío. Él se la apretó con más fuerza de lo común y eso molestó a Felicia, que hizo una mueca de dolor.

—¿Así saludas a tu tío Fulgencio? ¿No me puedes regalar una hermosa sonrisa, ya que no me diste un abrazo?

Un escupitajo en la cara hubiera soltado con gusto, pero sabía que sus padres se le echarían encima durante el próximo mes con su retahíla de consejos y frases morales.

Arqueó los labios y una sonrisa plástica se dibujó en su rostro.

—¿Te fijas qué fácil es sonreír? Y aunque te pueda sonar cursi, este mundo está sediento de sonrisas. Una sonrisa es el primer paso en el camino hacia la felicidad.

Felicia conocía esa muletilla desde hacía mucho tiempo.

—Te traje un regalo, que espero aprecies porque lo he adquirido con la intención de que mejores tu actitud y siembres el mundo de sonrisas.

Movió los ojos en dirección a su padre, que era testigo callado de la ofrenda.

—Tú ya me conoces. Soy coleccionista de sonrisas.

Imaginó que en algún cofre conservaba cientos de bocas destrozadas sonriendo. Esbozó una franca sonrisa.

—¡Eso, así me gusta! ¿Ves cómo no te cuesta nada dar una sonrisa en lugar de un gesto de mal humor? Lo que sucede es que con una sonrisa en la cara es más fácil conquistar el mundo. ¿Cómo crees que le hice yo para llegar a la cúspide? Pues así, paso a pasito, sonrisa a sonrisa, fui escalando hasta llegar al lugar donde estoy, a pesar de la envidia de todos aquellos que me han visto triunfar y alcanzar mis sueños.

Le ofreció la caja envuelta en papel metálico amarillo con un moño rojo.

—Gracias.

Quiso hacerlo a un lado y marcharse de ahí para dejarlos solos, reanudando su conversación, pero una pregunta se lo impidió:

—¿No lo vas a abrir? Yo me moriría de curiosidad por saber qué hay adentro —dijo el tío con voz expectante.

—¡Yo también! —agregó, servil, su padre.

—¿Qué es? —inquirió su madre, que se acercó al grupo.

La verdad es que no sentía curiosidad por abrirlo. Imaginaba lo de siempre: un reloj, un espejo, una muñeca que ostentara un letrero motivacional. Rompió el papel sin consideración, lo mismo que el moño, y los dejó caer sobre la alfombra. Destapó la caja. El asombro asaltó el rostro de sus padres, pero no el de Felicia. Miró impasible el interior. Lo tapó de nuevo, lo dejó encima de la mesilla del teléfono y dio media vuelta para dirigirse hacia la cocina.

—¡Ay, hermano, disculpa, qué pena!

Soltó una sonrisa que no tenía el encanto que lo caracterizaba.

—¿Tomas algo?

—Un licor de almendras, por favor. Y te quiero pedir un favor.

—Dime.

—¿Me permites hablar con tu hija?

—Oh, sí, claro, claro.

Se dirigió a la cocina. Le guiñó un ojo a su hermana y ésta salió del lugar.

—Está listo. Lo voy a apagar.

Felicia abría una caja de cereal de colores con un elefante rosa en la cubierta.

—¿Estás peleada con el mundo? ¿No tienes sueños? ¿Por qué esa actitud tan negativa?

Le respondió con su silencio. No merecía más.

—Me contó tu madre que éste es el peor año escolar que has tenido a lo largo de tus estudios. ¿Quieres ser una fracasada? ¿Vas a traicionar el hermoso sueño de tus padres, que quieren una hija que sea un ejemplo a seguir? Sal de esa coraza en la que te escondes. No

eres una tortuga. Ni un caracol… Supongo. Tienes que establecer tus metas en la vida y luchar con tesón por ellas. ¡Échale ganas, hija! —terminó de decir mientras se acercaba hacia ella, quien se apartó. Él tomó la caja de cereal multicolor.

No había frase más prostituida que aquélla. Se la escuchaba en el colegio al profesor Prado, de Valores; a la directora, al maestro de Educación Física. Y resultaba molesto que la tratara con ese tono paternal. Seguro así le hablaba al público que abarrotaba los templos de superación motivacional. Lo miró con dureza y le sentenció:

—Ya cállese. Conmigo su máscara no funciona.

—Perfecto. Qué bueno que hablamos el mismo lenguaje, porque yo también estoy harto de fingir —contestó mientras se daba la vuelta, llevándose la mano hacia el cabello. Enseguida jaló los cabellos con fuerza y logró despojarse de la máscara humana, para mostrar su verdadera naturaleza: un lobo con los ojos inyectados de sangre.

Felicia se mantuvo impasible, evitando mostrar alguna emoción que exhibiera su debilidad.

—Lo que sucede contigo, pequeña cucaracha, es que no sabes valorar la familia que tienes. ¡Es perfecta, la envidia de todos! Ellos se han esforzado tanto por darte lo que tienes: esa preciosa recámara digna de una princesa, esos lujos que has disfrutado, esas vacaciones en Europa que harían la delicia de cualquier mocosa, esa ropa de marca que te compran en boutiques de prestigio. ¡Por favor no seas una perra malagradecida! —masticó un puño de cereales.

—¡Idiota!

—Pequeña cucaracha mezquina. Tu familia es perfecta. Incluso con el nefasto de tu hermanito y ese perrillo latoso que no se baja de los brazos de tu santa madre. Pero no sabes apreciar cómo te ha recompensado la vida.

—Lárguese con su sermón a otra parte. Estoy harta de escuchar su catálogo de estupideces.

—Ja, ja, ja. Tienes agallas, cucaracha. Eso me gusta, me gusta —metió de nuevo la mano en la caja de cereal y se llevó algunas piezas al hocico—. Pero estás suficientemente harta de oír hablar a tus padres, ¿no es así? ¡Pues yo también! Por fin obtendrás la tranquilidad por la que tanto suspirabas. Ven —hizo un gesto de cortesía.

Regresó a la sala. Miró hacia el comedor y allí estaban ellos. Incluso Brian. Sentados con la postura que exigía su madre: rectos, con los codos fuera de la mesa, porque odiaba que acusaran esa falta de modales. Pero estaban demasiado rectos. No se movían.

—¿Mamá? —musitó con voz temblorosa.

La tocó y en ese instante notó que era sólo un maniquí de material

sintético. Una ráfaga de miedo la embargó. Volteó a ver a su padre y a su hermano y comprobó que también se habían convertido en maniquíes. Sus mejillas eran rosadas, y la piel, artificial, lozana y brillante. Sus sonrisas muertas iban de un extremo al otro de la oreja.

Hasta Miguelito se había transformado. Ahora yacía sobre las piernas de su madre.

—Al fin dejó de ladrar esa rata —afirmó gustoso Fulgencio, o la bestia en que se convirtió.

Tenía razón. Una lágrima solitaria bajó por su mejilla.

—Es lo que deseabas, ¿o no? ¿Que cerraran el pico de una buena vez y para siempre? Míralos, tócalos —con los nudillos golpeó el cráneo de Alfredo (su padre)—. Son como tanto los soñaste. Pero te voy a decir algo. Tus padres son tan felices siendo unos monigotes así. Y tu odiado hermanito también. Ni se diga ese perrillo lastimero. Pero… faltas tú, preciosa.

Ella no daba crédito a lo que veía y escuchaba.

—Ya te diste cuenta de que no soy tu querido tío Fulgencio. Ni el lobo feroz. Así que te pondré las cartas sobre la mesa.

Caminó hacia la vitrina donde reposaban un bate, manoplas, cachuchas, caretas de cátcher y algunas pelotas de beisbol, y tomó el bate. Lo colocó en sus manos y sentenció:

—Si tanto detestas esta maldita felicidad, párteles la cabeza. Es tu más íntimo deseo, ¿o no? Porque si no lo haces, pronto te convertirás en una de ellos. Mira —apuntó con el dedo peludo—, allí está tu lugar esperándote.

La oferta era diabólica. Felicia soltó el bate.

—Noooo. Claro que no.

—Entonces, cucaracha, resígnate a volverte un monigote como ellos.

Quiso largarse pero un dolor en los pies la detuvo. El meñique izquierdo comenzó a cristalizarse, cobrando una textura de porcelana y polietileno.

—Empezó la fiesta —exclamó el sujeto, metiéndose un palillo de madera entre los dientes amarillos.

Volverse un maniquí le aterraba.

—No te preocupes. Tómalo con calma. Te sentirás mejor: no sentirás nada. Es más fácil ser feliz si no sientes nada, si nada te importa.

—¿Qué broma es ésta?

—Sabes que no es ninguna broma. Ni que estuvieras en la estúpida prepa con tus amiguitos descerebrados. Esto es serio. Despedázales el coco a tus papitos… o vuélvete como ellos. ¡Ocuparás tu silla y estarás

condenada a la maldita felicidad que tanto repudias! ¿Entendiste? —agregó, apretándole las mejillas con energía.

—¡Estúpido! ¡No me toque!

El dedo se había vuelto rígido y lo que aquella criatura bestial le señalaba era desgraciadamente cierto. Él levantó el bate y se lo quiso poner de nuevo en las manos. Ella se resistió.

—Es sencillo, mira —expresó, confiado, y se fue contra el diminuto perro, propinándole un batazo que lo hizo pedazos. La naricilla negra, las orejas puntiagudas, los ojos saltones, el hocico y la mandíbula se hicieron añicos. Hasta sus bigotillos tiesos quedaron embarrados sobre la pared de color champagne y una mancha de sangre (como pintura abstracta) también quedó impresa.

Felicia quedó estupefacta. No sabía que corriera sangre por los maniquíes. Eso los humanizaba de algún modo.

Él limpió la sangre que quedó en el bate con el dedo índice, y luego lo sacudió en el aire.

—Apúrate, que se hace tarde, y en algunos minutos ya no podrás mover un solo músculo.

Felicia no tenía disyuntiva. Asió el instrumento de madera y lo recargó sobre su hombro derecho, indecisa, con el pulso temblando. No es fácil partirles el cráneo a tus padres. Aunque a aquellos maniquíes no los percibía como sus padres.

Felicia apretó el mango del bate. Con lentitud se aproximó hacia ella y se colocó justamente a su espalda. El torvo sujeto se paró a un lado de Mercedes de Jesús y le susurró algunas palabras al oído. Al levantar la cabeza y soltar una sonrisa como un escupitajo, el bate cortaba el aire directo hacia ella. En fracciones de segundo, él alcanzó a voltear y ver que el instrumento se agrandaba frente a sus ojos. Después, ocurrió el impacto que le agrietó el rostro y le destrozó la nariz, donde hizo contacto el golpe. El bate cayó al piso y rodó hacia los pies de su madre. Entonces Felicia huyó precipitadamente, tirando un ánfora china y un flamenco de cristal. Y no respiró tranquila hasta que atravesó el espejo y se puso a salvo.

Brandon

Las callejuelas eran sucias y pastosas por la lluvia, que al caer se convertía en una materia pegajosa y necia que se adhería a los zapatos. Dejó la huella de sus botines sobre aquella superficie incómoda que volvía lento su tránsito. Una larga fila de edificios de una sola planta custodiaba aquellas calles iluminadas por faroles decrépitos que esculpían sombras débiles y enardecían a cofradías de insectos. Detuvo sus pasos frente a una casona de donde saltaban notas de música ska. Titubeó y a continuación entró.

En el vestíbulo miró a un muchacho hundido en un sillón. Pudo observar que se rascaba rabiosamente la parte interna del brazo izquierdo. Lo hacía con desesperación, hundiendo la uña de su índice sobre la piel. De repente, la sangre se asomó y éste esbozó una sonrisa. Movía la cabeza al ritmo de la música que brotaba de algún rincón. Logró arrancarse un trozo de carne y lo arrojó a un lado. La sangre fluía con mayor fuerza. Enseguida, con la yema de sus dedos sacó la punta de un hilo verde. Lo asió a presión y empezó a sacarlo: era una vena. Jaló y jaló hasta que se formó un ovillo sobre sus piernas. La vena parecía no tener fin. Lo curioso era que disfrutaba hacerlo. Estaba poseído por un éxtasis extraño que iluminaba su cara de felicidad discreta. Lo dejó a solas en aquel placer secreto que practicaba a oscuras. Salió del lugar.

En la antesala de otro edificio se encontraba un adolescente ensimismado, mirando sus manos. Las giraba hacia un lado y hacia el otro con un gesto de aprehensión. La curiosidad lo empujó a él. Tenía su estatura y se llevó un dedo a la boca para morderlo con frenesí, como si tratara de arrancárselo.

—¡Ey, cuidado! —le advirtió.

El otro no hizo el menor caso y continuó en su empeño. Al fin, de un rabioso jalón el dedo quedó varado entre sus dientes. Los labios se hallaban cubiertos de sangre. Se acercó a uno o dos metros de

distancia y observó destellos de locura en su mirada. Ésta navegaba como una balsa a la deriva. Ni siquiera estaba fija en los dedos que a mordidas trataba de cortar. Siguió con el segundo dedo y sus palabras no lo detuvieron. Después de algunos minutos, otro de aquellos dedos ensangrentados cayó al piso. Movió el zapato para que no lo tocara. Luego logró cortar otro más y también cayó.

—¿Por qué haces eso? —prorrumpió, airado.

Con sus ojos gravitando en la locura, respondió:

—Me quieren ahorcar. Me quieren ahorcar si me descuido o cuando duermo.

Su boca era roja y la sangre se mezclaba con la baba que se descolgaba de ella.

Brandon volteó a su alrededor esperando encontrar a alguien que le ayudara o le diera una explicación de lo que estaba sucediendo, pero no encontró a nadie. Casi para sí, soltó estas palabras:

—¿No hay alguien cuerdo en este lugar?

Un estallido de carcajadas lo saludó desde la esquina, donde se divertían varias sombras.

Sacó un cigarro de la caja que llevaba en el bolsillo de la camisa y lo puso entre sus labios. Caminó con éste colgando, viendo si alguien podría encendérselo. Dos mujeres vestidas con atuendos de fiesta pasaron a su lado, pero ni siquiera lo tomaron en cuenta.

—¿Tienes lumbre? —preguntó a un sujeto que se hallaba recargado en un poste de la corriente eléctrica.

Estiró el brazo y le puso al alcance un cerillo encendido. Brandon se arrimó, le dio una calada al cigarro y al fin pudo fumarlo.

—Gracias —externó.

—De nada —sonó una voz que le pareció conocida.

Notó que la flama seguía descendiendo por el cerillo y casi llegaba a la yema de sus dedos.

—Oiga, se va a quemar.

—No importa.

Sonrió.

—Bueno, pero duele.

—Estoy acostumbrado. ¿Y tú cuánto dolor aguantas?

La interrogación lo desconcertó.

—No sé.

—Entonces lárgate. Éste no es lugar para ti.

—Sí aguanto.

—Ya veremos.

Le quitó el cigarro y trató de apagárselo en la cara.

—¡Estás loco o qué tienes, güey! —exclamó brincando hacia atrás.

—Ja, ja, ja.

—¡Pendejo!

Le hizo una seña agresiva con el dedo erguido.

La siguiente casa tenía un porche. Un niño mocoso se hallaba sentado en el segundo escalón, mientras un hilo transparente colgaba de su nariz, como una culebrita que asomaba y metía la cabeza. No identificó quién era en un primer momento. La mecedora moviéndose sola lo remitió a un lejano recuerdo: era la vieja mecedora que acogía a su abuela durante su infancia. Vinieron en torrente diversas imágenes: la furtiva partida de su madre una noche, la abuela enferma de artritis, el agua goteando del techo de madera, las gallinas hambrientas picoteando el suelo, los regalos que mandaba cada Navidad, los gritos histéricos de su abuela, el escalón donde durante muchos meses la estuvo esperando, la calle vacía.

—Ven —le dijo al niño.

Éste al verlo se alejó, desapareciendo tras la cortina floreada que colgaba en el umbral. Supo quién era ese niño.

Se metió a la casa. Todo tenía el orden que recordaba tuvo durante sus primeros años. En el piso yacía un camioncito volteado, algunos cubos de construcción, un Superman sin capa y unos goggles para nadar. Frente al televisor, conectado con cables, se hallaba un control de X-Box. Pegado en la pared —como un cromo gigante— se hallaba un retrato de cuerpo entero de una adolescente con su vestido de quinceañera. Lucía sin pena un sombrero de encaje, el ramillete de falsas flores entre las manos, el vestido de princesa de pastel. Era su madre, orgullosa de su aniversario y de la falsa creencia de convertirse en mujer. Tenía la mirada inyectada de ilusión.

—Ésa era tu madre antes de que le echaras a perder la vida — escuchó un voz que parecía nacer de una gruta.

Volteó. Una mujer erguida, con cabeza de pájaro, entró en la sala. Portaba un largo vestido gris con una hilera de botones que caían en cascada del cuello hasta la cintura. No tuvo la menor duda, era su abuela.

—¿Amá?

—¡No fue ninguna fortuna convertirme en tu abuela! No sólo estropeaste la vida de Esther, también la mía. Si no te agarras de las entrañas de tu madre como una zarigüeya, todo hubiera salido como lo planeamos.

—Usted no es mi amá.

—Claro que no, soy tu abuela. Contra mi voluntad. ¿Acaso piensas que me he divertido limpiándote los mocos y dándote de tragar? Apenas puedo con mi alma y Dios me manda este castigo. Toda la vida

has sido una lata. No aguantaba tus chillidos de cerdo, no te callabas si no tenías el biberón en la boca, duraste mucho tiempo en crecer y empezar a valerte por ti mismo, no salías de la calle, nunca te gustó la escuela y de todas partes te corrían porque no te aguantaban. ¡Qué comodinos los maestros!, ¿no? Si la letra con sangre entra. Es a punta de madrazos como debí educarte. Pero ahí están las vecinas poniendo la oreja donde no deben y llevando chismes e intrigas de acá para allá. Bola de buenas para nada. Deberían meter las narices en sus asuntos y no en los ajenos. Pero yo tuve la culpa, debí sacarte los ojos entonces, y también las tripas, y tirarte en el basurero grande, donde los zopilotes se iban a encargar de que no quedara ni una huella de ti. Por bruta no tuve el corazón para hacerlo. ¡Estoy tan arrepentida!

—¡Usted no es mi amá, ni mi abuela, es un pajarraco podrido!

—Te voy a sacar todos los dientes, uno por uno. Siempre fuiste un grosero, nunca te pude quitar lo corriente.

—¡Vieja bruja!

—Malagradecido dejarás de ser. Muerdes la mano que te da de comer.

—La que me da de comer es mi mamá, no usted.

—Ja, ja, ja. Sí, tu santa madrecita que ha de estar en un nicho ahorita mismo.

—¿Qué quiere decir?

—Escuchas sólo lo que te conviene. Deberías sacarte los ojos de una buena vez. A fin de cuentas que de todos modos estás ciego. Y no hay peor ciego que el que no quiere ver. Mmmmh. Y la oscuridad es un buen lugar para esconderse. Vas a mirar pura oscuridad. Al menos te libras de no ver dónde está tu madre.

—¿Pues dónde ha de estar? En Tijuana, trabajando.

La vieja soltó una ráfaga de carcajadas que sintió como bofetadas.

—¿Oyes esa música?

Puso atención y alcanzó a percibir las notas de unas canciones que navegaban en el ambiente.

—Síguela y la vas a encontrar. Espero que no te asustes cuando conozcas la verdad —agregó la anciana y se carcajeó otra vez.

Dejó la casa y enfiló por las callejuelas. Ahora pudo observar que sobre las crestas de los edificios parpadeaban luces de neón anunciando los nombres de los negocios: Balalaika, París-Hollywood, El pecado, La escondida, África, La ola azul. Descubrió que el grupo de sombras que distinguió, una cuadra atrás, pertenecía a hombres adultos que bebían a la entrada de un local en cuyo techo ostentaba la palabra Balalaika. Sintió sus miradas sonrientes, escuchó su sospechoso silencio, les devolvió otra mirada agresiva. Miró hacia el

interior del primer negocio y se dio cuenta de que era un bar o algo semejante. Había hombres que también bebían cerveza y alcohol y mujeres con poca ropa acompañándolos, alrededor de las mesas. Entró. Nadie reparó en que era quizá demasiado joven para permitirle el acceso. Luces rojas y azul fosforescente ambientaban el recinto. Caminó entre las mesas y las pocas personas que lo ignoraban. Una mesera regordeta pasó a su lado y se le quedó mirando con extrañeza.

En el centro sobresalía un escenario circular donde una mujer bailaba, despojándose de sus prendas. Un círculo de hombres frenéticos la miraba con avidez y seguían sus movimientos con mansedumbre. Sus caras eran bañadas por una luz roja, azul, verde, amarilla. La bailarina sonreía y los sujetos, con el rostro aniñado, se levantaban para cubrir con sus manos su desnudez. Brandon se paró justo frente a la mujer y supo quién era. Un balde de agua helada le cayó encima. ¡Era su madre! En ese momento cerró los ojos, y al abrirlos descubrió que un hatajo de sombras la acariciaba, pero ahora se había convertido en una estatua. Quiso golpearlas, patearlas, insultarlas, pero el sentimiento de humillación y oprobio le dieron otro impulso. Corriendo, abandonó aquel tugurio. No se detuvo sino hasta que alcanzó la salida y pudo regresar a la realidad.

Hugo

—No es mucho lo que te pido, sólo que sigas mis pasos, que te titules como abogado y seas el licenciado en Derecho que por cuarta generación tendremos en la familia. Mi abuelo fue abogado, igual que mi padre, yo también, y ahora es tu turno. Imagínate el gran orgullo que significaría para todos realizar ese sueño. Pondrías en alto el apellido Iturríos.

—Ni siquiera sé si terminaré la prepa.

—¿Qué estás diciendo? —lo miró extrañado—. ¿Tú entiendes lo que está diciendo, Pollita?

Su madre contestó no, moviendo la cabeza.

—¡Entonces estás bromeando! De veras que tienes buen sentido del humor, muchacho. Eso es bueno. Las sonrisas abren más puertas que cualquier llave.

—No estoy bromeando. Y si acaso llegara a terminar la prepa, lo que menos me interesa es estudiar esa carrera. Las leyes me aburren y no creo que aguante. Me pasaré las clases durmiendo y por ninguna razón leeré esos libros que nunca acaban.

—Me dan ganas de romperte la cara —exclamó airado y se le quiso ir encima, pero la mujer se interpuso entre ambos y logró contenerlo.

Hugo no se movió un ápice. Estaba dispuesto a resistir la embestida. El dolor no lo intimidaba.

—¡Cálmate mi amor, no te pongas así! —suplicó ella.

Apuntándole con el dedo a la cara, le espetó:

—Mira, muchacho, ya es hora de que alguien te ponga en tu lugar, porque tu mamá al parecer no puede con el paquete. La haces como quieres. Pero conmigo la cosa es distinta. Aquí no te vas a salir con la tuya como estás acostumbrado a hacerlo. Tú vas a estudiar Derecho porque vas a estudiar Derecho, y de eso me encargo yo. Y no me mires así, que no somos iguales. Soy tu padre y me debes respeto. ¡Ahora resulta!

—Contéstale a tu padre, Hugo Enrique.

Se refugió en una burbuja de silencio.

—Por favor, contesta —insistió.

—¿Para qué? Lo que le diga no va a cambiar nada.

—Claro que no va a cambiar nada, porque aquí se va a hacer lo que me dé mi regalada gana. Y lo primero es cortarte esas greñas. Luego vas a tirar esa ropa de jipi que te encanta ponerte y te vas a vestir como "mi hijo", no como un pordiosero. ¡Faltaba más!

—Hazle caso a tu papá, hijo —rogaba ella.

—Y no quiero que le des un solo centavo a este mantenido. No quiero que vuelva a comprar cigarros. ¿Crees que no me llega el tufo hediondo que te sale por todos los poros a un kilómetro de distancia? Es un asco que apestes la casa con tu olor a cigarro, así que dejas el vicio de una buena vez o voy a hacer que te comas la cajetilla entera.

—Usted toma y yo qué le digo.

—¡Hugo Enrique! No es manera de hablarle a tu papá.

—Si tomo o no tomo es asunto que no te concierne. Es mi dinero y me lo gano con el sudor de mi frente. Bastante me jodo trabajando para que un mocoso me venga a juzgar. ¡Son chingaderas!

Su madre empezó a llorar.

—Y tú cállate, Pollita. No vengas a hacer un drama de esto.

A Hugo le molestaba particularmente que le dijera Pollita. Se llamaba Maricruz pero nunca la nombraba así. En cambio Pollita era un apodo ridículo, fuera de lugar, vergonzoso. Su madre no era ninguna Pollita. Pero su padre solía viajar de un extremo a otro, de la prepotencia a la cursilería más rampante.

—No me mires así, cabrón, que no soy uno de los vagos con los que te juntas. Bola de buenos para nada. Desde esa chamaca que siempre anda vestida de negro con sus colguijes por todas partes. A ver si no se colgó también esos fierros por las verijas.

—¡Everardo! —exclamó Maricruz, llevándose la mano derecha a la boca.

Hugo aguantó a pie firme la andanada. Aquella dureza no lo iba a doblegar.

—Y el otro que no se baja de esa fregada patineta, igual que tú. Gente sin oficio ni beneficio. No tiene ni para tragar pero eso sí, luciendo sus Converse, sus playeras americanas, sus cachuchas Nike. Híjole, por eso el mundo está patas pa'rriba.

—Usted ni los conoce —protestó.

—No necesito conocer a esos inútiles para darme una idea de lo que son. Y lo que tú terminarás siendo si sigues juntándote con gente de esa clase. Parecen nenas con esos ojos pintados de negro. Si la ley

se aplicara en este país, cómo cambiarían las cosas.

Sonó un timbre de teléfono. Era una canción de tecnobanda. A Hugo le pareció horrorosa. Era el celular de su padre.

—¿Bueno?… Sí, con él está hablando.

Su madre le hizo una señal para que se esfumara. Hugo la acató con gusto y desapareció de la escena.

—Sí, señor, podemos platicar largo y tendido en mi oficina o en la de usted, como guste. Ese tipo de demandas las sabemos manejar, no se preocupe.

Nervioso por la incertidumbre de no saber qué encontraría arriba, subió teniendo cuidado de no presionar mucho el pasamanos, que amenazaba venirse abajo en cualquier momento. Las paredes estaban grafiteadas con nombres o frases ininteligibles. Empujó la puerta de metal oxidado y descubrió la azotea del viejo edificio, donde era palpable el abandono. Los ductos de aire acondicionado, estantes, antenas o sillas desvencijadas que acusaban las huellas de la corrosión por la humedad o la lluvia, se distribuían en aquel espacio.

Caminó hacia el centro. Pisó un charco donde yacía la luna muerta. La noche exhalaba una neblina densa sobre la ciudad. No había un alma alrededor. Escuchaba con claridad palpitar al silencio. Desde ese punto se alcanzaban a ver las cimas de los edificios más altos —unos dos o tres— y la cúpula de la iglesia y su torre coronada por una cruz solitaria que desafiaba a la intemperie. De pronto alcanzó a distinguir un pájaro aleteando sobre su cabeza. La neblina se fue disipando para descubrir a una criatura alada que descendió a unos metros de él: ¡era una gárgola!

Cerró las alas desplegadas al aterrizar y pudo verla con claridad al tenerla tan cerca: su rostro de murciélago descomunal, los colmillos afilados, la espalda encorvada, las garras y su piel grisácea, que le daba un aspecto repugnante de rata de alcantarilla. Lo miró con esos ojos que han visto pasar los siglos desde algún frontispicio de alguna iglesia gótica. Abrió el hocico y una voz gutural puso estas palabras a su alcance:

—Te estaba esperando. Te tardaste.

—No lo sabía.

—Sígueme.

Caminaron hasta la orilla de la azotea y la bestia protohumana colocó sus garras inferiores sobre el filo de la marquesina.

—Estamos a treinta y tres metros de altura. Sé que te fascina lanzarte desde un edificio a otro en el vehículo ese que usas con los

pies. O que brincas con la bicicleta de una casa a otra. En pocas palabras, te fascina el peligro, saber que puedes fracasar en tu intento y acabar como una mancha desparramada sobre el pavimento.

—Soy adicto a la adrenalina —respondió ufano.

—Ya veremos qué tanto.

—Camino por bardas llenas de vidrios rotos, salto por los techos, me meto picahielos en la garganta, clavo agujas en mis brazos, pongo las manos en el fuego. Y nunca me ha pasado nada grave. Así que estás delante de un experto.

Mostrando su lengua de ofidio, lo desafió:

—Lo que vas a hacer ahora jamás lo has hecho. Vas a tener tu experiencia más cercana con la muerte. ¡Te arrepentirás de no haberlo probado antes! Un placer exclusivo para espíritus aventureros.

Hugo sospechó de qué se trataba. Se aproximó hacia la orilla del edificio y su mirada descendió como un ave hacia el fondo, donde se detuvo sobre el asfalto. Si se arrojaba desde esa altura, su cuerpo acabaría convertido en un rompecabezas al estrellarse allá abajo. La idea no le atraía en lo más mínimo. Y el pajarraco que le convidaba a experimentar un nuevo desafío parecía no estar en sus cabales.

—Nada de lo que has sentido antes puede compararse con lo que sentirás aquí. ¿Sabes por qué, muchacho? Porque es la sensación de que vas a morir. Ja, ja, ja. Y no hay sensación superior a la que brinda la inminencia de la muerte.

Extendió la garra y la pasó por encima de la piel de Hugo, al tiempo que continuaba:

—Ya huelo el perfume exquisito de la muerte. ¿Sabías que los que van a morir, sin que lo sepan, despiden un olor particular, suave, embriagador? ¡Pues ese maldito olor sale ahora de tus huesos! Ja, ja, ja.

Le dieron ganas de arrancarle la lengua a la gárgola, pero no podía hacer nada. El lugar y aquella noche espectral le pertenecían.

—Te paras en el filo de la cornisa y te arrojas al vacío.

—Supongo que no voy a morir al estrellarme abajo.

—Ja, ja, ja —volvió a escupir sus asquerosas carcajadas—. ¿Por qué?

—Pues porque nadie muere en los sueños.

—A partir del momento en que te avientes, pasarán cinco segundos y llegarás abajo. Pero por ninguna razón abras los ojos. Sigue mis indicaciones y estarás a salvo. Debes abrirlos ya que hayas sentido que explotan tus sentidos, que tus vísceras revientan, que tus extremidades y tus costillas se despedazan, que la sangre brota por las heridas que padecerás. Justo cuando sientas que tu cabeza estalla como el

cascarón de un huevo y tu cerebro queda derramado sobre la acera como una yema. Entonces, al abrir los ojos, podrás ponerte en pie y revisar tu cuerpo. Te sorprenderás al darte cuenta de que no tienes ni un rasguño.

Alguien se aproximó hacia ellos. Hugo volteó y pudo ver a un sujeto semejante a un zombi que arrastraba la pierna izquierda con dificultad y tenía desencajado el brazo derecho. Los huesos del cráneo no estaban bien acomodados en su sitio y se alcanzaba a ver el cerebro palpitando como un polluelo en su nido. Se asustó y se puso alerta, por cualquier eventualidad que pudiera suceder.

—¡Es fácil! —exclamó el muerto viviente, mostrando una sonrisa desdentada y podrida. Sólo das un paso hacia allá y…

En ese instante desapareció, devorado por la gravedad que arrastró su cuerpo hasta el fondo y que estalló felizmente contra la acera. La cabeza volvió a quebrarse en varios fragmentos y las manos y las piernas quedaron estructuradas de manera poco natural. No había manchas notables de sangre, porque aquel ser la había perdido toda en saltos anteriores.

—Esto es como un deporte —asintió la gárgola, en el afán de convencerlo.

La búsqueda de una emoción superior lo impulsó a pararse en el filo de la azotea. El vértigo le lamió la espalda y el placer fue ascendiendo como una ola por debajo de su piel, desde sus pies hasta desembocar en la nuca.

—No abro los ojos sino hasta que caiga.

La bestia alada sonrió perversamente. Él le devolvió la sonrisa. Contó:

—Uno, dos, tres.

Se arrojó al vacío, cerrando los ojos para rendirse al éxtasis de la caída. El aire se convirtió en viento golpeando violentamente su rostro. El vértigo era ahora una corriente que electrificaba su cuerpo y lo inundaba de un gozo inesperado, un placer que se adueñaba de cada centímetro de su piel como nada lo había provocado jamás. No debía abrir los ojos hasta que sintiera el terrible impacto de su cráneo contra el piso, pero de pronto —en medio de una fracción de segundo y la otra— lo asaltó una duda terrible: qué tal si lo que le había comentado la bestia humana era un engaño. Qué tal si acabaría como un escupitajo de mermelada roja, embarrado en el pavimento. La duda se resolvió en la misma fracción de segundo. Apretó los párpados y mordió sus labios para que la caída culminara hasta el final.

Golpeó la acera con el hueso frontal porque no quiso meter las manos para amortiguar —inútilmente— el contacto. El cráneo se hizo

añicos por la fuerza brutal del impacto. Los ojos y las orejas rodaron al azar al desintegrarse la cabeza. Los omóplatos, fémures, clavículas, radios, rótulas, tibias y peronés no soportaron el golpazo, ni la masa de músculos que cubría el esqueleto. El dolor fue de una intensidad indescriptible. Lo más extraño era que Hugo sintió cómo cada elemento que componía su cuerpo se iba separando de él y cada músculo y hueso se iba reventando, rompiendo, acompañado de un sufrimiento irreconocible. Como si él fuera un testigo de lujo de la catástrofe de su propia humanidad. Fue entonces cuando abrió los ojos.

Lo que vio lo dejó atónito, boquiabierto. No tenía ni un rasguño, sólo un poco del polvo grasiento que cunde en las calles de las ciudades. Se sacudió un poco y emprendió de nuevo la subida a la azotea para lanzarse otra vez y recobrar esa sensación maravillosa de morir. Después de dos o tres veces de repetir la operación decidió regresar a la tediosa vida real. La gárgola, batiendo las alas, satisfecha, voló hacia la cornisa de la iglesia para espantar a las palomas inoportunas y a los demonios que aspiran a ocupar los templos.

Iris

—¡Hasta que te empiezas a vestir como Dios manda! Está curada esa playera.

—¡Ay, no seas hipócrita, odias el rosa!

—Pero una Mimí Mouse con cara de asesina en serie es diferente, güey. Al fin estás dando señales de que se te está quitando lo fresa.

—Creo que te quedaría mejor porque se parece a ti.

—Ni muerta me pongo una cosa así.

—Cuando te suicides y te preparen para el funeral, tu mamá te va a poner un vestidito de princesa de color rosa y tu tocado. Te vas a ver muy linda y ni vas a renegar.

—Ya mero. ¡Soy capaz de resucitar!

—Pues muerta no harás ni pío.

—Si juntaras toda esa ropa linda que tienes, harías una montaña. Estaría bueno prenderle fuego. Ja, ja, ja.

—Y mi mamá seguro también me avienta a la lumbre.

—Eso estaría bien para ella, porque así ya no le estorbarías en sus cursos de Cómo ser feliz. Da risa, ¿de veras hay gente que le paga por tomar los dichosos cursos?

—Aunque no lo creas. Además, le pagan bien. No cualquier mortal puede entrar. Es gente de clase media que quiere ser feliz a toda costa, o más feliz que otros.

—Que se les note la felicidad en la cara, no como a nosotros, que siempre tenemos una sombra de amargura y de coraje, güey.

—Exacto.

—Deberías tomar el curso ése. Te hace falta. Ja, ja, ja.

—Si vas por delante, lo haré.

—Primero muerta que feliz.

—Estúpidamente feliz.

La envoltura de una paleta Tutsi cae. Su lengua saborea el dulce de fresa de la golosina.

—¿Traes otra?

—Es la última que me quedaba. Además, tú no chupas paletas fresas.

—Chupo ratas y como cucarachas en la botana.

—Es que eres dark y tienes que ser fiel a tus costumbres. Ya me imagino viéndote comer tu sopa de murciélago, tu espagueti de colas de ratas o tu licuado de sangre.

—¿Por qué crees que estoy tan bien nutrida? Estas piernas no se marcaron comiendo choco crispis y gansitos, como tú.

—Si todos esos platillos los hicieras polvo, te harías millonaria, como los del Verde Life. Te fregabas al viejo ese que se cree dueño del Guadalajara.

—Seguiré tu consejo, nada más le dices a tu papá que me preste para la inversión.

—¡Mmmmh, no te puede ver ni en pintura! Te trae atravesada. Dudo que quiera soltarte un peso.

—No me des más motivos para aborrecerlo. De por sí, no lo trago.

—Hasta piensa que eres marimacha, por la ropa que usas.

—¡Viejo idiota! ¿Qué le importa a él lo que me ponga? No voy a pedirle opinión para usar un pantalón o una méndiga playera de calaveras. ¡Que le dé lecciones de moda a su hija consentida, a mí que no me esté jodiendo!

—Ey, cálmate, güey. Lo que diga no me interesa. Sólo te aviso porque cuando fuiste a la casa a que te ayudara con el examen de Mate, te vio de pies a cabeza. No te dijo nada, porque no te lo va a decir, cuida mucho las formas, pero me encaró después, preguntando que si qué tipo de amistad era ésa.

—¡Por mí, tu papá se puede ir al infierno!

—Lo mismo pienso yo, güey. Yo no le escojo a sus amigos, ¿por qué tendría él que escoger los míos?

—El mismo rollo de siempre: esa tipa es una mala influencia y toda esa palabrería barata que escupen con aire de superioridad, como si el resto de la humanidad no fuera digna de ellos. ¡Me revienta esa gente! ¡Que se pudran!

—Ahora imagínate cómo me la paso yo, que tengo que aguantarlos casi todo el día.

—Pero son tus jefes. A ti te tocó la mala suerte de cargar con esa cruz. A nosotros no.

—Pues sí. Aunque tengo la ventaja de que los veo muy poco. Fíjate que como a esta hora siempre se me antojan unos cacahuatitos con chile y chamoy.

—¡Ah, la bestia! ¡Has de estar embarazada!

—La que ha de estar embarazada eres tú. Si ya veo que traes loco a Hugo.

—¡Estás loca o qué!

—Ay, mira, ni te enojes. Si no te quita los ojos del trasero. ¿Crees que no me he dado cuenta?

—Pues la próxima vez que lo vea haciéndolo le voy a voltear la cara de un chingadazo.

—Ja, ja, ja. Pobrecito. Se hace ilusiones contigo. Y eso que te pones pura ropa holgada. Imagínate qué pasaría si te pusieras unos leggins: lo matas de un infarto. Ja, ja, ja.

—Qué estupidez. Y tú todavía diciendo que estoy embarazada. Jamás voy a dejar que me pongan una mano encima. Jamás, ¿me oíste? Y cuando digo jamás, es jamás.

—No te puede una decir nada porque luego luego lo tomas en serio. Te pasas, Iris. Si no te gustan los hombres, espero que al menos no me tires la onda.

—Déjate de babosadas.

—Es cierto. Mejor cambiemos de tema.

Tiró el palito de la paleta.

—Hace rato que no veo a Aldo. Me acompañó a la Zona Cero la última vez que estuve ahí.

—¿Cuándo fueron?

—El sábado por la tarde.

—Yo estuve ahí el jueves. Es la experiencia más chila que he vivido en mi maldita vida, la neta.

—¡Cuándo nos íbamos a imaginar que existiera un medio para meterte en las pesadillas!

—Parece ciencia ficción.

—Como en un cuento de Ray Bradbury.

—Más bien de Philip Dick, el que escribió el del policía que caza robots.

—Sí, hasta vi la película.

—Es que si no lo hubiera sentido en carne propia, no lo creería.

—¡Si dieran un premio Nobel a los jóvenes, Aldo arrasaría! ¿Quién va a sospechar que un gordito miope y rengo tenga esa mente tan brillante?

—Eso no es nada nuevo. Hay muchos genios raros. Ni para qué nombrarlos.

—Sí, a veces pienso que los tipos que me gustan no tienen demasiada masa encefálica. Son lindos pero tienen el cerebro del tamaño de un cacahuate.

—¿Cuál es la mejor pesadilla que has vivido?

—Querrás decir la peor.

—Sí, la peor, la más terrorífica.

—Una donde las cucarachas me comían lentamente, cientos, miles de cucarachas encima de mí mordiendo cada parte de mi cuerpo, y sentía sus dientitos hundiéndose en mis entrañas. Y yo estaba consciente, completamente consciente de lo que estaba sucediendo. Era asqueroso sentir sus patitas, sus antenas en los párpados, su saliva en mis labios y luego metiéndose en mis venas y paseándose por el interior de mi cuerpo.

—Creo que las cucas no tienen dientes.

—Pues lo que tengan. No importa. Aunque en un sueño pueden tener colmillos o esqueleto si quieren. ¿Y el tuyo cuál ha sido?

—Uno donde una sombra ataca a mi familia y quedan sus cuerpos regados en la sala. Nadie logra escapar. Todos han muerto. Y la sombra se pasea victoriosa sobre sus cadáveres ensangrentados. Deja caer el hacha y empieza a temblar. Camina hacia la puerta para huir, se quita el traje de malla negro y la capucha, porque no es una sombra, pero al pasar frente al espejo se da cuenta que tiene mi cara: ¡la sombra soy yo!

—Está terrible esa pesadilla. Pero me gusta. Y se ve que les traes coraje a tus parientes.

—Es casi un milagro que estemos vivas. A veces me dan ganas de dejar de jugar este juego. No sé, güey, estamos corriendo demasiados riesgos.

—¡Ay, Felicia, no mames, no seas sacatona! Si te quejabas de lo aburrida que era tu vida, que necesitabas una buena sacudida que te hiciera sentir viva. No te puedes echar para atrás ahora.

—No sé, huelo el peligro. Es como una corazonada.

—No va a pasar nada si seguimos las reglas. Aparte, todos hemos regresado sanos y salvos. No hay de qué preocuparse.

—No sé. Oye, está linda esa calavera que te tatuaste.

—Pues no me la tatué para que me dijeran eso sino para que me respetaran.

—Me gustaría tatuarme algo como una daga o una serpiente pequeña en algún lugar que pase desapercibido.

—Un murciélago te deberías tatuar en el trasero.

—Tatúaselo a tu madre, no manches.

—Un poco de oscuridad te vendría bien. Ya sal de tu cajita de muñecas Barbie.

Felicia

—¡Qué difícil eres, Felicia, la verdad!

—Vas a empezar otra vez.

—No entiendo por qué te pones en ese plan si aquí lo tienes todo. ¿Sabes? Seguro esto tiene que ver con tus nuevas amistades. No me está gustando nada esa amiguita que traes. Tiene un aspecto deprimente y sucio. Se viste como hombre. ¿Qué pasó con Rocío y Deborah? ¿Por qué ya no sales con Dayra, si antes parecía tu sombra? Y el violín que tanto te gustaba, está ahí arrumbado. Contesta. Cuando menos creo que merezco una respuesta.

Hizo un gesto de enfado.

—Antes siquiera platicabas conmigo. Eras más comunicativa. Y qué decir cuando eras niña: no había noche que no me pidieras que te leyera tu cuento. Te encantaban los de hadas y princesas. ¡Cómo has cambiado! No sé por qué los hijos crecen.

Miró a su madre con cierto aire de superioridad. Sabía que su silencio era una bofetada para ella. Se demoró en responderle, para observar su ansiedad.

—Lo que pasa es que estás acostumbrada nada más a dar órdenes. Ésa es tu forma de comunicación preferida. Y si alguien opina lo contrario a lo que tú piensas, de inmediato sacas las uñas.

—Pero ¿qué es esa manera de hablar, Felicia? Nunca te habías expresado así. No, esto ya me está preocupando seriamente. Ya había platicado con tu padre sobre esto. Necesitamos urgentemente enviarte a un internado en Canadá para cambiar tu conducta. No creas que nos vamos a quedar con los brazos cruzados.

—Mejor enciérrenme en un ataúd —respondió irónica—. Así al menos tienes garantía de que no te molestaré más.

—Y sigues con tus ideas fúnebres; que los muertos, que la oscuridad, que esa música ruidosa, que esas playeras negras. No me vayas a salir con que estás metida en uno de esos grupos raros que

quién sabe qué prácticas tendrán.

—Hacemos misas negras y comemos niños asados.

—¡Cállate la boca, ni se te ocurra decir eso! Definitivamente no eres la niña que yo eduqué con tanta dedicación.

—Afortunadamente, madre.

—¡Qué tiempos aquellos en que no te despegabas de mí! Entonces yo no era esta vieja que odias con tanta enjundia.

Un sollozo descompuso su rostro.

—No creo que llorar arregle esto. Mejor guárdate las lágrimas para tus talleres. Allí al menos hay más gente que te las cree. A mí ya no me conmueven, madre.

Ella, conteniendo el siguiente sollozo, repuso:

—No te voy a dar ese gusto. Te lo juro por Dios que no te lo voy a dar, Felicia. Dejo de llamarme Mercedes si no tomo cartas en el asunto.

—Mercedes de Jesús. Chuyita, antes de que dieras esos talleres. No Luz Mercedes.

Por un instante, un destello de odio brilló en sus ojos.

—De veras que no comprendo cómo puedes albergar tanto resentimiento.

—¿Cómo esperas que me comunique contigo si solamente eres una máscara? Una máscara que te hace sentir muy bien. Allá afuera úsala si quieres, pero al entrar a ésta, tu casa, deberías colgarla en el perchero. Tengo ganas de que un día de éstos dejes a un lado ese tono de sermón dominical y me hables como lo que soy, espero todavía: tu hija, y no una cliente a quien le quieres vender tus cursos para ser feliz.

—¡Cómo eres…! De veras que me das lástima, Felicia. Podría esperar esa actitud tan negativa de otros pero no de ti, no de alguien de mi misma familia. Y por otra parte, tendrás una opinión sobre los talleres pero solamente es una opinión parcial y mal intencionada, porque nunca has estado en uno. El día que participes y veas con tus propios ojos de qué se trata, entonces di lo que quieras. Mientras tanto, es mejor que tengas la prudencia de callarte la boca. Pero estás terca en esa actitud negativa que no te va a llevar a nada bueno, tratando únicamente de verle el lado malo a las cosas.

—No soy negativa, soy realista.

—Tu papá y yo solamente queremos lo mejor para ustedes. Cada día por la mañana salgo por esa puerta para luchar. Sí, aunque te rías, para luchar por el bienestar de ustedes, por el bienestar de mi familia, que es la razón de mi existencia. Creerás que es fácil hacerlo pero no tienes una idea, niña, de lo que eso significa: invertir cada segundo,

cada minuto, cada hora del día en salir adelante a pesar de las adversidades y los obstáculos. Y en algunos momentos sientes que te vas a caer y debes sacar fuerzas del fondo de tu ser para no dejarte vencer y levantar la cabeza con aplomo. Y saber que ese enorme esfuerzo que te ha costado tanto sudor te convierte en una guerrera, una guerrera que no se rendirá jamás, que enfrenta la vida con la frente en alto y resistiendo contra viento y marea. Pero sé que esto no significa nada para ti, y ¿sabes qué, Felicia? Ésa es mi más grande y profunda decepción. Saber que mi propia hija no me valora. Y eso duele, duele aquí —se llevó el dedo índice hacia el centro del pecho—, en este lugar donde dicen que se aloja el corazón.

—Yaaaaa, por favor. No te pongas así, madre. Pronto terminaré la prepa y me iré lo más lejos posible para no estarte fastidiando. Así descansas tú y descanso yo.

—Te irás a un internado, eso júralo que queda por mi cuenta, Felicia. Vamos a ver de a cómo nos toca.

Era joven, tal vez tenía su edad, 17 o 18 años. El cutis era lozano; los ojos, verdes; el talle, esbelto y el cuerpo, firme. Solamente la ropa tenía signos de deterioro por el sol o el viento. Le extendió la mano para saludarla y Felicia notó la fragilidad de aquellos dedos que amenazaban caerse si aplicaba fuerza excesiva.

—Lo que vas a ver puede intimidarte, puede parecerte horroroso, pero debes saber, antes de juzgarlo, que te pertenece, está latiendo en ti.

Su voz fluía como piedras que se desbarrancan.

—Éste es el árbol rojo.

Se pararon frente a un árbol del que pendían frutos de ese color. Eran corazones que conservaban sus arterias rotas y parecían arrancados de cuajo de sus nichos.

—No hay fruto más delicioso que éste —señaló la joven.

Descolgó uno y lo mordisqueó. Un lento hilillo de sangre descendió por la comisura de sus labios.

—¿Gustas?

—No —respondió, tajante.

—Tarde o temprano devorarás el de tu madre.

Se sorprendió al oír aquella declaración.

—Créame que trataré de no hacerlo.

—Deberías permitir que la oscuridad te posea. Mira el cielo, es hermoso. La negrura de sus entrañas le brinda misterio y sensualidad. La noche es un cuervo que extiende sus alas.

—Lo dices de una forma extrañamente hermosa.

—Quizá sea que me inspira este ambiente impenetrable como una roca. Ven, quiero mostrarte algo.

En medio del patio sobresalía un pozo de piedra labrada donde una niña se asomaba inclinando su cuerpo hacia adelante. Su cabello largo derramaba su fulgor amarillo. Parecía hipnotizada contemplando el fondo. Se aproximó hacia ella. La otra le hizo una seña indicándole que la llamara. Felicia le tocó el hombro, y mayúscula fue su sorpresa al darse cuenta de que la niña no tenía rostro. Su cara era un óvalo sin identidad.

Las carcajadas le hicieron poner los pies en el suelo, de nuevo.

—¿Por qué? —preguntó, titubeante.

—Porque el pozo atrapa los rostros de todos aquellos que se atreven a asomarse a sus entrañas. Y al atraparlos, aprisiona su infancia o su adolescencia. Lo maravilloso es que todo ocurre en un tronido de dedos. Recuerda esa frase estúpida: la curiosidad mató al gato.

La niña corrió hacia los arbustos y el follaje la devoró.

—Entra a tu Habitación Real, querida.

Adentro había ocurrido una masacre. Las muñecas se encontraban descuartizadas, las paredes pintarrajeadas con sangre, las almohadas estaban destripadas, la bailarina de la cajita musical no volvería a dar un giro más, los osos de peluche tenían los ojos colgando de unos cuantos hilos. Y las cortinas de terciopelo ardían envueltas en llamas. Una gran ola de fuego cubrió los cuadros, las lámparas, las pinturas, los muebles, y los osos ciegos y las muñecas mutiladas empezaron a gruñir y a emitir lamentos. Solamente una de ellas repetía sin cesar:

—*La paz empieza con una sonrisa.*

Al sentir el lengüetazo de una llama, salió a toda prisa. Segundos después las llamas lo engullían todo.

—Este lugar al que entrarás ahora es especial. Vas a mirarte como jamás lo has hecho.

En el jardín, flores fétidas expulsaban su aroma. La luna pendía del cielo negro, recién ahorcada. En las paredes había huellas de pájaros muertos; plumas y sangre quedaban como evidencia de que se estrellaron o los estrellaron contra ellas. Las imágenes eran atroces.

En el interior había al menos veinte espejos. La joven anfitriona esbozó una siniestra sonrisa que arrojó con desprecio. Felicia respiró el aire enrarecido.

—Mira.

Se acercó al primer espejo. En él pudo observar la nuca de una mujer que se golpeaba contra un muro. Lo hizo durante algunos

segundos y luego giró la cabeza y se percató de que era evidentemente ella misma, pero sin cabello, pelada a rape y con una camisa de fuerza gris. Su mirada era torva, desafiante y venenosa, los labios estaban mordidos y sangrantes, un moretón coloreaba su ojo izquierdo, y además tenía una complexión extremadamente delgada. Atrás de ella alcanzó a observar una pared acolchonada. Los ojos de la otra se fijaron en los suyos, y al hacerlo, soltó unas carcajadas sardónicas que atravesaron el cristal y la sacudieron de miedo.

La anfitriona apuntó al siguiente espejo. Felicia caminó hacia él. En su interior estaba una habitación desordenada, el edredón tirado en el suelo, la lámpara acostada sobre el buró y un bulto que asemejaba un cuerpo, cubierto por una sábana ensangrentada. Pudo reconocer —aterrada— que el lugar donde se encontraba era la recámara de su madre. Acercó su rostro a la superficie del espejo, tratando de ver mejor aquel escenario. De repente —desde el interior del espejo— un rostro apareció frente a ella. ¡Era ella misma, con unos años más, se encontraba lamiendo una daga salpicada de sangre en cuya punta pendía una lengua!

—¡Noooo! —gritó, llevándose las manos a la cara.

—No te asustes. Esto TODAVÍA no sucede. Lo que estás viendo en esos espejos es lo que te depara el futuro. El futuro es un enigma de infinitas puertas. Sigamos adelante. Mira ése.

En el siguiente espejo era otra la escena. Se encontraba situada en la llamada Zona Cero, aquel cuartucho sucio que funcionaba como plataforma de despegue hacia el borroso territorio de los sueños. Tirados en el piso, en diferentes posturas, se distribuían los cadáveres de Aldo, Hugo, Iris y Brandon. Sus caras habían sido poseídas por la muerte, y en sus bocas todavía quedaban rastros de un líquido oscuro. Sólo faltaba ella. Una botella de vino tinto estaba en medio del círculo que formaron. Desde un rincón avanzó una sombra hacia el espejo, y pudo de nuevo distinguir su propio rostro deformado por la maldad. Sonreía y levantaba una copa que contenía un líquido marrón. Mojó la punta de la lengua en él y luego lo escupió. ¡Era veneno! ¡Los había envenenado! Felicia no podía dar crédito a lo que veía.

Se asomó al siguiente espejo y contempló a Deborah y a Rocío inertes en un salón de belleza. A su tía Hortensia siendo devorada por las ratas. A su padre congelado en el refrigerador que tenían a un lado de la cochera. A la maestra de violín con el arco enterrado en la sien, atravesándola de un lado al otro. Eran escenas terribles.

—Al principio puedes sentir cierto malestar, pero poco a poco te acostumbras. La administración del Mal puede incomodarte, tal vez carezcas de pericia para manejarlo, sin embargo no tardarás mucho en

aprender las técnicas básicas. Y cuando ya estés familiarizada con ellas, empezarás a disfrutarlo.

La voz de su madre interrumpió el diálogo.

—Déjate de cosas y vámonos a la casa, Felicia. Ya estuvo bueno. Vergüenza te debería de dar andar en estos bretes. Siempre fuiste débil de carácter, siempre. No te quedes ahí parada como una estatua, muévete. ¿O quieres que te traiga de las greñas?

—¡Ya cállate! —contestó, enfurecida, Felicia, y en ese instante un manotazo descendió desde el cielo y la aplastó como a una mosca. Su cuerpo quedó embarrado sobre el piso como una cucharada de mermelada de zarzamora. El cerebro, los intestinos, los huesos y los músculos formaban una masa informe, bañada de sangre y de otros ácidos.

—¿Lo ves, amiga? Es tan fácil como esto. ¡Vengan esos cinco para acá!

Felicia sonrió con amargura al ver a su madre convertida en una masa sanguinolenta.

—Esto no te va a costar nada. Sólo tu desdichada alma. ¡Una baratija!

—¡Noooooooooooo!

El rostro de la joven mujer se cayó en pedazos, para exhibir otro rostro con un aspecto deplorable, donde las ojeras eran aros negros, los labios estaban marchitos, el cabello desaliñado, en la boca reptaba una lengua de ofidio y sus brazos se convirtieron en tentáculos.

—¡Entonces haz lo que quieras, perra cobarde! Y lo pagarás, claro que lo pagarás —gritó mientras una larga hilera de moscas negras brotaba de su boca y se le echaba encima.

Con las manos se las intentaba quitar, mientras corría precipitadamente buscando la salida para escapar de ellas.

Iris

El aire estaba inundado de millones de gotas de sangre que flotaban inmóviles, como diamantes rojos. El edificio era una construcción que imitaba el diseño de los centros penitenciarios. Eran altas las murallas que impedían que el viento vagara por el interior y que retardaban la aparición de la luz solar. El piso se encontraba resquebrajado y por las grietas se asomaban tímidamente puñados de hierba. En las torres pudo distinguir sombras que actuaban como vigías.

El gris era el color que dominaba. Los muros y las piedras reinaban al ras del suelo. De una bocina en lo alto, una voz grave y categórica daba órdenes en un idioma indescifrable. Aquello era una fortaleza impenetrable o una prisión. Del fondo de un pasillo oscuro irrumpió la negra figura de una mujer enjuta como un espárrago, llevaba una capa de cuervos y unas sandalias por donde se asomaban sin pudor sus largas uñas.

—Bienvenida. Espero que disfrutes el paseo.

Su voz parecía provenir de otro mundo. Era cavernosa y débil, como si articular cada palabra le costara un enorme esfuerzo.

El edificio los observaba con sus ventanas rotas como ojos enfermos. Unas estatuas de mármol —coronadas por cacas de pájaros — se diseminaban por el amplio jardín en ruinas. Eran personajes o dioses de la mitología romana: Afrodita, Apolo, Circe, Cronos, Hermes, Ícaro, Morfeo, Poseidón. Parecían mirar impasibles desde su eternidad de piedra, pero al acercarse a ellos notó que movían los ojos, debajo de aquellos párpados endurecidos. Apuró el paso.

Se internaron en la fortaleza. Dos caballeros de armadura medieval se mantenían como vigilantes. Se mantenían imperturbables, salvo por los ojos, que parecían desesperados dentro de aquellos cascos dentados. En una pecera vertical de dos metros de altura y un metro de anchura flotaba una sirena cautiva.

—Ésta es la sala de los pájaros —asintió la mujer, mientras los

cuervos de su capa se agitaban al escuchar los sonidos que emitían los otros.

Había aves de diferentes especies, lo mismo pericos, papagayos, halcones, petirrojos, carpinteros, mirlos, alcatraces. Todos tenían un común denominador: un grillete empuñando alguna de sus patas, para impedirles emprender el vuelo. Podían saltar unos centímetros o metros, pero el peso de las boyas enganchadas en los grilletes no les permitía ir más allá de eso. Diseminados en el suelo se encontraban algunos cadáveres o esqueletos de pájaros que sucumbieron a la tortura de aquel cruento anclaje. Al final del recinto, encorvado, se encontraba otra especie de pájaro: un ángel al que le habían arrancado las alas con unas tijeras. Era fácil distinguir los gusanos que horadaban su carne. Las alas enfermas emitían un olor nauseabundo. Sus plumas blancas y sucias se hallaban dispersas en el suelo. Imposible volar en esas condiciones.

El siguiente espacio era semejante a un laboratorio, donde sobre las mesas se hallaban pinzas, destornilladores, tijeras y otras herramientas de trabajo junto a pequeñas máquinas para envasar, moler o comprimir diversos objetos o carnes. Sobre los estantes reposaban frascos conteniendo diversos elementos: fetos de animales o humanos, riñones, corazones, cerebros. Cada uno se hallaba etiquetado para clasificarlo; sin embargo, había algunos frascos que no contenían nada, estaban vacíos. Pero en la etiqueta que ostentaban había nombres de personas: Irene, Matías, Susana, César, Luisa, Adriana, Fernanda, Jesús, Livier. Los frascos vacíos la inquietaron.

—¿Qué hay adentro?

—Quítate la duda: ábrelo —le sugirió la anfitriona.

Tomó uno de los frascos (que tenía el nombre de Alicia) y haciendo presión sobre la tapa, lo abrió. Un grito que rasgó el aire brotó de su cavidad. Iris estuvo a punto de soltarlo por el susto que le produjo aquel lamento. Miró a su acompañante y ésta sonrió dulcemente.

—¿Qué es eso?

Otro grito surgió del fondo del frasco y ella rápidamente lo sofocó, cerrándolo.

—¡Es un niño!

—Sí, efectivamente es un grito de niño.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo es que está ahí?

—Mira, muñeca, cada frasco es un almacén de gritos. Cada uno alberga los gritos de diferentes niños. O niñas.

—¿Los gritos están como prisioneros en esos frascos?

—Lo has dicho mejor que yo. Exactamente eso sucede, cada frasco

hospeda el dolor interminable de una persona, el dolor que no cesa.

—¿A qué loco se le puede ocurrir atrapar los gritos de dolor de un niño?

—No me ofendas, yo soy la coleccionista de esos gritos.

—¿Usted? No debió extrañarme, con esa facha que tiene.

—No puedes negar que dentro de ti hay cierta fascinación por la oscuridad.

—Eso es otra cosa. Yo, hasta ahora, no tengo hobbies perversos.

Siguió caminando frente a la fila de recipientes de vidrio y sus ojos se abrieron desmesuradamente al reconocer su nombre en una etiqueta.

—¡Aquí está mi nombre! Pero estoy segura de que no es mío —vociferó, titubeante.

—¿Cómo sabes que no es tuyo? Ábrelo.

Iris se negó a hacerlo.

—No, no es mío. ¿Por qué tendría uno aquí?

—Ábrelo —insistió la vieja.

Con cuidado lo destapó, y en cuanto lo permitió cierto margen, un grito se desenroscó desde el interior. Un grito como un aullido que la electrizó y la empequeñeció en un instante. Era su propio grito de niña. Un grito lleno de dolor y desesperación. Soltó el frasco, y a pesar de ser de vidrio, éste no se quebró. Al perderse el primer grito en la atmósfera, salió el segundo y después un tercero. Iris, con lágrimas en el rostro, escuchaba aquel triste manantial de gritos. La mujer se inclinó para ponerle la tapa de nuevo y enseguida devolvió el frasco al estante.

Iris, aún perturbada, continuó caminando. Atravesaron un pasillo cubierto de espejos borrosos. Dentro de cada espejo se encontraban cautivos una niña o una joven. Al menos eran unos doce espejos los que colgaban de los muros corroídos por la humedad y el salitre. Desde las entrañas de aquellos espejos de cristal, los seres golpeaban la superficie del espejo, tratando de salir. Pasó fugazmente por ahí pero creyó reconocer su propio rostro en diferentes edades de su vida.

Llegaron hasta una habitación dominada por la penumbra. De inmediato sintió que un olor animal se adueñaba del ambiente, como si un perro o una criatura semejante residieran en ese sitio. Una vocecilla la llamó desde el centro de aquella oscuridad:

—Iris.

Era una voz de niña grabada. La pudo identificar claramente, porque había algo falso en su pronunciación. Se acercó hacia allá.

—Iris —repetía la voz aniñada.

Cuando estuvo a un metro, pudo distinguir a una muñeca de

plástico que mostraba sus enormes ojos azules agobiados por el miedo. Entonces reconoció a su muñeca Sofía, que la acompañó al menos durante cinco años en su niñez. La muñeca hablaba y movía los ojos y las manos.

—Iris, no me dejes sola —suplicó el juguete y se puso en pie. Sólo entonces advirtió que el brazo derecho le colgaba y arrastraba la pierna izquierda, el cabello había sido arrancado en algunas partes del cráneo y su ropa estaba rota.

Ella se asustó al verla en esa condición maltrecha, levantó la cara y observó a su alrededor. ¡Aquélla era su propia habitación! La mujer desapareció y notó que en un rincón algo respiraba con firmeza. Su aliento hediondo se percibía fácilmente.

—No le hagas caso. No tiene nada —protestó con voz ronca.

Era un lobo.

—No sé por qué no aceptan un poco de cariño. Este mundo insensible necesita más amor y menos zarpazos; más contacto y menos soledad. ¿No lo crees, muñeca?

La bestia avanzó hacia ella, moviendo sus patas roñosas, cuyas garras se mostraban sin pudor. La muñeca huyó, escondiéndose debajo de la oscuridad. Iris no pudo hacer lo mismo, trató de conservar el equilibrio y se quedó quieta.

—Sigues siendo hermosa. Los años no estropearon tu belleza, niña.

Las palabras sonaron asquerosas en su hocico. Movió la cabeza hacia atrás, al sentir los dedos peludos tocándole la barbilla.

—¡No me toques! ¡No se te ocurra tocarme otra vez, maldito!

Iris sabía perfectamente quién era. La había visitado algunas veces, amparado en la sombra de la noche. Lo detestaba con la furia que puede poseer aquel que ha sido víctima silenciosa del abuso y la violencia.

—Ven acá, no te voy a hacer nada, cariño.

Iris se dirigió hacia la ventana y le dio un puñetazo al cristal. Éste cayó y, como pudo, tomó un pedazo de cristal para defenderse. Le rajaría el pellejo o se lo hundiría en el pecho de alguna forma, pero no permitiría que le pusiera las garras encima otra vez. Las lágrimas corrían presurosas por sus mejillas.

—Me conoces, no tengas miedo. Ven acá.

La bestia, en la penumbra, se despojó de su pellejo, se sacó la cabeza de lobo y dejó al descubierto el cuerpo y el rostro… de su padre.

Iris saltó por la ventana y escapó a ciegas hasta encontrar la salida, mientras el llanto era una cascada incesante que no le podía ofrecer alivio alguno.

Aldo

—Primero que nada, necesito que apaguen sus teléfonos. Todos, todos.

—Pero mi madre se va a poner histérica si me desconecto.

—No me importa, apáguenlos.

—Aguanta, éste es más lento que mi abuela.

—Listo.

—Bueno, empiezo: nadie está listo para bajar al infierno, nadie. Ni nosotros, que nos las damos de temerarios y presumimos de comer espadas. No tengo una idea exacta de cuál sea nuestra capacidad de resistencia.

—Es verdad. Eso que hemos vivido allá adentro es una pequeña muestra de lo que es el infierno.

—Yo creo que el infierno es peor. Lo bueno es que no creo en él. Allá ustedes, que se persignan cada vez que pasan frente a una iglesia.

—Ya estarás, míster ateo.

—Pues no sé cómo quieran llamar a ese lugar al que nos hemos metido, pero si no es el infierno, es una buena imitación, porque nunca en mi larga vida he vivido algo más aterrador que esas pesadillas.

—Desgraciadamente no me queda otra que compartir esa opinión. Chócala.

—Nunca hubiera imaginado que existiera un lugar así, que uno pudiera entrar en las peores pesadillas, vivirlas en carne propia y que pudiera salir de ellas sin que te pasara nada. Es fabuloso.

—Pues será un lugar aterrador, pero los momentos más emocionantes de mi miserable existencia los he pasado en ese hoyo. Yo estaba a punto de morir por una sobredosis de aburrimiento, güey, no mames.

—Yo casi me arranco los cabellos del miedo. Nunca había gritado tanto, se los juro. Es una experiencia increíble.

—Ni en la montaña rusa.

—Ésa es una bobada para mocosos.

—¿A poco ahora te las vas a dar de muy macizo? Si por cualquier cosa ya te andas rajando.

—¡Estás pendejo, tarado!

—¡Ey, a ver, güey, cálmense, no vinimos aquí a pelear!

—No tienes idea de los lugares donde he estado, así que mejor cállate.

—¿Qué les estoy diciendo? ¿Están sordos o qué? Tú, pinche Brandon, no te enganches con éste. Y tú, cabezón, ya sabes que Brandon se enciende como un cerillo. No le sigas el juego. Bloquéalo y deja que se te resbale lo que diga.

—Bueno, nos llamaste; la estás haciendo muy cardiaca. ¿De qué se trata?

—Sí, me tienes en ascuas.

—Los cité a todos porque tengo algo importante que decirles, y no podía a través del correo o del WhatsApp. Además, las paredes oyen.

—¡Y yo que me iba a traer el palo para selfies!

—Qué bueno que no lo hiciste, porque Aldo ya te lo hubiera metido en otra parte. Ja, ja, ja.

—Eso quisiera verlo.

—Como les decía, esto tengo que hablarlo con ustedes cara a cara.

— …

—Uno de ustedes rompió el pacto. No pudo mantener la boca cerrada y ahora alguien ya sabe de la existencia de la Zona Cero; y de seguro, del portal.

—A mí ni me mires.

—Yo menos.

—Jamás soltaría la sopa.

—No soy una soplona. A mí más que a nadie le conviene estar aquí.

—Pues aunque todos lo nieguen ahora, lamentablemente aquí, entre nosotros, hay un bocón que habló de más. Nuestro grupo quedó al descubierto y ténganlo por seguro, tarde o temprano darán con esta covacha. Pensé, ilusamente, que la amistad era nuestro mejor vínculo, pero creo que me equivoqué. No debí invitar nunca a este delator.

—O delatora. También ellas cuentan, ¿no?

—¿No estarás paranoico, güey?

—Todo indica que hay un intruso en la Zona Cero. Ustedes ya conocen las indicaciones de seguridad, no las voy a repetir.

—No quiero sembrar cizaña. Yo tengo mi muy personal idea de quién es el traidor, pero no voy a decir nada para evitar diferencias.

—Si te quedas callado todo está mejor, ¿no te das cuenta?

—Traidor o traidora, que quede claro.

—Déjenme hablar. Ya se dieron cuenta de que cuando nos perdemos durante más tiempo del calculado, eso pone en riesgo nuestra estancia; se presta a que sospechen por nuestra ausencia. Sobre todo ustedes, Felicia, Iris, y quizá tú, Hugo. Con Brandon no hay mucho problema, no lo tienen tan checado como a nosotros. La vez que volviste tarde a tu casa, tu mamá anduvo muy inquieta. Si poco le falta a la señora, y tú, dándole pretextos.

—Pero yo no dije ni una palabra.

—No digo que hayas dicho algo, sólo que tu mamá se dio cuenta y te anduvo buscando hasta pasada la medianoche, y alguien le dijo que te habían visto por estos rumbos. ¿Qué pudo haber pensado ella? Que estabas en una zona de adictos y alcohólicos, que no estabas aquí gratis, que en uno de esos departamentos quizás estabas tú drogándote.

—Pero jamás me he drogado, güey, no manches; ni siquiera conozco la dichosa cocaína o el cristal del que tanto se habla. Menos las otras drogas que usan.

—La mariguana sí la conoces, al menos la has olido en la prepa. No te hagas.

—Gracias a la bola de mariguanos que la fuman detrás de la palmera, en el corredor donde avientan los fierros los intendentes.

—La mariguana la conoce hasta mi abuelita, que se la unta para las reumas.

—Nada más que no se la fume.

—Yaaa, güey, pongan atención. Estoy hablando en serio. Felicia, creo que tu jefa puso a alguien a investigar y dieron con nuestro refugio.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque movieron algunas cosas. Las revolvieron. Son huellas de que estaban buscando algo, y al no encontrarlo, posiblemente regresen.

—Y, digo, no sé, ¿no habrá manera de mover el espejo hacia otro lado?

—¿De qué serviría, si aquí está quien nos echó de cabeza?

—Creo que lo mejor es que, quien haya sido, al menos tenga el valor de admitirlo.

—Aunque lo admitiera, ya nada arreglaría la situación.

—Es verdad. Si quedó al descubierto el portal de entrada, ya nada podemos hacer. Aunque uno de nosotros reconociera su imprudencia, no podremos ocultarlo.

—La única manera de que no den con él es destruirlo.

—¿Destruirlo?

—Sí, desaparecerlo. Al quebrarlo se cerrará la puerta de acceso y todo se terminará de una vez y para siempre.

—Pero no puedes hacer eso, Aldo. ¿Cómo se te ocurre?

—¡Estás loco, Aldo!

—Yo todo el día estoy pensando nada más en meterme en ese agujero. Estoy en la casa y pienso, estoy patinando y pienso, estoy en la cama mirando el techo y pienso. No se me sale de la cabeza el méndigo agujero.

—Creo que todos nos hicimos adictos a las pesadillas.

—No había caído en cuenta: es como una adicción que nos engancha más y más.

—Es que una pesadilla te hace sentir vivo de a de veras. Es como meterte en el pellejo de otra persona y vivir una vida que jamás podrías vivir en tus cinco sentidos.

—Es como ir al cine y meterte a la película.

—No, esto es mejor. O peor, como quieras verlo.

—Sí, es la oportunidad de vivir una vida paralela.

—La maldita necesidad de salir de nosotros mismos y largarnos hacia donde estén la aventura y el peligro.

—Ese universo que está ahí, encapsulado, es fascinante. Lo mismo es un puente hacia la fantasía, como a la locura.

—De fregadera no ha quedado nadie loco.

—Es una suerte, porque el corazón ha estado a punto de hacerse añicos muchas veces.

—A mí me lo han sacado de raíz varios monstruos que están detrás de las puertas del pasillo.

—Yo he sido descuartizada.

—Yo he visto lo que ojos humanos jamás verán: iglesias ardiendo junto con sus santos y Cristos, niños hambrientos devorando a sus hermanitos, enanos que cazan moscas a lengüetazos, mujeres que dan a luz tarántulas, perros con cabezas humanas, demonios con tridentes repletos de corazones de bebés.

—Estaría curado entrar con una cámara y grabar eso.

—Deberíamos intentarlo antes de que se cierre el portal.

—Ya les dije que no podemos llevar ningún aparato electrónico allá. Puede alterar la latitud de ubicación, cerraría la dimensión paralela del punto nodal, y podríamos perder el sitio. Quien estuviera adentro nunca regresaría a este mundo.

—¡Ay, gordo, te luces! ¿Quién se imaginaría que un nerd que se la pasa todo el santo día tragando, experto en videojuegos y en sacar ositos de peluche de las maquinitas tuviera tanto talento? Uta, nadie

daba un peso por ti, Aldo.

—Ey, ustedes, a Aldo me lo respetan, que es el gurú de este club. Él nos guía a través de las tinieblas.

—Abrázalo más para que sienta lo que es una mujer.

—A mí también dame un abracito así, no seas mala, Felicia.

—Yo te voy a regalar una cajota con donas Dutts y un vale Trague Todo de Bambinos Pizza para que te hartes de comer. Como no te gustan las mujeres, creo que es lo mejor para ti.

—Y tú mucho has de saber de mujeres, pinchi puñetero.

—Tienes talento. Si lo hubieras invertido bien, ya seríamos ricos como Steve Jobs. Así estaba él de jodido como tú.

—¿Entonces qué? ¿Se va a animar a dar un paso al frente el que reveló nuestro secreto?

Hugo

—Siento como si una enorme piedra estuviera flotando sobre mi cabeza y pudiera caer en cualquier momento y aplastarme. Te juro que siempre he andado con esta sensación.

—Yo, como si las olas de autos que pasan por las calles más transitadas me estuvieran invitando a arrojarme a su paso para que me atropellen. O como si en las azoteas de los edificios altos me estuvieran invitando a tirarme de cabeza al precipicio.

—No hay duda de que traemos mariposas dentro del cráneo.

—O moscas negras.

—Uta, entonces nosotros no necesitamos meternos ahí para tener pesadillas.

—Ya verás que no.

—A veces la realidad es más brutal que una pesadilla.

—Y eso que hay unas insoportables que volverían loca a una persona que no estuviera tan demente como nosotros.

—Es verdad. No cualquiera tendría los huevos para meterse en ese hoyo. Se necesita estar hecho de una madera especial.

—¿Tienes sed?

—No.

—¿Hambre?

—¿Me vas a invitar unos sushis?

—Pues unos sushis no pero unos burritos sí. Mira.

Extrajo de su mochila un paquete con burritos de carne machaca, una lata de coca cola y una bolsa de papas fritas.

—Estás bien surtido.

—Ahí está el Oxxo que no se raja.

—¡Te pasas, Hugo!

—Es mi proveedor oficial. Y eso que no les cobro patrocinio.

—Un día te van a cachar y te vas a ir derechito y sin escalas al penal.

—Espero que el día que caiga me lleves cigarros, siquiera.

—Claro, por algo somos amigos, ¿no? Oye, hablando del rey de Roma, ¿no traes un tabaco?

—¿Ya fumas?

—Nomás traigo el antojo.

—¿Pero sabes fumar, güey?

—Claro, para eso no se toma un curso. ¿O qué, tú aprendiste a fumar con Miss Margaret?

—Miss Tetas le decíamos nosotros.

—Ja, ja, ja.

—Así le puso Brandon.

—Tú has de haber sido, no te hagas.

—Y la vieja creo que ni siquiera se llama así, se llama Margarita, pero como Margaret suena más fifí, pues prefirió que le dijeran de ese modo.

—Es lo que no entiendo de la gente. Siempre haciéndose la importante, desesperada por llamar la atención.

—Se dice "poniéndole demasiada crema a sus tacos". Ten, es el último que me queda.

—Gracias.

—¿Tienes un cerillo?

—Te lo prendo.

—¡Ay, güey, no seas tan amable, ni te queda!

—Qué poco me conoces.

— …

Exhaló una serpiente de humo y se quedó con el cerillo encendido entre los dedos.

—No hagas eso, te vas a quemar.

La flama descendía lentamente hacia la yema de los dedos.

—¿Tú, qué tanto dolor eres capaz de aguantar?

—No sé, güey, pero tira eso, te vas a chamuscar los dedos.

—No pasa nada, yo sé domar el fuego.

Cuando el cerillo se carbonizó entre sus dedos, los abrió y éste se desplomó.

—Una tiene que aprender a dominar el dolor y el miedo —dijo, y soltó una sonrisa que la embelleció.

—Yo, por lo general, no le tengo miedo a nada.

—No lo creo.

—Déjame pensar.

—Quizás a mi jefe, que está necio en que me convierta en abogado, como él. Tiene todo acomodado para que su hijo mayor se encamine hacia ese destino. Y apuesta casi sobre su cadáver a que se

saldrá con la suya porque su padre, el padre de su padre y su retatarabuelo fueron abogados, así que un miserable como yo no va a romper esa maldita tradición familiar.

—Ja, ja, ja. Ya te imagino de traje y bien peinado. ¡Te morirías de vergüenza, no mames!

—Me preguntaste y te respondo, tratando de ser sincero. Y tú, ¿a qué le tienes miedo en la vida?

Le dio una profunda aspirada al cigarro y exhaló el humo con fuerza. La mirada se montó en la espiral y trató de fugarse con ella por el cristal de la ventana rota.

—A mi padre, que también es como el tuyo.

Trató de enganchar su mirada a la de Iris, pero ella no lo permitió.

—Con todo respeto, güey, no te creo.

—Quiere hacer lo que se le antoje con mi vida.

Tiró la colilla a un rincón.

—Pero ya no se saldrá con la suya. Pronto voy a cumplir los dieciocho y me largaré lo más lejos posible.

—No es para tanto. Sólo dile que no cumplirás sus antojos y que se aguante. No somos sus esclavos. Digo, si es cierto lo que dices.

Iris se hundió en su propio silencio. Hugo notó que hacía un gran esfuerzo por no llorar. Eso lo entristeció. Apuntó hacia el espejo y exclamó: —Por eso digo que ese mundo es mejor que éste. Y es como viajar al País de los Juguetes de Pinocho. Al menos puedes salir de las pesadillas en las que te metas. Y acá no.

Iris musitó algunas palabras, casi para sí: —A veces me gustaría quedarme adentro. No regresar. Pero siento que los metería en problemas a todos.

Hugo se levantó y se arrodilló frente a ella.

—Creo que la mayoría de nosotros no cabemos en esta realidad. Y parece que una fuerza misteriosa nos acabó reuniendo en este lugar. Hay algo que tenemos en común, no sé exactamente qué. Somos como extranjeros en la realidad. Y necesitamos un poco de esto, de esta realidad ilusoria para vivir.

Iris se sorprendió al escucharlo. Levantó la cabeza.

—Nunca te había oído hablar así.

—Porque no me conoces, Iris, y porque no me gusta andar tirando rollo como otros. He leído un poco por aquí y por allá y al fin de cuentas uno acaba aprendiendo algo.

Una lágrima descendió por su mejilla y la hizo sentir vulnerable. Nunca lo había estado frente a un muchacho de su edad.

—Perdóname, Iris. No quise hacerte sentir mal. Perdóname.

El cabello había caído sobre su ojo derecho y Hugo, venciendo su

temor al rechazo, con la mano lo subió a su lugar. Se acercó tanto a ella que sintió su respiración caliente.

Lo demás ocurrió de modo inesperado. Sus miradas aceptaron tácitamente su orfandad común, el pavoroso sentimiento de incomprensión que los embargaba, y se dejaron arrastrar por el impulso ciego de sus cuerpos que se besaron con dulzura.

De repente, una voz los sacó de su extravío. Felicia atravesaba el espejo a la vez que gritaba emocionada: —¡Por poquito estoy muerta!

Brandon

Felicia era una vergüenza para la familia. Se había empeñado en convertirse en la oveja negra y lo estaba logrando con creces. Su madre no cesaba de tomar tranquilizantes, pues ni la aromaterapia ni el Feng Shui le daban la paz que buscaba desesperadamente. Su padre prefería meter la cabeza en un agujero, como un avestruz, y marcharse a jugar golf con sus nuevos amigos en el Country Club. Por eso ahora que se encontraba orondo, tirado sobre su king-size mirando el techo, conjeturó que no se quedaría con los brazos cruzados y que acabaría de una buena vez con el origen del caos.

Como lo había aprendido bien en el curso que le hizo tomar su madre: el futuro se construye con acciones y no con palabras o buenas intenciones. Y él acataría ese mandamiento.

—Ya estuvo bueno. Aquí lo que se necesita es una mano firme que ponga a cada quien en su lugar —sentenció, mirándose al espejo.

Le gustaba su pinta: bíceps marcados por el ejercicio, los músculos de su cuello hinchándose, el pecho ensanchado, la grasa desapareciendo y sus brazos como tenazas de metal. Se miró a los ojos y pronunció en tono amenazante:

—Te estoy hablando a ti, idiota, no te hagas el sordo.

Observó un cabello sobre la playera ajustada y, con los dedos, se lo quitó de encima. Luego volvió a encarar a la imagen que le regresaba el espejo.

—Hace falta que alguien te dé una buena lección, aborto del diablo. Y yo te la voy a dar —aseveró empuñando las manos y simulando propinar un golpe hacia el rostro.

Su teléfono vibró, anunciando que recibía un nuevo mensaje. Fue hacia él y lo leyó. “No puedo. Mi jefe quiere que vaya con él al taller. Para la otra se hace.” Era Santiago. Tampoco él podría acompañarlo a ajustar cuentas con los darketos. Tendría que ir solo. Todos habían alegado compromisos de última hora, pero tal vez era un pretexto

para no estar en el ajuste que planeó con el propósito de alejarlos para siempre de Felicia. Y, por supuesto, ella también recibiría su dosis de disciplina.

—¡Cobardes! —renegó y aventó el teléfono al sillón—. Pero yo me basto solo para hacer esto. No necesito a nadie para hacerlos mierda. Especialmente a ti, murciélago.

Se puso un pants y unos tenis Nike blancos con líneas fosforescentes. Se golpeó cuatro o cinco veces con los puños sobre sus propias palmas para indicar que estaba listo. Tomó la pelota de hule pero olvidó agarrar el celular y salió de su habitación, donde aguardaban trofeos sobre un estante y de la pared colgaban dos carteles: uno de Mister Universe 2017 y otro de Hércules.

Subió al auto y se dirigió a la colonia Jardines del Edén, donde se alzaban los multifamiliares que en otra época tuvieron su tiempo de esplendor. Sabía que solían reunirse en el parque después de las cinco, los viernes o los sábados, justo en las bancas que se situaban frente al kiosco. Eran las cuatro, así que pensó que tendría tiempo suficiente para esperarlos en caso de que llegaran más temprano. Estacionó el auto en la esquina y buscó su iPhone, pero no lo encontró.

—¡Uta madre, se me olvidó en la casa!

Vino a su memoria el momento en que lo aventó hacia el sillón. Pensó que no tenía caso volver por él, porque en ese lapso sus presas podrían escapar. Tal vez llegaría el flaco de pelo largo que le parecía que tenía aspecto de vagabundo; o Hugo, el grafitero al que no le había bastado la lección que le dio en la escuela. Ahora endurecería sus métodos. No sería tan blando. Empuñó la pelota y empezó a ejercitarse con ella. Un par de puñetazos en la cara le enderezarían los dientes chuecos.

Al rato vio llegar a uno de ellos. Apagó el radio y se encendieron las luces del reloj digital. Eran las 17:17. Venía montando su patineta por la acera. Esquivó a una niña, a un adulto extraviado en su teléfono celular y deshizo un círculo de pichones que picoteaban trocitos de tortillas duras. Levantó su vehículo y se sentó en la banca. Esperó hasta las 17:45 pero no llegó nadie. Fue entonces cuando decidió enfilarse hacia el conjunto habitacional. Brian salió del auto y lo siguió a prudente distancia.

Sabía a qué sitio se dirigía, porque en otra ocasión le siguió los pasos a su hermana, sin que se diera cuenta. Esa vez llegó hasta un grupo de casas que acusaban los efectos del deterioro y la ruina, tenían tablas de madera en forma de equis sobre las ventanas, aunque a él le parecieron cruces para ahuyentar a los demonios. Cuando estaba a punto de tirar aquellas tablas, apareció Felicia detrás de otra

casa. Lo demás fue una discusión durante el camino de regreso. Y sus amenazas.

—No te quiero volver a ver por acá.

Ella no dijo una sola palabra. Volvió con el ceño fruncido pero sin protestar. Fue lo mejor, porque si no le hubiera volteado la cara a bofetadas. Sin embargo, ahora se trataba de ajustar cuentas con sus amigos. Amistades peligrosas según Brian. Gente sin oficio ni beneficio. Iba caminando detrás del greñudo y no desaprovecharía la oportunidad de darle una madriza en cuanto se internara en un área solitaria. No llegó Hugo pero éste daba lo mismo. Más tarde habría oportunidad de poner a cada uno en su lugar, incluso al gordito que tenía fama de cerebrito y a la mentada amiga de Felicia que tenía facha de darketa. Estos pensamientos recorrían el interior de su cabeza como hormigas negras. Y allí estaba en la mira su próxima víctima.

Lo dejó llegar hasta la casa señalada. Mientras bajaba las tablas, se acercó a unos cuantos metros de distancia y le reclamó:

—¿Ésta es la guarida de las cucarachas?

Brandon volteó y lo reconoció de inmediato. Lo vio aproximándose hacia donde él se encontraba. Tomó la patineta de un extremo, listo para defenderse en caso de que se le viniera encima. Sabía que su musculatura y prepotencia le habían otorgado fama entre los estudiantes de la preparatoria, pero él no estaba dispuesto a convertirse en su nueva víctima.

—¿Por qué no contestas? ¿Estás sordo o te comieron la lengua los ratones?

Brandon trató de evitar que Brian se diera cuenta de que aquella casa en ruinas era la Zona Cero, aunque al parecer era demasiado tarde. Se alejó de la ventana, dirigiéndose hacia el lado sur.

—Oye, ¿no vas a entrar? De seguro te están esperando los drogadictos con los que te juntas allá adentro. ¿Y sabes? Te voy a contar un secreto. Si siguen juntándose con mi hermana y siguen preocupando a mi familia, no me voy a tentar el corazón para hacerlos mierda y mandarlos derechito a la oscuridad que tanto les gusta.

—No te tengo miedo —respondió el otro—. Y quítate, que te apesta el hocico a puro Clorets.

Brian se molestó por el comentario, se sacó el chicle y trató de pegárselo en la cara, pero el otro logró esquivarlo y el chicle cayó.

—Pues ya deberías empezar a tenerlo, cabeza de cebolla. Además, tú apestas a sobaco de tu madre.

Brian lo quiso agarrar de la playera, pero Brandon dio un salto hacia un costado y lo evitó. Le tiró un puñetazo a la cara y apenas alcanzó a esquivarlo. Se le fue encima impulsado por su propio peso y

le manoteó la mejilla. Brandon le tiró un golpe a la cara que se perdió en el aire. Brian lo sujetó del brazo y lo atrajo hacia sí para tenerlo al alcance. El siguiente golpe se hundió en su abdomen y se fue de espaldas al suelo. La patineta cayó a un lado. Quiso tomarla pero Brian la pisó y no fue posible. La levantó e hizo la finta de que lo atacaría con ella. Brandon se cubrió la cabeza para recibir la embestida.

—Darte en la cabeza es lo que debería hacer para acabar de una buena vez con una plaga como tú.

Después lanzó la patineta con tanta fuerza, que se estrelló contra el muro de concreto y se le cayeron las ruedas traseras.

—¡Hijo de la chingada! —externó el otro, al tiempo que se lanzaba con furia contra él. Lo empujó y Brian apenas pudo contenerlo. Aprovechó su cercanía para partirle el labio inferior de un puñetazo que entró pleno en el rostro. La sangre saltó y le humedeció los nudillos. Brandon cayó de nuevo, y desde abajo lo miró con el impetuoso deseo de matarlo.

—No he acabado contigo, cucaracha —continuó diciendo, dispuesto a darle una golpiza. Brandon quiso levantarse pero su adversario lo cogió de la playera y le expresó burlesco, con su aliento a Clorets—: Ya me ensuciaste, mugroso.

Enseguida se limpió los nudillos con sangre en su ropa, haciendo un gesto de asco.

Brandon logró impactar su cabeza con una pequeña piedra que le abrió una herida. Brian se llevó las manos arriba y notó que, aunque la herida era pequeña, de ella manaba un chisguete de sangre que salpicó al otro. Luego se tocó la piel rasgada y un poco de sangre quedó en la yema de sus dedos. Trató de atrapar a Brandon pero éste dio unos pasos atrás y sólo pudo tocar su playera con la mano ensangrentada.

—¡Te vas a morir, ahora sí te vas a morir, aborto del diablo! —gritó.

Al no encontrar otro modo de evadirlo, Brandon brincó hacia el interior de la casa para refugiarse en ella. Brian decidió ir tras él. La herida en el cuero cabelludo era leve y podía atenderla posteriormente. Con las manos se impulsó para brincar por la ventana. Adentro la penumbra gobernaba el ambiente. Había muebles viejos y rotos, cajetillas de cigarros vacías, envases de plástico, envolturas de papas fritas, vasos de Maruchan; las paredes estaban grafiteadas con ostentosas placas. Olía a caca de roedor o tal vez de murciélago.

—Cómo no va a oler a mierda de murciélago si es la puta cueva de los murciélagos —asintió para sí mismo.

Caminó entre la basura y los objetos esparcidos en el suelo. Tuvo cuidado de no pisar una tabla con clavos. Revisó la primera habitación y no halló a nadie. Con cuidado se asomó al cuarto que olía escandalosamente a orín, donde un escusado se hallaba en condiciones deplorables. Escupió y siguió adelante. No quería que el otro lo sorprendiera con un tablazo en la nuca. Le ardía la piel rasgada y en ese momento un pensamiento criminal cruzó su mente. Sería fácil terminar con él y dejarlo ahí. Levantó una tabla con un clavo grande en el extremo y la aferró entre sus manos. Parecería un pleito entre ellos, o alguna pelea contra algún vicioso de los que abundaban por esos lares. Nadie lo había visto llegar, y ahora que caería la noche, no sería difícil arroparse en las sombras para escapar. La sola posibilidad lo envalentonó.

—¿Dónde andas, cucaracha de drenaje?

Un grillo le dio respuesta. Cuando el insecto se calló, un silencio expectante, que se podía rasgar con el propio clavo que llevaba en la punta de aquel madero, se extendió. Empujó la única puerta que quedaba sin revisar y entró con sigilo. La oscuridad era más densa pero alcanzó a ver la sombra de alguien que se desplazaba por la pared, detrás de un ropero. Era Brandon. Quién más podría ser.

Dio unos pasos hacia adelante, empuñando la improvisada arma.

—Llegó tu hora, inútil. Te vas a arrepentir por lo que me hiciste. ¿Pensabas que no me la ibas a pagar? ¡Primero muerto!

Avanzó hacia el ropero mientras el otro trataba de alejarse. Lo vio acercándose hacia la esquina, donde un espejo colgaba de la pared. Lo perdió de vista durante un momento, porque la altura del ropero le obstruyó, y pudo distinguir que —aunque sus ojos apenas daban crédito a lo que veían— entraba en un hoyo de aquella pared no sin antes erguir el dedo medio y hacerle una señal ofensiva. Claro que lo vio y trató de correr entre los objetos tirados en el suelo. Grande fue su sorpresa al darse cuenta de que no existía cavidad alguna, solamente se hallaba el viejo espejo ahí y por él se escapó Brandon. ¿Era una broma, un truco? Temeroso, lo tocó con los dedos y notó que éstos desaparecían al atravesar la frontera de cristal, que materialmente parecía no existir, porque podía atravesarla como si no fuera de ese material. Introdujo el brazo completo y lo volvió a sacar. Decidió ir por él; sin embargo, al querer introducir la tabla el espejo la rechazó. Si quería atraparlo para darle su merecido tendría que atravesar aquel espejo sin nada en las manos. También soltó la pelota. Se tocó la herida (que sentía que le palpitaba) y no lo dudó más, entraría al mismo infierno para despedazarle la cara a puñetazos a ese malnacido.

Brian

En cuanto ingresó a la entraña del espejo, Brandon aguardó cerca de la puerta que daba acceso al pasillo de las pesadillas, esperando que su perseguidor se marchara. Grande fue su asombro al percatarse de que éste trataba de entrar al portal. Llevaba el tablón con clavo pero el metal provocaba chispas en la superficie del espejo y lo rechazaba. Tuvo que deshacerse de él para poder atravesarlo. En ese momento abrió la puerta del pasillo central y decidió refugiarse momentáneamente en alguna de las puertas oníricas.

Brian logró poner un pie en aquel extraño sitio y alcanzó a vislumbrar una sombra cerrando la puerta de madera. El deseo de cobrar venganza minimizó la inquietud que le provocaba ese lugar. Parecía una cabina de forma poliédrica que desembocaba en una puerta tétrica. La luz mortecina que se derramaba desde los vértices del techo le permitió distinguir una multitud de rostros demoniacos: gárgolas, grifos, brujas, ogros, quimeras, cíclopes, centauros, medusas, dragones, cancerberos, hidras, sirenas, esfinges, basiliscos, demonios, arpías. Estaban esculpidas con una maestría tan notable que temió que de un momento a otro le lanzaran un mordisco o le enterraran las garras. Con cuidado, apretó la manija y le dio vuelta.

—¿Qué es esto? —se preguntó en voz alta, al contemplar el larguísimo pasillo cuyo fin no se alcanzaba a percibir—. ¡Hijo de la chingada! —exclamó al no encontrar a Brandon.

Tenía que buscarlo detrás de alguna de aquellas puertas. Se paró frente a la primera, que tenía la imagen de una niña estampada en el frente. Miró la segunda, con la imagen de un rayo. Luego la siguiente, donde un león abriendo el hocico daba la bienvenida. Un impulso desconocido le animó a abrir esa puerta. En su interior había un templo antiguo. Le echó una ojeada y al no localizar a su adversario prefirió dar la vuelta para buscarlo en otra puerta, pero de repente le pareció identificar su silueta al fondo del templo, detrás de un pilar.

Sonrió.

—¡Estás muerto, apestoso!

Leones de piedra eran los vigías que custodiaban el recinto. Serpientes de piedra labradas en las columnas se hallaban en posición de ataque. El suelo estaba cubierto por una alfombra de piel de cocodrilo. Una hermosa joven apareció de pronto a su espalda y le advirtió:

—¡Sal de inmediato!

La miró de cuerpo entero y observó su hermosa simetría y su rostro de diosa griega, de una belleza abrumadora.

—¿Por qué?

—Porque estás justo en la boca del lobo. Y si te demoras unos minutos más, te arrepentirás de hacer caso omiso a mis palabras.

—No sé quién seas, muchacha, pero sería bueno que bajaras el tono. Ando buscando a un idiota que se metió aquí y está allá, escondiéndose tras esas columnas.

Ella volteó hacia el punto indicado y respondió:

—No, estás equivocado. Es una sombra.

—A mí no me engaña, ya verá ese mugroso quién soy.

—No entres. Es la última vez que te lo digo. Aquí nada es lo que parece.

Brian avanzó unos metros y un sonido suave lo hizo girar el cuello. En el suelo yacía el vestido oscuro que llevaba puesto la bella joven, y por la parte del cuello se asomaba una tarántula enorme que se aproximaba hacia él. Apuró el paso, avanzando por la alfombra verde, y llegó hasta la entrada del templo. El arácnido se quedó quieto, moviendo los colmillos.

—¡Sabía que te iba a agarrar! —dijo, sonriente, al ver aquella sombra. Ésta dio dos pasos al frente y al quedar iluminada Brian notó, sorprendido, que no era la sombra de Brandon: era una sombra tal cual, con vida propia. Sintió el miedo como un ciempiés recorriendo por su espalda y pisando sus poros con sus patas afiladas.

—No te asustes —dijo la sombra con voz neutral, mientras llevaba en su mano derecha un pájaro de plumas tornasoladas—. Esto apenas comienza.

—¿Miedo yo? Me da risa. ¡Por favor! —fanfarroneó poniendo las manos en jarras.

—Tu voz está desarraigada del temblor de tus huesos — musitó la sombra—. No soportarías un examen de Miedo aquí.

—No sé qué tontería tratas de decirme pero no vengo a hacer ningún examen. Vine a buscar a alguien que se está escondiendo de mí. Me voy.

—Tú no saldrás hasta que admitas tu propia cobardía.

—¿Qué estupidez estás diciendo? Claro que me largo.

—Deberías tener mejor control de tus impulsos, querido —aconsejó la sombra, que acariciaba al pájaro, acicalando su plumaje.

Enfiló hacia la puerta pero en ese instante la que parecía la rama de un árbol se movió junto con otras más y al levantar la barbilla se dio cuenta de que era la tarántula, ahora convertida en un monstruoso insecto. Corrió hacia el sitio que ocupaba la sombra.

—No puede ser —musitó alejándose de los colmillos descomunales.

En ese instante sintió que le colocaban un objeto frío en el cuello. Se llevó las manos arriba y trató que quitárselo, pero estaba herméticamente cerrado. Era un collar de fierro que tenía una cadena de dos metros de longitud, y al final de esa cadena se encontraba la sombra empuñando el mango.

—¿Qué pasa? —reclamó enojado, pero la sombra jaló la cadena y su cuello resintió la presión.

—Cierra la maldita boca y aprende. Aunque te deberías sacar los ojos para que no veas el espectáculo que vas a contemplar.

Lo llevó casi a rastras hasta un salón donde una cabeza de león en la pared le lanzó un rugido que vibró en sus huesos. Sobre el piso se erguían lanzas que sostenían las cabezas decapitadas de sus enemigos: Brandon, Iris, Aldo y Hugo. Se acercó y pudo observarlas inertes en un gesto de infinito dolor. De repente escuchó una voz que le resultó conocida:

—Brian.

Volteó y casi se infartó al darse cuenta que era la cabeza de su hermana Felicia, cautiva dentro de una jaula que colgaba del techo.

—Espero que ahora sí estés contento —musitó, mirándolo fijamente.

Él no daba crédito a lo que sus ojos veían. Lágrimas mojaron sus mejillas. Con el dorso las borró.

Sintió el jalón de la cadena y tuvo que abandonar el salón para ser conducido hasta otro, donde había una réplica de la sala de su hogar. Allí se encontraban sus padres. Hablaban:

—Soy tan feliz.

—Yo también soy muy muy feliz.

—Tal vez, pero no tan feliz como yo, mi vida.

—Soy infinitamente feliz.

—Infinitamente pero no logras alcanzarme.

—Es que no tienes idea de lo feliz que soy. Es inexpresable en palabras.

—No, no has entendido, cariño. La que es más feliz soy yo.

—No quisiera contradecirte, pero no tienes ni la más remota idea de la dimensión de mi felicidad.

—Sería mejor que cerraras la boca y admitas que mi felicidad es notablemente superior a la tuya.

—¿Por qué tienes la costumbre de no callarte a tiempo? Si alguien es feliz en este mundo, ése soy yo.

—¡Jamás, escúchalo bien: jamás serás más feliz que yo! Primero tendrías que pasar sobre mi cadáver.

—Pues pasaré porque definitivamente soy más feliz que tú.

—¡Muérete, infeliz!

—¡Púdrete, maldita!

Se lanzaron el uno contra el otro y empezaron a destrozarse el rostro. Con las uñas ella le arrancó parte de la mejilla izquierda, y él le cortó una oreja. Rabiosamente se fueron despojando de la piel, de los músculos, de los cartílagos, los ojos, los labios, la lengua de uno y otro hasta que los rostros de ambos quedaron deshechos.

Brian gritaba para detenerlos, pero sus gritos eran en vano. No los escuchaban o no les daban la menor importancia. Debajo de su piel, de su masa muscular, de sus venas y de su sangre apareció la risueña carita feliz que escondían. Una carita feliz perversa y maliciosa que dejaba escapar una sonrisa macabra.

La cadena le jaló de nuevo el pescuezo y lo llevó hasta la habitación de un hotel, donde la puerta se hallaba abierta y dejaba ver un resquicio.

—Alguien te espera. Pasa —señaló la sombra.

Entró, titubeante, sin sospechar qué encontraría en aquel cuarto que olía a carne putrefacta. Pudo ver que sobre la cama había alguien acostado, cubierto por el cobertor. Lo jaló y su mirada se congeló al contemplar un cuerpo desnudo con, al menos, diez heridas propinadas con arma blanca en diferentes zonas. La sangre se había derramado hacia el colchón blanco, que lo absorbió, sediento. No lo quiso reconocer en un primer momento, pero tras dudarlo, fue hacia el cadáver y lo volteó. ¡Era Dayra, su novia! La abrazó y se dejó llevar por el llanto. A un costado de la almohada vio su navaja. Soltó el cuerpo, y señalándola con el índice, preguntó:

—¿Cómo, cómo sucedió? ¿Quién hizo esto? —interrogó a la sombra.

—Fuiste tú, querido. Te lo dije: no sabes controlar tus impulsos.

—¿Yo?

—Tu odio es un arma mortal. Y eso es bueno para nosotros. Necesitamos gente como tú, hecha de una madera especial.

—¿Y ella? —protestó Brian apuntando a Dayra.

—Déjala en paz. Que su alma se largue a donde se le pegue la gana. Como ella hay una multitud que te espera en el país de las sombras.

—¿De qué maldito país me hablas?

La sombra soltó unas carcajadas.

—De aquel al que perteneces y al que pertenecemos — exclamó a la vez que le torció el cuello al pájaro que llevaba entre sus manos y lo arrojó contra la pared.

—…

—¿Ves qué fácil es matar? Éste es el principio de una carrera afortunada. No lo pienses demasiado. Sólo debes demostrar que tienes las agallas suficientes para matar al cobarde que te habita. Toma esa navaja y sácate de raíz el corazón.

La sombra se despojó del manto negro que la cubría como una malla impenetrable y reveló su identidad: era él mismo.

Brian tomó la navaja, aún húmeda por la sangre, la empuñó, echó un vistazo a su pecho, la llevó hacia arriba para tomar impulso y, mordiéndose los labios, la dirigió al sitio donde calculó latía nervioso su corazón.

Brandon

La búsqueda empezó esa misma noche. Alarmada por su ausencia, Mercedes de Jesús despertó a su esposo, Alfredo, para informarle de la situación. No quería hacerlo pero la preocupación la inquietó tanto que comenzó a morderse las uñas como antaño.

—Ha de andar con sus amigos. No pasa nada. Duérmete, mujer —opinó y se dio vuelta en la cama.

Ella se quedó pensando que, efectivamente, ya era un hombre y quizás andaría por algún bar vagando en compañía de sus amigos. Los muchachos de esta época exprimían las horas nocturnas para sacarles jugo. Convenía aguardar un poco más. No pudo dormir y decidió esperarlo en la sala. Se preparó un té verde y colocó su teléfono celular a un costado para ver la hora.

Pero fue en vano. La noche se alejó de la ventana y la luz del sol se escurrió sobre ella. Fue el calor solar quien la despertó. Rápido se dirigió a la recámara de su hijo para constatar su arribo. Sospechó que ya habría llegado pero que no quiso anunciarlo para que ella, su madre, no se diera cuenta de la hora exacta. Encontró la cama impecablemente tendida. No durmió ahí, no quedaba la menor duda, aunque no era su costumbre dormir fuera de casa. No al menos hasta ahora. De inmediato trató de localizar los números telefónicos de sus amigos e hizo las llamadas correspondientes. Nada. No lo habían visto, no salieron a ningún sitio, desde hace uno o dos días no se veían.

Llamó a la Seguridad Pública Municipal, a la Cruz Roja, a Tránsito y Vialidad, a la Policía Ministerial. Pensaba que tal vez había sido detenido y estaba recluido en la cárcel preventiva. A pesar de todo, esa posibilidad no era tan mala a medida que pasaba el tiempo y no daban con su paradero. Felicia se sumó a la búsqueda por su propia cuenta. Llamó a Hugo: —¿Has visto a Brian?

—¡Ni Dios lo quiera, porque si lo veo no me voy a quedar con los brazos cruzados!

—Por eso te pregunto, güey. Te estoy hablando en serio. No vino a casa anoche y mi madre está desesperada buscándolo hasta debajo de las piedras.

—No, no lo he visto. Te estoy diciendo la neta.

—¿No sabes si los demás lo habrán visto?

—Apenas estoy llamándolos. Si quieres le mando un mensaje a Brandon o a Aldo.

—Yo tengo a Aldo en el WhatsApp, yo le hablo.

No hubo respuesta favorable. Nadie lo vio. Brandon prefirió callar lo que había ocurrido para que no lo involucraran en su desaparición, pero se preocupó bastante al admitir que su riña con Brian había desembocado quizás en una tragedia.

Esa misma tarde, cuando salió de aquel escondrijo que era un pantano infestado de sanguijuelas y serpientes, y pudo librarse de la persecución de Brian, llevaba tanta prisa que ni siquiera pensó en recoger la patineta. Caminó entre los edificios abandonados y regresó a casa de su abuela.

—¿Y eso? ¿Qué traes, chamaco? Parece que te anda persiguiendo el diablo.

—Casi, casi, amá.

—No completé para comprar la medicina. Mañana quiero que vayas con doña Silvia y le empeñes el horno ese que nomás sirve para calentar agua.

Brandon miró el horno de microondas que estaba al lado del refrigerador. Poco a poco la casa iba perdiendo los enseres domésticos o los muebles porque los diversos apremios obligaban a la abuela a deshacerse de ellos a cambio de préstamos que nunca podía liquidar.

—Está bien.

—Y a ver cuándo te consigues un trabajo. Ya estoy muy vieja para cargar con esta cruz sola.

—Ya va a empezar otra vez, amá.

—¿Y qué quieres, que me quede con la boca cerrada y no diga nada? Estás buenisano como para trabajar lavando carros o como repartidor. ¿Se te hace justo verme así, con estas piernas que parecen hilachas, y tú muy quitado de la pena?

—Pos no, pero no me presione. Un día de éstos le traigo dinero para que se alivie.

Se refugió en su cuarto, escondió la playera detrás del ropero, se acostó sobre su cama en la que los resortes se encajaban libremente en su espalda y se quedó contemplando el techo agrietado, mientras se

preguntaba qué habría ocurrido con Brian. ¿Encontró la ruta de regreso a la realidad o se quedó varado en alguna de aquellas puertas? Si logró regresar debería andar con cuidado, porque él procuraría cobrar venganza. Y si no salió, era peor. De alguna manera era responsable de su ausencia.

Fue al día siguiente cuando se confirmó la virtual desaparición de Brian, su adversario. Hugo le comentó que la policía ya lo andaba buscando y que estaban entrevistando a las personas que tenían o habían tenido contacto con él. En algún momento darían con la Zona Cero. Le vino a la mente su patineta.

—¡Uta!

Debería ir por ella, tal vez todavía estaba tirada allá. No convenía que lo incriminaran si algo malo había ocurrido. Esa misma tarde iría a buscarla solo.

—Yo tuve una bronca con ese güey y la verdad sí me daría gusto que le pasara algo malo, por cabrón. Ojalá se lo haya tragado la tierra —le externó con franqueza Hugo.

—A mí también me traía frito, él y sus amigos, esa bola de lamehuevos que siempre lo seguían —agregó Brandon.

—Pues aunque merece que le caiga un rayo en la cabeza, creo que hasta Felicia resentiría que le pasara algo malo.

—Creo que lo lamentaría más por ella que por ese imbécil.

Entre seis y siete de la tarde llegó a la Zona Cero y no encontró nada. Su patineta había desaparecido. Seguro algún niño o adolescente se la había llevado. O un vendedor de fierro que le arrancaría las partes de metal. “Ojalá”, pensó. Por allí se la pasaban tres niños jugando fut o quebrando ventanas a pedradas con sus tiradores. Miró la ventana abierta y las tablas regadas en el suelo. No se atrevió a entrar. Por ahora era mejor cobrar distancia de aquella guarida. O marcharse de la ciudad. El momento de partir había sonado. Tijuana podría ser su destino. Era hora de ajustar cuentas con su pasado. Desde el edificio cuatro unos ojos arratonados lo veían.

El auto de Brian brindó la pista. Los agentes Tavo Morales y Cecilio Soto recibieron instrucciones directas del señor Cabrera (y una jugosa compensación si lograban dar con el paradero de su hijo), y de inmediato pusieron manos a la obra. Acudieron a sus soplones ordinarios y dejaron un billete de alta denominación en manos de aquellos que podían ofrecer información valiosa. Era propio de su estilo de investigación. Nada nuevo bajo el sol. Un adolescente aterrorizado por las bofetadas que le propinaron dijo que vio a un

patineto entrando a la zona de departamentos vacíos y que allá peleó con un muchacho bien mamado que tenía el pelo a rape.

Cecilio le dio otra bofetada —cariñosa—, un billete de 50 pesos y un consejo: —Está bien. Cómprate una hamburguesa y no le digas a nadie que hablaste con nosotros porque entonces sí nos vas a conocer, mugroso.

El chico cogió el billete y desapareció por arte de magia.

Fueron hasta la zona indicada y la examinaron. Había tanta basura que era difícil distinguir ahí las huellas de una riña. Entraron a los edificios en ruinas y tres o cuatro individuos alcanzaron a escapar, arrojándose por las ventanas. Lograron pescar a otros cuatro que no sabían nada. Solamente algunos cuantos nombres de los huéspedes temporales o permanentes de aquellas covachas. Y ni los golpes en la cara y el estómago los convencieron de facilitar un poco de más información o de admitir alguna responsabilidad.

Patearon la puerta del departamento del fondo, en la tercera planta, y encontraron a un sujeto inhalando cristal de metanfetamina. Estaba tan drogado que apenas pudo ponerse en pie para tratar de huir. Escondió el foco donde depositaba los cristales, pero con tal torpeza que se le quebró en el movimiento.

—¿Eres el Fumigado? —inquirió Tavo.

—Para servir a Dios y a usted, jefe. *Whats up?* —respondió el joven de edad indefinida, que se distinguía por la larga cabellera con rastas y sus ojillos de roedor.

Cecilio se acercó a la ventana y echó un vistazo al exterior. Tenía una buena panorámica de las llamadas áreas verdes y de las casas de una planta que colindaban con los muros coronados de botellas rotas.

—Desde aquí puedes ver todo.

El Fumigado juntaba los pedacitos de cristal, haciendo un mohín de molestia.

—¡Te estoy hablando, escoria! —le gritó dirigiéndose a él.

—¿Eh? ¡Ah! ¿Me hablaba a mí?

—Tú eres el único que vive en este basurero. ¿Viste algo raro?

—¿Como qué?

—Una pelea, un levantón, un asalto.

Se rascó la cabeza —tal vez infestada de piojos— y respiró hondo antes de contestar: —No.

Cecilio lo tomó de la playera y lo levantó para aventarlo contra la pared descarapelada.

—No vine a tomarme un café contigo, hediondo. No te tomes todo el maldito tiempo del mundo.

—Mira esto, Chilo —comentó Tavo, a la vez que levantaba una

patineta sin llantas.

—Encontramos el Santo Grial.

—O el arma homicida.

Arrinconaron al adicto y le levantaron la barbilla con violencia.

—Tú fuiste el que peleó contra el mamado, ¿verdad? Y te estás haciendo el disimulado.

—No, yo no peleé con nadie.

—Y esta méndiga patineta de dónde la sacaste. ¿Me quieres tomar el pelo, a mí, que se me está cayendo a puños?

—¿Qué? ¡Ah, la patineta!

Lo agarraron de la cabellera y la jalaron hacia atrás, al tiempo que Tavo le soltó un puñetazo en la boca del estómago.

—¡Ouuuugggh! *Sorry*, *sorry*.

—Ahorita se te va a aflojar la lengua, jipi mugroso.

—¡No, no, noooooooo! *Stop*, *stop*. Les diré todo. Nomás no me madreen.

Cecilio hizo una seña al otro policía para que se detuviera.

—Hace dos días yo estaba poniéndole al foco, cuando escuché ruidos afuera. Me asomé y vi a dos batos peleando. El flaco, que traía una patineta, era jaloneado por el otro, que era bestia de gimnasio porque se veía medio gorila. Discutían y se decían cosas que no alcanzaba a oír bien hasta que el gorila le aventó la patineta contra la pared y la desconchinfló. Entonces el flaco se enchiló, agarró una piedra y le pegó en la cabeza y creo que hasta le sacó sangre, porque el otro se le fue encima, y para que no lo agarrara se metió a la casa que tenía la ventana abierta, tratando de escapar. Y ahí les perdí la pista. Nomás me fijé que dejaron la patineta. Me esperé un buen rato hasta que noté que el flaco salió en chinga de la casa y se fue sin recoger la patineta. Se le olvidó del susto al bato.

—¿No serías tú el que peleaste? ¿No lo habrás matado y enterrado por ahí?

—No'mbre, oiga, si no me animo ni a matar una cucaracha, y eso que aquí abundan, menos me voy a andar animando a matar un cristiano.

—¿Los conocías?

—No.

—¿Los habías visto por aquí antes?

—Al flaco lo vi una o dos veces merodeando esa casa, pero ni siquiera parecía foquemón. Se juntaba con otros pero la neta ni siquiera me fijé bien cómo eran. Es que tengo poco que me cambié a este depa. Antes estaba en el edificio tres pero unas doñas se pusieron bravas y nos corrieron a todos.

—Volvamos un poco para atrás: ¿cómo era ese mentado flaco?

—Pues flaco. No tan flaco como un foquemón pero sí era delgado. Greñudo pero no tanto como yo. Traía una playera negra con una calavera aquí.

—¿Sabes cómo se llamaba?

—No.

—Dale.

—¡Noooooo, no me pegue! Le estoy diciendo la verdad. No sé cómo se llama. Ni modo que les invente un nombre.

—¿Venían mujeres?

—Dos.

Los policías se miraron entre sí. Cecilio extrajo una foto y se la mostró.

—¿Ella era una de las que viste?

—Sí.

Tavo fue por la patineta sin ruedas traseras y la revisó. Tenía un garabato que parecía una firma.

—¿Sabes leer estas pinches letras?

—Más o menos.

—¿Qué dice?

—Brandón.

—¿Brandón?

—Sí. O Brandon, sepa cómo se pronuncia.

—Está bien. Vamos a echar un vistazo allá abajo. Y tú no te vas a mover de este cuchitril en las próximas semanas. Si te vas, te prometo que te buscaremos hasta debajo de las piedras y te encontraremos. Entonces te vas a arrepentir de no habernos hecho caso.

—Orraid, orraid. Me quedo aquí como si me hubieran echado pegamento en los pies. No me muevo. No hay pedo.

—Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

—Robert Redfor Martínez, para servir a Dios y a usted, mi jefe.

—¡Ah, pá nombrecito!

—Así me puso mi jefecito, que en paz descanse.

Tavo y Cecilio

Tavo se revisó la escuadra antes de internarse en aquella casa abandonada. El muro se hallaba grafiteado con tantas firmas —unas encima de otras— que era difícil distinguirlas individualmente. De un brinco intentó entrar por la ventana, pero no pudo hacerlo.

—Tengo que bajarle a los tacos de birria.

—Y al menudo. O a la cheve.

—¡Ni lo sueñes!

Colocaron un bloque gris para que funcionara como escalón y así lograron meterse. Un pichón que salió volando por encima de sus cabezas los espantó.

—¿Quién demonios vivirá en este mugrero? Ve nomás, pareja.

—Los jipis esos, enganchados al cristal.

Era el mismo escenario ya conocido.

—Fíjate que aquí no está tan hediondo como allá.

—Es que este lugar no es cagadero.

—Tampoco parece un lugar para quemar cristal.

—Es cierto.

—Revisa por allá, yo voy a echarle un ojo a este cuarto. ¡Uta, cómo apesta a meados!

Usando el teléfono celular como lámpara, Tavo se dio a la tarea de examinar otra habitación. No encontró nada de interés.

Escuchó un chiflido.

—Pareja, venga pa'cá.

Entró a la última pieza. Un haz de luz husmeaba desde la parte superior de la ventana. En una esquina aguardaba, sobre una pata, un flamenco de yeso; en otra, una silla de tres patas, y a su lado, un cojín sucio.

—Ve nomás lo que me hallé.

Cecilio se había puesto unos guantes para no dejar sus huellas sobre aquel objeto.

—¿Una pelota?

—Son las que usan los mamados para hacer ejercicio cuando no van al gimnasio. Y ya ves lo que dijo don Alfredo, que su chamaco era animal de gimnasio. Podría ser de él.

—Entonces nos sacamos la lotería, Chilo.

Guardó la pelota en una bolsa de plástico y la metió en un bolsillo de su saco.

—Aquí estuvo. Aunque el jipi dice que nunca lo vio salir. ¿Habrá algún sótano?

—Lo dudo, pero busquemos. En este cuarto se reunían. Hay muchas colillas y latas vacías.

Después de unos minutos, no dieron con sótano alguno. Tavo se detuvo al pasar frente al espejo mohoso, y al verse reflejado, exclamó: —¡Tengo una pinta de asesino en serie que apenas puedo con ella!

—Los espejos y los borrachos siempre dicen la verdad, pareja —agregó el otro.

Salieron al no hallar más indicios de la estancia de los dos implicados en la riña.

—¡Sobre el monigote!

—¡Arre, Lulú!

Desde la ventana, el Fumigado los miraba con desdén.

—Ojetes —sentenció.

Los tres niños que solían jugar en el parque vieron a los policías salir de la casa con las ventanas tapiadas. El más pequeño le apuntó con el tirador a la cabeza de uno de ellos, pero el mayor alcanzó a darse cuenta de lo que quería hacer y le gritó: —¡Épale, güey, no le vayas a tirar, porque luego nos meten al bote!

El otro cambió la dirección del tirador y le tiró al pichón que se posaba sobre las botellas quebradas de la barda, pero la piedra le pasó zumbando por la cabecita calva.

Le dio el último trago a la botella de soda y la lanzó al aire para propinarle una patada antes de que tocara el suelo. Ya eran las once de la noche y la misma luna empezaba a bostezar. Su abuela ya estaría roncando a pierna suelta. Menos mal, así no lo fastidiaría como era su costumbre. Empujó la puerta evitando hacer ruido, se quitó los tenis y los aventó hacia el sitio donde se situaba el televisor, cuando de pronto escuchó una voz grave que le hablaba: —Buenas noches, Brandon.

Se sorprendió y en actitud de alerta volteó a los lados. Divisó en la penumbra a dos hombres parados que llevaban traje mientras le

apuntaban con un arma.

—¿Qué pasa, quiénes son ustedes?

—Mira, bonito, aquí las preguntas las hacemos nosotros.

—Siéntate.

—Mi abuela…

—Déjala en paz, ella está bien allá en su cuarto, acostadita.

—¡Jijosdesu…! —alcanzó a escuchar la voz desgañitada de la anciana.

—Vamos al grano. ¿Dónde está este muchacho Brian Cabrera?

—No sé. ¿Por qué habría de saberlo?

—Mira, no le hagas al machito porque no te la vas a acabar. Más vale que cooperes si no quieres salir raspado.

—Te voy a decir algo, Brandon. Te llamas Brandon, ¿verdad? ¡Qué nombrecito tan mamón! Te voy a decir algo: no lo hagas enojar, porque cuando Cecilio se enoja, es capaz de matar a su santa madre, así que ¡qué no será capaz de hacer contigo! Es mejor que empieces a juntar los alambres que tienes aquí adentro y que recuerdes dónde chingados está Brian. Es por tu bien.

—No sé. No sé dónde está.

—¿Es tu amigo? ¿O debo preguntarte mejor *era tu amigo*?

—No es ni era mi amigo.

—Mira, muchacho, no te pongas difícil. No quiero regresar a mi casa con dolor en los nudillos.

Tavo le dio una bofetada que le enrojeció la mejilla ipso facto.

—¿Ya recordaste dónde está Brian?

—¡Aaaagh!

—Hay que sacarlo a terreno para que se acuerde.

—No te la quieras dar de macizo, greñudo, porque no te la vas a acabar.

—¿Dónde quedó el cuerpo?

—No sé de qué habla.

Cecilio le lanzó una playera negra al rostro. Brandon la reconoció: era la que llevaba puesta cuando peleó contra Brian. Esos tipos la habían encontrado.

—¿Lo vas a negar ahora? Tiene manchas de sangre. No son tuyas, supongo, ¿o te bajó la regla?

—No te hagas como que la Virgen te habla. Tú peleaste con Brian en Jardines del Edén, donde están las últimas casas. Tenemos pruebas: tu fregada patineta y esta ropa. Vete despidiendo de tu abuela, porque dudo que la vuelvas a ver viva para cuando salgas de la cárcel.

—Más vale que vayas aflojando, porque si no, te vamos a dar una probadita de nuestro mejor método de investigación. Y si nos haces

empezar, no nos vas a detener.

—¿Por qué será tan necia la juventud de ahora, pareja?

—Por las drogas, por qué más puede ser.

—No, no es eso nomás. Es la tele, los teléfonos celulares, las escuelas donde no hay disciplina, las casas donde no los ponen en paz.

—Como la viejita. ¿Cómo va a controlar a un bueno pa' nada como éste, si no puede ni caminar?

—¿Qué le hicieron a mi amá?

—Nada, nada le hicimos. Unas cachetadas domingueras no le hacen daño a nadie.

—¡Malditos!

—Cállese el hocico. Más respeto, que no somos iguales.

—Y jálele, que no tenemos toda la noche.

—Ahorita vamos a averiguar qué hiciste con el cuerpo. Vas a ver.

Lo levantaron con energía. Tavo le colocó las esposas para inmovilizarlo.

—Vas a ver cómo sí se te va a refrescar la memoria.

—Y de ahí te irás derechito a la Grande, papito; ahí sí vas a conocer a Dios en tierra de indios.

—Te vas a hacer hombre, a ver si eres tan hombrecito.

La mirada de Brandon se endureció como una piedra.

Aldo, Iris y Hugo

—Detuvieron a Brandon.

—¿Por qué?

—¿Traes un cigarro, güey?

—El último.

—Ni te imaginas por qué. Lo culpan de la desaparición de Brian.

—¡No mames!

—Lo pasaron al penal y creo que tienen pruebas de que está metido en el asunto.

—¿Neta, güey? ¿Estás seguro?

—Es lo que me platicó su abuela. Apenas se mueve, la pobre, y ha estado dando vueltas tratando de arreglar su situación legal.

—No puede ser. ¿Por qué iba a desaparecerlo?

—No sé, pero tú sabes que Brian no es una blanca paloma. Siempre estaba jodiendo a los muchachos.

—La neta sí merecía que le dieran una buena lección, pero tanto así como desaparecerlo, me parece exagerado.

—¡Y luego Brandon! Está bien flacucho como para someter a Brian. Si hubiera querido, lo aplasta como a una mosca.

—Pues si fue él, dudo que lo haya hecho a mano limpia.

—Ponle que lo madreara con un palo, con una navaja, pero de eso a desaparecerlo… como que no tiene mucha lógica.

—Es cierto.

—Pelearon afuera de la Zona Cero, no sé de qué manera. Al parecer hay testigos. Encontraron rastros de sangre de Brian en la playera de Brandon. Y su patineta. Y esos elementos lo incriminan.

Iris exhaló la última bocanada de humo.

—¿En la Zona Cero? ¡No mames!

—¿Hace cuánto no vas allá?

—Yo desde el sábado pasado no me paro por ese rumbo —respondió Hugo.

—Estuve con Felicia el viernes —agregó Iris.

—Yo estuve ahí el lunes, solo. Y este pleito sucedió el martes, hace tres días. ¡Tenemos que ir para ver cómo están las cosas por allá!

—Ahorita es peligroso. No conviene acercarse mucho. Los polis son capaces de involucrarnos también a nosotros.

—¿Y nos vamos a quedar con los brazos cruzados? ¿No vamos a hacer nada por Brandon?

—Hay que hablar con él. Para saber qué sucedió realmente.

—¿Ustedes creen que Brandon… lo haya matado?

Aldo y Hugo se miraron a los ojos.

—No creo, pero tampoco meto las manos al fuego por él —dijo Aldo.

—Tenía mucho coraje, eso sí lo sé; me había contado que cualquier día que Brian le sacara el tapón, le iba a dejar ir un navajazo a la barriga, para que se pusiera en paz.

—Tú también le tenías coraje, Hugo, no te hagas.

—Hay una pequeña diferencia: no uso navaja.

—La navaja la empezó a traer desde la vez que lo agarró afuera de la prepa. Era su manera de defenderse.

—¿Y este güey no se habrá ido con alguna chava a la playa? No sé. O con algún pariente lejos.

—Ya investigaron todo, y nada de nada.

—Y lo peor es que esas pruebas incriminan a Brandon.

—Dice su abuela que lo golpearon mucho.

—¡Qué nuevas!

—Casi lo obligaron a confesar que él lo desapareció.

—Si quisieran, lo habrían hecho firmar un acta donde dijera que él mató a Jim Morrison.

—Es su estilo. Son unos abusivos.

—Abusivos es elegante. Unas bestias.

—No me extraña. Así es la policía en general en México.

—Yo no estaría tan segura de que Brandon haya matado a Brian y luego lo desapareciera. Enterrar a un monstruo como él no es tarea fácil. Y para arrastrarlo desde la Zona Cero hasta otro lugar implicaría mucha fuerza o cargarlo en una carretilla.

—Aquí hay algo extraño, muy extraño.

—Además, por lo que he leído, sin cuerpo del delito no hay delito.

—¿Cómo está eso?

—Si no encuentran la evidencia, en este caso el cuerpo de Brian, no podrán fincarle responsabilidad a Brandon porque no hay modo de comprobar el crimen.

—¡Órale, gordo, hasta pareces licenciado! ¡A la bestia!

—¿Y eso qué significa?

—Que tarde o temprano tendrán que soltarlo.

—Puede ser, pero la veo difícil que lo hagan. Ya ves cómo se las gasta el sistema: si quieren que un inocente se quede encerrado, encerrado se quedará. Y ten la seguridad de que los papás de Brian harán hasta lo imposible por que Brandon no vuelva a ver la luz del sol mientras su hijo no aparezca sano y salvo.

—Desgraciadamente es cierto.

—Tienen dinero y pueden mover sus influencias.

—¡Uta madre, pobre, se va a pudrir en la cárcel!

—Y la abuela se va a pudrir de tristeza. Es la única persona que lo quiere.

—Oigan, ¿y Felicia cómo está?

—¡Es verdad, ni me acordaba!

—No me la quisieron pasar. Su mamá contestó el celular y ella ni siquiera se ha conectado.

—Así la van a tener, aislada.

—¿Qué pensará de Brandon?

—No creo que se trague la versión de su mamá.

—No ha ido a la prepa desde el miércoles.

Aldo se golpeó la palma de la mano con el puño derecho y exclamó: —¿Saben qué?

Se tomó unos segundos cavilando y continuó: —¿Qué tal si entró al espejo?

—¿Qué? Ni siquiera sabía cómo hacerlo.

—Accidentalmente, por casualidad, de manera involuntaria, ¡yo qué sé! Pero pudo haber entrado y no hallar el camino de regreso.

—Francamente eso es casi imposible.

—Nosotros podemos entrar y salir, ¿por qué él no podría hacerlo?

—Entonces tenemos que ir allá.

—Espero que no sea demasiado tarde.

La paloma movía la cabecilla tornasolada buscando alguna semilla perdida en la basura. Picoteaba entre los restos buscando algo que comer. De repente encontró un trozo de pan duro y empezó a picotearlo. No vio nunca la piedra que surcó el aire y le desgajó el cráneo.

—¡Le pegué, le pegué a la primera! —gritó un niño de cabello rizado.

—¡Qué puntería, güey, a la madre!

—Yo no sé qué chiste le encuentran a matar pájaros. Se pasan, de

veras.

—Y tú, ¿qué chiste le ves a quebrar vidrios de las ventanas? ¡Eso lo hace hasta un ciego!

—Pero cuando menos no mato animales.

—Al menos afinas la puntería.

—Ya cálmense.

—Yo he quebrado casi todos los vidrios de aquellas ventanas.

—Pues sí, son puras casas solas.

—No le hace.

—Quiebra los vidrios de una ventana del uno o del dos. ¡No te la acabas!

—Yo quiebro todo lo que me pongan enfrente.

—Mentiras, le sacas.

—¡Estás pendejo!

—¡Qué pendejo ni qué ocho cuartos! ¡Sacatón!

—Vete a la chingada.

—Ja, ja, ja. Yuuuuju. El sacatón.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el edificio cuatro.

—Vente, güey, no le hagas caso.

—Déjalo. Es una nena.

—Ya bájale, güey.

Los vio alejarse mientras él encaminaba sus pasos hacia el fondo. Un perro hambriento hurgaba en las bolsas de basura recién rotas. Divisó una botella de coca cola asomando el cuello entre las hojas y las ramas tiradas en el suelo. Tomó unas cuantas piedras, levantó el tirador y apuntó. Soltó la liga y la piedra pasó a un lado de la botella. Lo intentó cinco o seis veces, hasta que se acercó a unos metros y pudo atinarle.

La ventana de la última casa estaba abierta. Los policías que vio dos días antes ni siquiera se molestaron en taparla de nuevo. Se guardó el tirador en la bolsa trasera y brincó hacia el interior. Vio un envase de vidrio que tenía una etiqueta y le disparó una piedra con el tirador. Le pegó a la primera.

—¡Bestia! —exclamó triunfante.

Todavía le quedaban cuatro o cinco piedras en el bolsillo. Avanzó hasta el cuarto que se localizaba al final y le llegó olor a cigarro. En el suelo había colillas y varios envases de jugos y sodas. Miró el haz de luz entrando por la parte superior de la ventana y decidió destrozar el cristal. En el segundo intento lo logró.

—¿No que no? —dijo en voz alta.

Se paró frente al espejo, que le ofreció una imagen carcomida. Lanzó un escupitajo, tratando que quedara embarrado en el centro del

cristal y se alejó hasta la pared. Tomó una piedra del tamaño de una uña y la colocó en la bandana; estiró la liga hacia atrás, apuntó al centro del espejo y abrió los dedos que sostenían la piedra. Un segundo después, el espejo se despedazaba por el impacto. Sus fragmentos cayeron y se dispersaron en el suelo.

Sonrió satisfecho y de inmediato abandonó aquel lugar.

Aldo

—Se lo llevaron a la capital.

—¡No mames!

—Fue muy difícil platicar con él, pero al menos ya sé qué le pasó a Brian.

Todos se quedaron a la expectativa.

—¿Qué?

—Se quedó adentro del portal, extraviado en alguno de los pasillos.

—¿Cómo lo sabe?

—Sólo me dijo que él lo persiguió para golpearlo y que se refugió en el espejo y hasta allá lo siguió; que pudo engañarlo y después salió, y Brian se quedó atrapado en alguna puerta.

—¡Uta! No puede ser. Lo debí haber imaginado.

—Hay que ir por él.

—Debemos avisarle a la policía.

—No podemos ir por Brian. Es demasiado tarde. El espejo está hecho añicos. Hugo y yo estuvimos ahí y no hay modo de reconstruirlo.

—Pero ¿quién lo rompió? ¿Cómo se atrevieron a hacer eso si Brian estaba adentro?

—No fue Brandon quien lo rompió. Al menos no confesó haberlo roto.

—Tal vez miente.

—Tal vez, Felicia, pero también puede estar diciendo la verdad.

—La policía anduvo averiguando ahí mismo. Los drogos del multifamiliar pudieron haber entrado y destruirlo.

—Entonces el que puso el dedo sobre el portal pudo ser el mismo que quebró el espejo.

—Lo dudo. Pero eso ya no importa.

—Nadie puso ningún dedo. Brian siguió a Felicia y dio con la Zona

Cero, pero nunca supo del portal —confesó Iris.

—¿Es cierto, güey?

—Me siguió pero yo jamás le dije nada. Y él al menos no lo descubrió entonces.

—Como les digo, eso ya no importa. Finalmente llegó por su cuenta, persiguiendo a Brandon. Y quedó atrapado allá adentro.

—Se lo merecía.

—Bueno, pero ahora ¿qué hacemos? No podemos quedarnos con los brazos cruzados.

—Nadie se quiere quedar así, pero es poco lo que podemos hacer. Tú, Aldo, ¿no puedes encontrar otro portal?

—Si no son enchiladas. Fue un milagro dar con ése. Lo he intentado casi todas las noches, pero ya no puedo entrar al sitio subterráneo que me sirvió como plataforma de despegue. Me rebota.

—Pero Brian no se puede quedar adentro.

—Lo sé, Felicia, pero sin el espejo es peor que volver a empezar de cero. Fue una fortuna haber localizado ese punto en el mapa virtual. Esa fisura es una aguja en un pajar. Ahora estoy metido en ese pajar buscando la pinchurrienta aguja y no doy con ella, y la verdad no sé si pueda hacerlo otra vez.

—¿Dónde estará Brian? Tan sólo de pensarlo me entra una angustia, una desesperación agobiante. Me voy a morir de los nervios. Estoy peor que mi mamá.

—No sé, pero si está adentro de aquellas puertas, no la estará pasando muy bien que digamos.

—Tenemos que hallar un modo de que pueda volver acá.

—Te repito, yo estoy clavado en eso, pero de verdad no sé si logre hacerlo.

—Nunca debimos entrar ahí.

—No te pongas así.

—Corríamos mucho riesgo. Todos lo sabíamos. Nadie fue engañado, así que es mejor que no se quejen.

—Es cierto, a nadie le pusieron una pistola para obligarlo a entrar.

—Y además nos la pasamos chingón. Eso que ni qué.

—Para mí ha sido la experiencia más emocionante de mi tediosa existencia. Voy a extrañar ese hoyo.

—Ja, ja, ja. Lo dices muy finamente.

—Tantas emociones en un parpadeo.

—Voy a extrañar estos viajes. Cada vez que entraba ahí, de veras que me sentía viva.

—Híjole. Creo que me pasaba lo mismo. La realidad en la que vivimos es pobre comparada con la que nos esperaba allá adentro.

Nunca viviríamos las aventuras o las emociones que vivimos ahí porque más bien la vida es menos interesante.

—Lo has dicho bien: la vida suele ser aburrida, parece una larga sucesión de eventos donde no sucede nada.

—Se están poniendo muy filosóficos, hasta parece que estoy oyendo al profe Ulises.

—No necesitas ser filósofo para darte cuenta de esto, güey. Es como si miraras a tu alrededor, a la gente que te rodea, y si la observas bien notarás que sus vidas transcurren sin sentido, van a la deriva como una rama en la corriente.

—Hasta un poema podrías escribir, Aldo.

—Casi todos los adultos se dejan arrastrar por la corriente y les vale madre para dónde los lleve. Y creo que en algunos años, si no nos ponemos listos, nosotros estaremos igual.

—Pues eso es hacerse adultos, güey: tener una cabeza cuadrada y olvidarte de aquello que te emociona. Haz de cuenta que te conviertes en un zombi, no mames.

—Yo detesto la vida de mis padres. Primero muerta que convertirme en ellos —opinó Felicia.

—No te preocupes: todos, todos detestamos la vida perfecta de tus jefes, güey —apuntó Hugo—. Y lo siento por tu hermano, pero tú sabes que no era ningún santo.

—Es cierto. Brandon dijo que llevaba una tabla con clavo para atacarlo y que por eso entró al portal. Sólo quiso salvar su pellejo.

—Ya sé que era un maldito. No necesitan explicarme nada, lo conocía mejor que ustedes, pero no deja de ser mi hermano.

—Cuando menos allá adentro se la estará pasando menos aburrido que nosotros.

—Ja, ja, ja.

—Se pasan.

—¿Crees que puedas convencer a tus jefes de que Brandon no le hizo nada a Brian?

—No sé. Están empeñados en que no salga mientras Brian no aparezca vivo. Y harán lo que sea para mantenerlo en la cárcel.

—Ya estuvo que se va a pasar el resto de su vida entambado.

—Por eso digo que deberías insistir, gordo, en buscar otro portal para sacarlo.

—Eso hago, se los he repetido mil veces. Sin embargo, no sé si lo pueda encontrar. Además, han pasado muchos días y nadie, ninguno de nosotros duró siquiera un día adentro. Si acaso pasaríamos algunas horas.

—El tiempo es un factor importante entonces.

—Por supuesto. Creo que nadie está preparado para aguantar que le caiga encima una cascada de pesadillas. Nadie. Ni el más pesado de nosotros. Supongamos que logre encontrar otra vez el portal. ¿Cómo podríamos estar seguros de hallarlo bueno y sano, en sus cinco sentidos?

—¿Podría volverse loco?

—No sólo enloquecer, podría morir al no soportar esta sobredosis de pesadillas.

—¡Uta!

—Les voy a decir algo en lo que he estado pensando mucho. Cada uno de nosotros: tú, Iris; tú, Hugo; tú, Felicia, y yo mismo, hemos vivido pesadillas que están asociadas a nuestra vida. Ya lo hemos comentado varias veces. A través de ellas hemos enfrentado a nuestros propios demonios. ¿O qué, no es así?

—Sí.

—Claro.

—Pues quizá los demonios de Brian sean más terribles que los nuestros. Es cosa nada más de echarle un ojo a su comportamiento. Era el azote de la prepa. Todo mundo le tenía miedo. Todos lo odiaban. Hasta sus compas.

—Sí, ¿a quién no jodió?

—Tienes razón. Hasta yo le sacaba la vuelta —admitió su hermana.

—Bueno. Veremos qué puedo hacer —concluyó Aldo.

—Nos vemos —Hugo chocó su puño con el de su amigo para despedirse.

—Yo acompaño a Felicia.

—Está bien, nosotros nos vamos por acá. Hasta luego — dijo Hugo.

Iris caminó a paso lento, al lado de Hugo. El otoño arrojaba a sus pies una multitud de hojas secas. El parque se hallaba casi solo. A lo lejos, un atleta corría entre los eucaliptos. El atardecer languidecía en el poniente y —de repente— ambos fueron embargados por una atmósfera de melancolía. Iris casi arrastraba los pies. Hugo la miró y le dijo con voz suave: —¿Nos sentamos un rato?

Ella asintió, sentándose en una banca de granito blanco, y él tomó lugar a su lado. Respiró hondo, levantó una rama pequeña y empezó a juguetear con ella entre sus manos.

—Lo que dijo es cierto: cada uno habita su propio infierno — musitó Iris—. Lamento decirlo, pero las pesadillas pueden ser peores aquí que allá adentro.

—Sí. Aunque lo mejor es encararlas tarde o temprano.

—Al menos aquéllas terminaban cuando abría los ojos y regresaba a la Zona Cero. Por más terribles que fueran, sabías que con un

parpadeo les ponías fin.

—Afuera, las pesadillas que no se atreven a decir su nombre nos están esperando siempre. Cada uno de nosotros habita su pesadilla, aunque esta realidad que tenemos ofrece suficientes: las mujeres asesinadas por sus parejas, los muchachos decapitados, los secuestrados, los torturados por la policía, los muertos por sobredosis, las niñas violadas.

Iris no pudo contener unas lágrimas y empezó a sollozar. Hugo, desconcertado, la trató de abrigar en un abrazo y dijo: —Lo siento. Perdón.

Iris se dejó abrazar. Hugo puso sus labios sobre la mejilla de Iris y saboreó la sal de su llanto. Lo demás sucedió por inercia: el abrazo fundiéndose en el otro, el íntimo silencio que los unió; el beso que les dio la dichosa sensación de no estar solos en el mundo y que los arrancó de aquella dura realidad que estaban condenados a habitar.

Brian

Cuando Brian abrió los párpados, sus ojos se llenaron de horror: su cuerpo fue desollado por el escalofrío y quiso gritar, pero fue imposible, porque su boca era una oscura cavidad desolada sin lengua y sin dientes.

LAS PESADILLAS
SON MÁS ATERRADORAS
CUANDO ABRIMOS LOS OJOS

Cinco jóvenes descubren una puerta hacia un mundo poblado de criaturas perturbadoras, pero aterradoramente atractivas y adictivas. Esas tétricas experiencias que vivirán los dejarán con ganas de regresar al portal todos los días por una nueva dosis. Pero hasta el miedo en exceso es peligroso.

Cuando la vida no hace más que darnos una falsa felicidad, necesitamos que algo nos sacuda, nos inyecte adrenalina y nos haga recordar que a veces estamos vivos por pura suerte.

ALFONSO OREJEL SORIA, nació en Los Mochis, Sinaloa. Es autor de varios libros de terror, como *El árbol de las muñecas tristes*, *La niña del vestido antiguo* y *Un poco de dolor no daña a nadie*.

En 2018 obtuvo mención en el Certamen Internacional de Poesía Infantil del FOEM con el libro *Manantial de carcajadas*, además del Premio Regional de Poesía Ciudad de La Paz 2018 con *Álbum del olvido*.

Consumidores de pesadillas

Primera edición digital: agosto, 2019

D. R. © 2019, Alfonso Orejel

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana: Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520, Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House / Scarlet Perea, por el diseño de portada D. R. © DOSDIABLOS, por la ilustración de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-318-250-8

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Índice

Consumidores de pesadillas

Felicia
Hugo
Brandon
Aldo
Iris
Aldo
Hugo
Felicia
Hugo
Brandon
Iris
Felicia
Brandon
Hugo
Iris
Felicia
Iris
Aldo
Hugo
Brandon
Brian
Brandon
Tavo y Cecilio
Aldo, Iris y Hugo
Aldo
Brian

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos